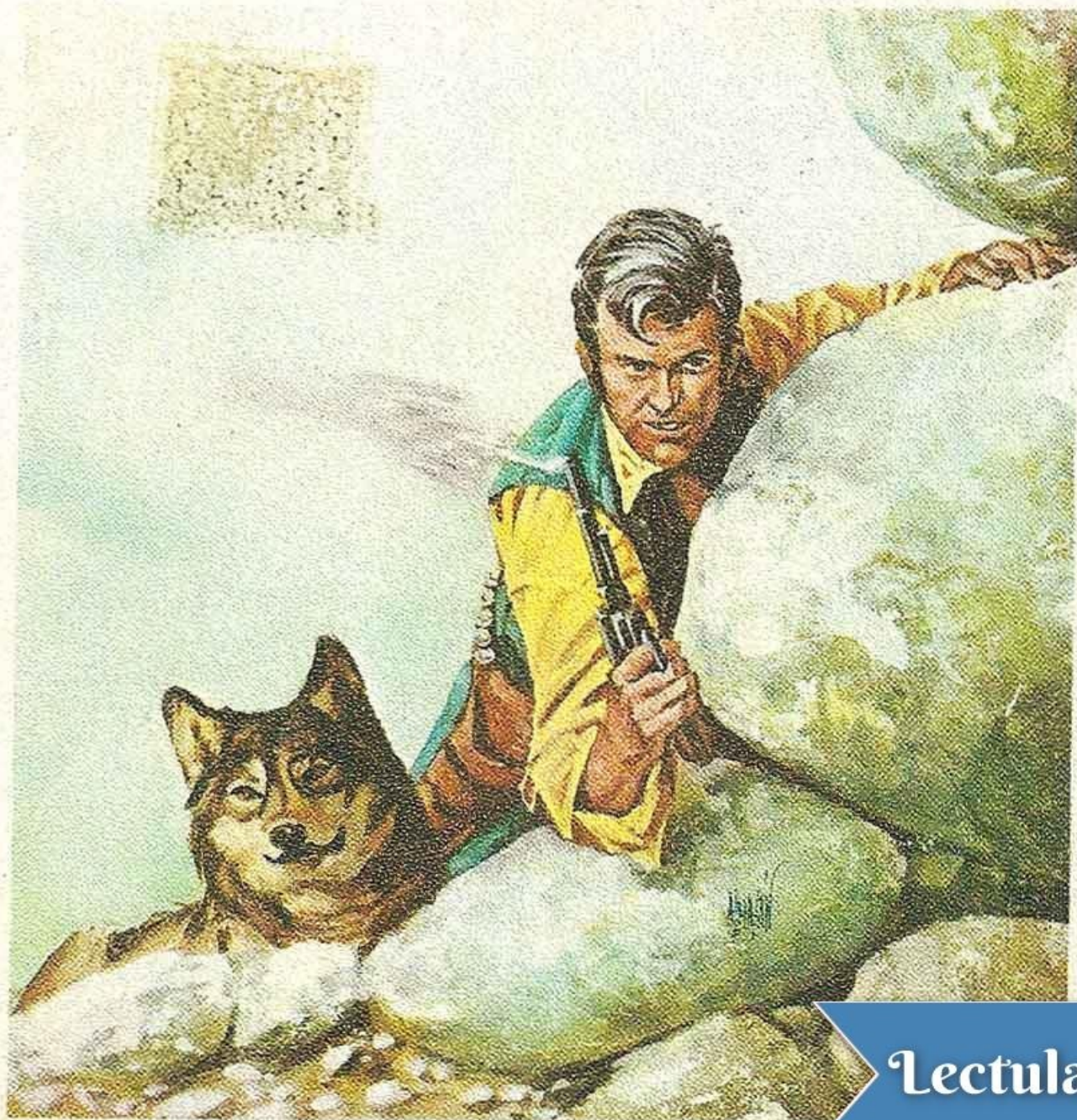


**JAMES O.
CURWOOD**

Centella



Lectulandia

Escrita en la tradición de las novelas que tienen por protagonistas los animales del Canadá selvático —Kazán, perro lobo; Barí, hijo de Kazán; El rey de los osos, etcétera— este libro nos presenta a «Centella», el formidable lobo en cuyas venas corre sangre de perro y que, por atavismo, se siente atraído hacia los seres humanos. En su obsesiva pasión que lo impele a acercarse al hombre, «Centella» ha de sostener terribles luchas con jaurías feroces de perros que sólo quieren ver en él un enemigo. Sus andanzas, sus pugnas, la conmovedora tenacidad con que intenta ganarse el afecto de quienes lo persiguen, forman una de las narraciones más celebradas de Curwood...

Lectulandia

James Oliver Curwood

Centella

ePUB v1.0

Pepotem 27.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Swift Lightning*
James Oliver Curwood, 1926.
Traducción: Editorial Juventud

Editor original: Pepotem2 (v1.0)
ePub base v2.0

Capítulo 1

Centella

Flotaban en el aire los extraños y misteriosos murmullos de las noches árticas. Acababa de despuntar el crepúsculo de los largos meses sin sol que entristecen las regiones heladas que coronan el globo terráqueo por encima del círculo polar. Los pies hollaban menos de treinta centímetros de nieve dura y fina como el azúcar, mas debajo de la nieve esponjada existía una capa sólida y helada de bastante más de un metro de espesor. La temperatura estaba a sesenta grados bajo cero^[1].

En la parte alta de un mogote de hielo que dominaba la blanca extensión del estuario de Bathurst, *Centella* dirigía sus miradas a su mundo. Era el tercer invierno, la tercera larga noche que *Centella* conocía, y la llegada del crepúsculo le produjo una intranquilidad extraña. Aquel crepúsculo boreal no era como las auroras australes; era un vasto, gris y caótico vacío en el cual la vista nada descubría. La tierra, el cielo y el mar se mezclaban en una masa uniforme. No había allí nubes, cielo azul, luna, sol, estrellas, ni horizonte. Aquello era peor que la noche. Más tarde no faltarían allí todas aquellas cosas, pero de momento el mundo de *Centella* no era sino un inmenso abismo. Un abismo lleno de rumores que siempre le habían parecido horrisonos, y que a veces le llenaban de ansiedad. No soplaban la menor ráfaga de viento; pero en el monótono caos que se extendía desde la tierra al cielo oíanse continuos quejidos y lamentos mezclados con el ladrar de las zorras blancas. *Centella* odiaba a estas zorras más que a ningún otro animal. Su ladrido despertaba en él, mejor que ningún otro estímulo, las sensaciones del hambre y los impulsos de voracidad. Por eso las odiaba tanto. Hubiera querido destrozarlas. Hubiera querido matarlas a todas para acabar con sus siniestros quejidos, librando a la Tierra de ellas. Pero las zorras sabían esquivarle y no se dejaban agarrar. Era inútil perseguirlas.

Sin moverse de su pedestal de hielo abrió los labios hasta dejar al descubierto los colmillos. Dio luego un gruñido y púsose de pie. Era una bestia espléndida. En todo el casquete boreal no habría ni media docena de lobos que tuvieran su tamaño. Su cuerpo no era absolutamente igual al de los demás lobos. Tenía el pecho ancho y llevaba la cabeza alta. No estaba en constante alerta, ni tomaba al moverse las cautas precauciones de los demás lobos. Andaba abiertamente y sin miedo. Tenía el lomo recto y las ancas eran fornidas. Tenía una robustez superior a la robustez propia de los de su raza; sus ojos brillaban más y sus mandíbulas eran más potentes. Su cola no pendía inerte. Porque *Centella* era un salto atrás, un salto lo menos de veinte generaciones. Tal número de años antes, uno de sus abuelos había sido un perro danés. Un perro danés que durante veinte años había vivido entre los lobos. Su sangre se había mezclado con ellos dando productos mestizos en tres o cuatro generaciones hasta que las características de la raza danesa desaparecieron por completo para no

volver a apuntar sino en *Centella* muchos lustros después. Los progenitores de este animal habían sido, pues, lobos; hambrientos y voraces lobos de los grandes desiertos de nieve y hielo; lobos con el lomo arqueado y las ancas descarnadas; lobos con la cola caída y los ojos chiquitos; lobos que no odiaban a las zorras plateadas como las odiaba *Centella* y como las había odiado el fenecido gran danés.

Pero *Centella*, derecho y vigilante en su mogote de hielo, sabía tanto del cruce de sangre de lobo con sangre perruna que corría por sus venas, como de los misteriosos lamentos y quejidos que oía en las alturas, entre él y el cielo. Era un lobo. Mientras estaba allí de pie, con el gruñido en su garganta y sus colmillos asomando entre sus labios abiertos, irritado con los ladridos de las zorras, era un lobo. Pero en su alma ruda y agreste, un alma endurecida en su lucha por la existencia y en sus continuas e incesantes fatigas, extenuación, frío, hambre y muerte, la voz del gran danés su antecesor se hacía oír siempre misteriosamente.

Y *Centella* respondió a esta voz de la misma manera que había respondido tantas otras veces. A ciegas, desconsideradamente, sin saber lo que hacía, obedeciendo a un instinto que le hacía desear la luz, descendió desde su mogote de hielo hasta el nivel del mar.

El mar era la bahía de Bathurst. Así como el golfo de la Coronación es una parte del Océano Ártico, así la bahía de Bathurst es una parte del golfo de la Coronación. Ancha en su entrada, pero estrechándose en su extremo como un verdadero seno de mujer, penetra unos tres kilómetros y medio en el territorio de Mackenzie, de tal modo que se puede viajar por encima de sus hielos desde las desnudas regiones de las morsas y de los osos blancos, hasta las de los cedros, los enebros y los abedules. Es el largo y ancho camino que conduce desde Príncipe Alberto hasta los grandes bosques, un puente, puesto por un capricho de las regiones árticas, para unir el pueblecillo esquimal de Melville Sound, con los comienzos del mundo civilizado en Old Fort Rellance, de ocho a nueve mil kilómetros más al Sur.

Hacia el Sur volvió *Centella* la cabeza y husmeó el aire. Sus gruñidos fueron ahogándose paulatinamente en su garganta hasta convertirse en lastimero gemido. Se olvidó de las minúsculas zorras plateadas. Inició un ligero trote, pero medio kilómetro más lejos inició una carrera veloz. Movía cada vez con mayor aceleración su gran cuerpo gris. Dos años tenía cuando un esquimal y un blanco le vieron a lo largo de una loma que se extendía en medio de una gran llanura, y el esquimal dijo: «Es rápido como una centella». Así de prisa corría *Centella* en los momentos a que hacemos referencia. No corría por necesidad: corría por placer, por gusto, por afán de disfrutar de todos los alicientes de la vida. Delante de sí no tenía presa alguna. Y, sin embargo, estaba poseído de frenéticas ganas de correr, de utilizar sus potentes músculos, de ejercitar aquel magnífico e incansable cuerpo que respondía a todos sus caprichos y deseos como una máquina perfecta responde a la corriente eléctrica

regulada y dirigida por experta mano. A su manera. *Centella* tenía conciencia de su fuerza. Lo que más le gustaba era correr a la luz de la luna y de las estrellas mirando su propia sombra, única cosa que no había logrado nunca vencer en rapidez en sus locas carreras por los fríos desiertos. Aquel día —o aquella noche, puesto que no había allí las naturales divisiones de día y noche—, aquel día, decimos, bullía en sus venas el ansia de la carrera desatada. Durante veinte minutos corrió sin motivo, y después se detuvo. Sus ijadas se movían aceleradamente, pero su respiración distaba mucho de ser jadeante. Tan pronto como suspendió el movimiento levantó la cabeza y, con sus brillantes ojos, se puso a penetrar el caótico vacío que tenía ante sí y a husmear el aire.

En el aire flotaba algo que le llevó en ángulo recto hasta la escasa arboleda que había junto a la orilla. Aquellos raquíticos árboles revelaban las poderosas fuerzas del Ártico. Tratábase de un bosquecillo de arbolillos sinuosos y retorcidos, débiles e inclinados, que parecían haberse quedado helados en medio de una tempestad de muerte. Estos grupos de plantas existentes allí desde época inmemorial no habían crecido nunca por encima del espesor de la nieve. Tal vez tuvieran cien, tal vez quinientos, tal vez mil años; pero el más corpulento de aquellos troncos, de ningún modo mayor que la pierna de un hombre, no era más alto que *Centella*. En algunos lugares el bosquecillo formaba espesura. Y en algunos llegaba hasta poder servir de refugio. Aquí y allá asomaban entre los troncos algunas liebres de gran tamaño. Por encima del pobre oasis se cernía un búho de enormes alas. Pero no hacía con ellas ningún ruido. Desde allí se acercaba a *Centella* algo de mayor consideración que sus odiadas zorras plateadas. El olor que parecía flotar en el aire, se hizo sutil y penetrante. *Centella* miró fijamente el bulto que se acercaba y no trató de huir, ni de esquivar en modo alguno el encuentro. Continuó andando, y, unos ochocientos o novecientos metros más allá, llegó a un estrecho valle, una quebrada de terreno producida por la presión de alguna inmensa mole prehistórica. El valle era estrecho, profundo y extraño, más parecido a una cañada que a un verdadero valle. En una docena de saltos *Centella* hubiera podido recorrerlo. En el mismo borde de aquella profundidad comenzaban las tinieblas más profundas. Allí había vegetación, verdadera vegetación, porque cada invierno los vientos acumulaban en los bordes la nieve protectora hasta una altura de diez o doce metros. Debajo de *Centella* los árboles se acumulaban espesamente y nuestro lobo comprendió que allí había vida, por poco que él quisiera buscarla.

Pasó de prisa por el margen de aquel abismo. No era más que una sombra gris que formaba parte de aquella obscuridad. Pero en aquel abismo había muchos ojos que estaban acostumbrados a la obscuridad y que le miraban de un modo salvaje. De allí salía el gran espíritu blanco de los búhos de la nieve. Sus grandes alas se cernían por encima de él. *Centella* oía el horrible castañeteo de sus picos. Y además veía a los

avechuchos; pero ni detenía su marcha, ni sentía el menor temor. Una zorra hubiera huido espantada. Incluso cualquier lobo hubiera apretado a correr, aullando, hacia las inmensidades de la nieve protectora. Pero *Centella* no pensaba en dejarse atemorizar por ninguna amenaza. Los búhos no le causaban pavor. Ni siquiera los grandes osos blancos le intimidaban. Sabía que no sólo no podía matar a *Wapusk*, el monstruo de aquellas comarcas heladas, sino que a *Wapusk* no le sería difícil deshacerle a él con sólo el golpe de una de sus garras. Con todo, no sentía ningún miedo. Una cosa únicamente era capaz de causarle terror en aquel pavoroso mundo, y esa cosa surgió de repente ante él, destacando su odiosa silueta de la obscuridad que lo envolvía todo.

Tratábase de una cabaña. Una cabaña construida con troncos arrastrados desde el bosque. Por encima de la cabaña levantábase una chimenea de la que salía cierta cantidad de humo. *Centella* percibió el olor del humo desde un par de kilómetros de distancia, y se detuvo, sin hacer el menor movimiento, durante algunos minutos. Dio luego un rodeo hasta colocarse en el lado en que la cabaña tenía una ventana.

Tres veces, en seis meses, había hecho lo mismo, y se había sentado sobre sus ancas poniéndose a contemplar fijamente la ventana. Cada vez la había hallado iluminada con la luz encendida en el interior de la cabaña. Para *Centella* la ventana era como un rectángulo arrancado al rojizo sol de medianoche. Desde aquella fuente de luz se diseminaban pálidas y amarillentas emanaciones por la inmensidad de las tinieblas. *Centella* había visto ya el fuego otras veces; pero nunca fuego como el que veía entonces en aquella cabaña, un fuego sin llama. Parecía como si el mundo hubiese quedado oscuro por culpa de aquella cabaña, porque allí dentro hubiera ido a encerrarse el sol.

Dentro de su profundo pecho latía el corazón a toda prisa, y sus ojos lucían de un modo extraño mientras miraba la ventanita que brillaba a treinta metros de distancia. La parte de sangre perruna que corría por sus venas despertó en *Centella* atávicas nostalgias de los días en que el gran danés vivía junto al hombre, disfrutando del calor de su fuego, y agradeciendo las caricias de su mano, obedeciendo a su voz, y compartiendo con él el sol, la vida y el calor de la habitación. Sentíase penetrado de una gran emoción, como si el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, hubiérase ido a sentar a su lado mientras él miraba la ventana amarillenta. Era que el alma de *Scaguen* había penetrado en su interior. Y era este espíritu de *Scaguen* el que le había hecho correr hasta percibir el olor del humo que salía por la chimenea del hombre blanco.

Centella no se daba cuenta de nada de esto. Sentado sobre sus ancas miraba en silencio la cabaña y su ventana iluminada, y de su corazón salvaje se apoderó una gran ansiedad y una terrible sensación de desamparo. Pero de ningún modo se hubiera acercado él a aquella claridad. Porque, a fin de cuentas, era un lobo. Del gran danés a él mediaban los cuerpos y los corazones y la sangre de veinte generaciones de

lobos. No obstante, el espíritu de *Scaguen* persistía en velar a su lado.

En la cabaña que se alzaba junto al borde de la cañada, con la espalda vuelta hacia una estufa roja de puro encendida con leños de enebro, el cabo Pelletier, de la Real Policía Montada del Noroeste, leía en voz alta al subordinado Sandy O'Connor parte de un comunicado que debía enviar, por medio de un trineo de esquimales, a Fort Churchill, unos mil kilómetros hacia el Sur. Pelletier dirigía su comunicado al inspector Starnes, comandante de la división «N» con residencia en Churchill. He aquí los párrafos más interesantes del comunicado:

«En apoyo de mis manifestaciones respecto al hambre que amenaza extenderse por todas estas regiones nórdicas este invierno, he de participarle lo siguiente: los renos se corren en grandes rebaños hacia el Sur y el Oeste con tanta celeridad que a mediados de invierno no quedará por aquí ninguno. No se marchan porque carezcan aquí de comida, pues los líquenes y los helechos abundan a unos treinta o cuarenta centímetros debajo de la nieve, y por este motivo creo firmemente que nos abandonan huyendo de los lobos. Éstos no persiguen ya a sus víctimas aisladamente, sino que les dan caza reunidos en grandes manadas. Cinco veces mi subordinado O'Connor y yo hemos visto manadas de unos trescientos lobos o pocos menos. En una pista encontramos, en un recorrido no más que de unos diez kilómetros, los esqueletos de unos doscientos renos. En otra pista contamos más de un centenar de esqueletos en unos quince kilómetros. Con frecuencia vemos los treinta o cuarenta esqueletos que quedan reunidos cada vez que perece todo un pequeño rebaño de renos. Los esquimales ancianos aseguran que de cuando en cuando nace una generación de lobos más sangrientos que, reuniéndose en manadas, persiguen sus presas con tanta saña y voracidad, que dejan el país limpio de caza. Cada vez que esto sucede, los esquimales creen que los diablos andan sueltos por la tierra y por este motivo es difícil lograr su ayuda en la organización de grandes partidas de caza que, si no fuera por tal superstición, podríamos intentar para acabar con los lobos. Tengo, sin embargo, que convencer a los esquimales jóvenes. Por lo menos O'Connor y yo procuramos persuadirles.

«Con todo el respeto y subordinación, quedo siempre de usted atento y s. s.,

FRANCISCO PELLETIER,
Cabo de Escuadra

Entre Pelletier y O'Connor había una mesa de madera de enebro y encima de la mesa estaba la lámpara de aceite que dejaba ver su claridad a través de la ventana. Durante siete meses aquellos dos hombres habían permanecido en su puesto en aquel extremo de la Tierra, y habían olvidado ya lo que era afeitarse, y casi olvidado lo que era la civilización. En el mapa del mundo había otro lugar donde la ley quedaba personificada mucho más al Norte. Ese lugar era la isla de Herschel. Pero la isla de Herschel con sus cuarteles, y sus comodidades, y su lujo, no se parecía en nada a aquel barracón levantado en mitad de una desolada llanura. Y los dos hombres, allí sentados a la mezquina luz de la lámpara de aceite, no eran sino una parte de la barbarie que les rodeaba. O'Connor, con sus hercúleos hombros, su cabello rufo y su barba bermeja, golpeó la mesa con sus toscos puños y lanzó una mirada a Pelletier, cuya barba y pelo eran tan negros como rojizos los de O'Connor. Pelletier respondió con otra mirada muy significativa. Siete meses de infierno y la perspectiva de otros cinco infernales meses más no bastaban a destruir en ellos el sentido del

compañerismo y la buena camaradería.

—¡Qué bien escribes! —exclamó O'Connor con un gesto de admiración—. Si yo supiera escribir como tú, Pelletier, estaría en el Sur y no aquí, porque me habría casado con Catalina hace mucho tiempo. Pero te has olvidado de algo, Pelletier. No has puesto lo que te conté a propósito de los conductores del rebaño.

Pelletier meneó la cabeza.

—Eso no puede escribirse, amigo, se reirían de nosotros. ¿No ves que eso no es razonable?

O'Connor se puso en pie y se despezó.

—Pues son unos idiotas —fue su protesta—. ¿Qué razón tienen para burlarse? Te digo, Pelletier, que esos esquimales hacen bien en imitar el cacareo de la gallina de Guinea. Si el diablo mismo en persona no conduce los rebaños, yo soy negro y no blanco, y no me llamo O'Connor. Yo le diría esto al inspector hasta que me volviera negro; te aseguro que se lo repetiría hasta volverme negro. ¡Si pudiéramos vencer al diablo...!

Se detuvo y volvió la cabeza hacia la ventana, y Pelletier, enderezándose en su asiento, también escuchó.

De nuevo fue *Scaguen*, el espíritu de *Scaguen*, el que aulló a la cabaña del hombre blanco, desde el borde de la quebrada abierta entre los hielos. De las abiertas fauces de *Centella* partió un grito, un lamento, un agudo quejido que subió a gran altura en dirección del cielo, una llamada a los antiguos predecesores muertos y olvidados. Entre todas las manadas no podría encontrarse un lobo con una voz que saliera de mayor profundidad desde su pecho, ni que llegara a mayor distancia. *Centella* en esto ganaba a todos los demás lobos. Empezó a aullar casi sin dejarse oír, como si llorase, poniendo en su lamento una honda tristeza, y fue aumentando la intensidad del aullido hasta que el aire pareció acabarse en sus pulmones en el mismo momento en que el mundo se estremecía y callaba ante el misterioso pavor que infundía aquel grito. En aquel mundo era un mensajero de vida y a la vez de muerte; un ser que viajaba en el viento, la tormenta y la obscuridad. Un ser temible, tenebroso, amenazador, vitando. Y el mundo se estremecía y temblaba ante él, aun en los momentos en que callaba para mejor oírle.

Así aulló *Centella* a la perdida cabaña desde el borde de la cañada abierta entre los hielos. Y antes de que los ecos de su voz se hubieran extinguido en los dilatados ámbitos de las llanuras de hielo, la puerta de la cabaña se abrió y en su fondo de luz se destacó la silueta de un hombre. Este hombre era O'Connor. Dirigió su mirada a la penumbra de la noche, y de repente movió los brazos apoyándose algo en el hombro. Dos veces, antes de aquel momento, *Centella* había visto el fogonazo y oído la detonación que seguían a un movimiento semejante al que acababa de ejecutar O'Connor. La segunda vez algo muy parecido al hierro candente le había chamuscado

la piel dejándole un surco sangriento grabado en la espaldilla. El instinto le dio a comprender que la muerte zumbaba por encima de su cabeza, y volviendo la grupa al peligro se perdió en la oscuridad de la noche. Pero efectuó la huida sin precipitación. Porque no tenía miedo. Otros estímulos, y no el miedo, influían en su salvaje y sanguinaria alma. Era el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, vencido al fin.

Y cuando de nuevo púsose a correr *Centella* por aquellas heladas y desiertas inmensidades, como una sombra sin realidad corpórea, el espíritu de *Scaguen* ya no galopaba a su lado.

El tiro, que había hecho retumbar su amenaza de muerte por aquellas soledades, y la feroz sangre roja del lobo parecían correr de consuno, como fuego líquido, por las venas de *Centella*. Ya no tenía delante de sí al hombre, y la parte de sangre perruna que le había hecho mirar a la cabaña con inexplicables nostalgias ancestrales había quedado sumergida, ahogada, sofocada en una indomable corriente de sangre salvaje. Unas cuantas horas hacía que *Centella* había abandonado su jefatura; pero volvía por ella. Una vez más volvía a ser el rudo, magnífico, valiente animal de los desiertos de hielo, la temible fiera de las grandes nieves, el infernal conductor de sus sanguinarios camaradas. O'Connor había sido la causa de este cambio. O'Connor y su fusil.

Kilómetro a kilómetro, la blanca llanura fue quedando detrás de *Centella*. Una hora antes, el gran deseo del animal había consistido en llegar hasta la cabaña del hombre blanco, aspirar el misterio que flotaba en el aire, mirar la ventana iluminada por un trozo de amarillento y pálido sol. Aquel deseo había desaparecido por completo. Su cerebro estaba desprovisto de todo proceso de razonamiento, de todo vislumbre de inteligencia. Pero el mayor de todos sus instintos, el instinto de la conservación, le decía que el suave silbido que había pasado por encima de su cabeza, rozándole la piel, era un mensajero de la muerte. No corrió, sin embargo, por miedo. Amaba la muerte, la amaba porque de ella vivía, y nunca había huido de ella. No obstante, su instinto le hizo esquivar las balas de O'Connor, porque eran portadoras de una muerte contra la que no era posible luchar, una muerte insidiosa y traidora. Y odiaba la traición. Este odio era otro sentimiento nacido en él sin causa alguna de razonamiento. Un instinto heredado. Porque el gran danés había procedido noblemente, durante toda su vida, con los hombres y con las bestias.

Una nueva inquietud le animaba. La sensación de soledad que le había hecho acercarse a la cabaña y las voces del pasado fueron substituidas por otro nuevo y apremiante deseo, el deseo de volverse a reunir con su manada. El encanto había terminado y volvía a ser un lobo, nada más que un lobo.

Con la exacta regularidad de un compás anduvo a través del helado desierto diez, doce, catorce, dieciséis kilómetros. Detúvose al fin y, con sus orejas tiesas para mejor recoger todos los sonidos, prestó oído atento al viento.

Tres veces se detuvo a escuchar en el transcurso de los cinco kilómetros

siguientes. Y la tercera vez se oyó a lo lejos, de un modo apenas perceptible, la voz de *Baloo* dando la señal de guerra a su manada. *Baloo*, el sanguinario *Baloo*, a quien la manada había conferido el honor de la jefatura a causa de su tamaño, de su agilidad y de su fuerza. *Centella* se sentó sobre sus ancas y contestó al aullido con otro aullido. Ya no estaba solo. Desde los cuatro puntos cardinales llegaban hasta él las voces de la manada de lobos. La voz de *Baloo* dominaba todas las otras. Sus aullidos eran más largos, más frecuentes, más significativos, y los lobos grises, sedientos de sangre cálida y hambrientos de carne palpitante, acudían presurosos a la llamada. Uno a uno, o en parejas, o por pequeños grupos de tres o cuatro, trotaban y galopaban por encima del hielo y de la nieve. Una semana entera llevaban sin haber podido satisfacer su apetito voraz con una gran caza, y todos mostraban los colmillos y miraban con ojos crueles en su afán de hallar pronto abundante presa.

Así como este desenfrenado afán agitaba a los demás lobos, así *Centella* sentía irreprimibles impulsos de matar, destrozar y hartarse de carne y sangre. Muchos de los lobos dispersos se habían reunido y marchaban en grupo, cuando *Centella* se juntó a ellos. Corrían en silencio ahora, con sus fornidos miembros grises, sus potentes mandíbulas y sus afilados colmillos dispuestos para dar la muerte. Quizá hubiera cincuenta en el grupo, y el número fue aumentando gradualmente hasta llegar a sesenta, ochenta, cien. A la cabeza de la manada marchaba *Baloo*. En toda la comarca otro lobo había únicamente que pudiera compararse con él en tamaño y fuerza, y ese lobo era *Centella*. Por esto *Baloo* le odiaba. Jefe y soberano de todos los demás lobos, veía en *Centella* un peligro para su autoridad. No obstante, *Centella* y *Baloo* no habían luchado nunca. Lo cual era debido al espíritu de *Scaguen*, el gran danés. Porque *Centella*, por tener parte de sangre perruna en su cuerpo, se distinguía de los demás lobos en que jamás había ambicionado la jefatura de la manada. En su juventud y fuerza, sus individuales proezas y su aptitud para descuartizar bastábanle para hacerle sentir los estremecimientos y la alegría de la vida. Porque durante días y semanas había estado cazando solo, completamente alejado de la manada. Durante esos días y semanas sus aullidos se perdían en la inmensidad dilatada sin que ningún otro lobo respondiera a ellos. Con nadie compartía sus aventuras; nadie presenciaba sus hazañas. Corría completamente solo; con excepción, no obstante, del espíritu de *Scaguen*, que a veces galopaba a su lado. Cuando *Centella* volvió a la manada, *Baloo* le miró con ojos feroces, ávidos de sangre, y los agudos colmillos de sus poderosas mandíbulas asomaron por entre los labios, amenazadores.

Centella, en la generosa juventud de sus tres años, no tenía ningún deseo de batirse con ningún semejante. Alguna vez se había batido, pero no por culpa de él, no por el predominio y afán de vencer, sino únicamente por defenderse, y nunca había matado a su adversario, como *Baloo* hubiera hecho. Muchas veces había soportado injurias de lobos más débiles y pequeños que él, sin tomar la venganza que su vigor y

la fuerza extraordinaria de sus mandíbulas le ofrecían. Con todo, frecuentemente sentía en su corazón afanes de muerte.

Esos afanes le inquietaban en aquel instante. El deseo irreprimible de matar no le había acuciado nunca tanto como en aquel momento, y poco se acordaba él de *Baloo* cuando corrió en línea recta a la cabeza de la manada.

De la misma manera que la vida es dura para los hombres en las regiones árticas, también es dura para los lobos. *Baloo* y los de su manada no corrían igual que los demás lobos. Los de *Baloo* corrían reprimiendo su excitación y, una vez llegaron a la pista trazada por anteriores pisadas, la manada continuó marchando sin producir ruido. Era como un amorfo y monstruoso espíritu arrastrándose por la obscuridad, del mismo modo que los niños creen que el coco y los duendes han de deslizarse por las soledades de la noche. A pesar del silencio en que caminaban, una persona que hubiera estado a lo lejos habría podido adivinar el paso de la manada por el apenas perceptible roce de las patas contra la nieve, la respiración jadeante, el castañeteo de los dientes y algún que otro ahogado aullido.

De las fauces de *Centella* salió uno de esos aullidos. El aullido era para él un entretenimiento; era como la compensación de todos sus sufrimientos. Marchaba sin fijarse para nada en la loba que corría a su lado. Tratábase de un hermoso animal delicado y esbelto que se aplicaba en emplear todo el esfuerzo de su ágil cuerpo en conseguir que *Centella* no se le adelantara. Tres veces sintió *Centella* el jadeante aliento de la loba cerca de su cuello, y una vez se volvió de manera que con su hocico tocó el lomo de la que tanto empeño ponía en no separarse de él. Con el deseo de ser madre había nacido en esta loba un instinto superior al instinto de matar. Pero los sentimientos de la loba no habían hallado eco alguno en el corazón de *Centella*. No habían llegado el momento ni el día. Una pasión le dominaba únicamente en aquel momento: la pasión de atacar a lo que se le pusiera por delante, matando y destrozando, hundiendo sus colmillos en la carne palpitante y en la sangre roja y caliente.

Centella, a la cabeza de toda la manada, fue el primero en husmear lo que todos buscaban: el olor del rebaño de renos. Medio kilómetro más allá el olor flotaba perfectamente perceptible en el viento. *Baloo* dio con su manada la vuelta hacia el Oeste. La velocidad de los lobos aumentó, y suavemente, muy suavemente, la sombra monstruosa formada por un centenar de cuerpos al galope comenzó a desintegrarse y comenzó la diseminación de los lobos. No había precedido señal ni orden alguna. *Baloo*, el jefe, no había proferido ningún sonido. No obstante, los lobos se movieron como si una orden precisa se hubiese ido transmitiendo de cerebro en cerebro haciendo obedecer a centenares de animales. Si se hubiesen podido iluminar súbitamente aquellos oscuros ámbitos con la luz del día, se hubiera podido observar el terrible espectáculo de una gran tragedia. Los cazadores ya no estaban diseminados

en un frente de más de un kilómetro. Los más fuertes y ligeros se habían ido a colocar, como inspirados por el deseo de cargar con la parte más difícil de la caza, a los extremos de esta larga línea de batalla. A poco más de un kilómetro de distancia marchaba el rebaño de renos.

Una espesa obscuridad parda cubrió toda la longitud de la letal línea y el viento daba de cara al rebaño de los cornúpetos de pezuña hendida. No se oía ninguna voz delatora, ningún sonido.

Centella dio de repente un salto hacia delante, y, por primera vez, hizo uso de su gran agilidad. Ni el instinto gregario, ni la tendencia a la imitación, ni la presencia de la joven loba, significaban nada para él. Saltó al lado mismo de *Baloo* y le pasó delante. Su velocidad era la velocidad del viento. A los ochocientos metros ya había dejado bastante atrás al otro, y corría solo. El cálido olor de carne viva penetraba incitador por sus narices. Frente a sí veía las sombras vivientes y, directo y rápido como una flecha, lanzóse sin aguardar refuerzos a la matanza. En aquel mismo instante llegó hasta sus oídos el grito salvaje de la manada. Callados hasta el mismo momento del ataque, los lobos prorrumpieron de repente en aullidos de placer. Con el viento que hacía aquella noche, los aullidos pudieron oírse sin duda a muchos kilómetros de distancia. Los lobos se lanzaron a la caza de los renos como un ejército de desalmados vándalos.

El rebaño se dispersó en seguida. Los renos habían estado hozando la nieve con su complicada cornamenta, para desenterrar las muscíneas sepultadas bajo el blanco manto protector, y el ataque de *Centella* fue para ellos como un grito de alarma. De un solo lobo hubieran podido huir fácilmente y sin atropellarse; pero no de la proximidad de la manada, y sobre la helada llanura hubo pronto un golpeteo de pezuñas que sonaba como el rumor de un trueno lejano. El carnero tiene el instinto de buscar la compañía de sus semejantes en los momentos de peligro, y el mismo instinto tienen los renos.

El ímpetu de *Centella* le llevó a un centenar de metros dentro de la línea del rebaño, y sus colmillos estaban hundidos en el cuello de un joven reno, cuando las espantadas bestias comenzaron a apilonarse a su alrededor, formando una espesa y terrible masa que le aislaba y separaba de los demás lobos. *Centella* se colgó de la yugular del reno con sus setenta kilos de peso y, sin soltar su presa, oyó el entrechocar de los cuerpos, el tableteo de las pisadas, los bufidos, los aullidos de los suyos y demás ruidos precursores de la atroz carnicería que se preparaba; pero él no dejó escapar de sus fauces el menor sonido. Sus hermanos trabajaban echándose dos, tres o cuatro a la vez sobre un solo reno; mas *Centella* prefería matar sin la ayuda de nadie. El gran rebaño comenzó a moverse y, en medio de todas las bestias, *Centella* y su víctima cayeron al suelo. Ni por un momento soltó *Centella* el cuello del infeliz reno. Una oleada de cuerpos pasó por encima de los dos caídos; multitud de pezuñas

los pisoteaban y numerosas cornamentas producían, al entrechocar, amenazador castañeteo. Los colmillos de *Centella* penetraron a tanta profundidad, que se quedó sin respiración. Todas sus fuerzas vitales realizaron el máximo esfuerzo y, sirviéndose de sus patas delanteras como de un par de garfios, se agarró al lomo del reno, y del cuello del herido salió a borbotones la sangre, tiñendo de rojo la chapoteada nieve.

Veinte renos yacían muertos por el suelo cuando *Centella* soltó su presa. Los últimos renos del rebaño habían pasado ya. Los que habían podido escapar a la matanza huían despavoridos hacia el Sur y el Oeste. Oíase de nuevo el correr de las bestias con el mismo rumor de un lento y lejano trueno. El hambre no bastaba a suspender en los lobos su frenesí de carnicería y, dejando los muertos donde habían caído, corrieron los asesinos detrás del rebaño en huida. Únicamente el extremado cansancio detuvo la matanza. Mientras sus mandíbulas pudieron morder y sus patas conservaron un poco de fuerza para correr, los lobos prosiguieron la persecución de los renos. Cuando murió el último reno, sesenta víctimas yacían inertes en una longitud de unos cinco kilómetros.

El festín comenzó, cebándose los lobos en los cadáveres de los renos caídos en último lugar. Para matar la segunda de sus víctimas, *Centella* había necesitado ayuda. Había sido aquélla una larga y dura tarea. Su cuerpo había sido pateado, corneado y magullado, y mal lo hubiera pasado quizá, si otro par de mandíbulas no hubiera llegado a tiempo para ayudarle. *Centella*, en el fragor de la batalla, lanzó una tarascada a un cuerpo delgado y gris. Y en seguida oyó un gruñido feroz y vengativo y el castañeteo de otros dientes. Y cuando al fin el segundo reno cayó sin vida, pudo averiguar que era la joven loba la que había ido a prestarle ayuda. La loba tenía la boca tinta en sangre y jadeaba como una bestia extenuada. No obstante, fue a colocarse llena de gozo y orgullo al lado de *Centella*.

Habían matado en colaboración. Era esto para ella un timbre de gloria. Había ayudado a *Centella* en sus matanzas. Y sobre aquel rojo campo de muerte, *Centella* sintió algo que no había experimentado cuando *Mogigan*, la joven loba, galopaba al lado de él una hora antes. Y sobre aquel campo, con el cuerpo sangrando y doliéndole por todas partes, el instinto de hembra hizo comprender a *Mogigan* que al fin había triunfado.

Nuevamente inspirado por secretos y misteriosos impulsos, *Centella* abrió en el costado del reno un gran boquete. *Mogigan* le veía hacer y callaba esperando a que el boquete fuera bastante grande y ella pudiera meter también su hocico para ayudar a *Centella*. Y luego, bien juntos los dos y echados ambos sobre la nieve. *Centella* y *Mogigan* comenzaron su gran banquete. El cuerpo esbelto de la joven loba palpitaba cálido y lleno de vida junto a *Centella*; éste sentía la inmensa satisfacción del dominador. No comía con voracidad extrema, antes bien entreteníase en despegar con los dientes trozos de carne que ofrecía luego galantemente a *Mogigan*. Y cuando otras

lobas pasaban cerca de ellos, haciendo castañetear los dientes o llamando la atención con algún gruñido, los ojos de *Mogigan* brillaban con una feroz expresión de celos irreprimibles. Ella fue la que vio, cerca del otro lado del reno que ella y *Centella* devoraban, una enorme sombra gris que se había detenido a mirarlos con ojos como ascuas. *Centella*, con su boca llena de carne, oyó el gruñido de alerta que lanzaba su compañera. No le concedió, sin embargo, importancia alguna. Porque no era cicatero, ni egoísta, y hubiera permitido gustoso que otros lobos hubieran ido a reclamar una parte de su reno sin sentir el deseo de defender su propiedad. Pero el instinto de *Mogigan* no le hacía temer por su presa, antes bien el instinto de lealtad al compañero y el apego que hacia él sentía eran los dos sentimientos que le inflamaban la sangre, llenando de alarma a la pobre bestia. El intruso era *Baloo*, el corpulento conductor de la manada. Sin vacilar un instante, *Mogigan* saltó encima de él como un rayo gris y vengativo. Los ebúrneos colmillos de la loba desgarraron el lomo de *Baloo* y éste se revolvió contra ella lanzando un terrible gruñido de dolor y de rabia.

En aquel instante, *Centella* vio lo que sucedía por encima del lomo del reno, y con un movimiento más veloz que el de la joven loba saltó sobre *Baloo*. El jefe y conductor de la manada tenía el cuello de *Mogigan* agarrado con la boca cuando *Centella* saltó sobre él y hubo un gran desgarramiento de sangre cuando las dos bestias rodaron por el suelo. *Centella* se levantó medio segundo antes que su enemigo. *Mogigan* se arrastraba hacia él sobre su vientre. La sangre brotaba de su desgarrado cuello y había un extraño sollozo en su aliento. *Centella* oyó su triste lamento, y dentro de él se levantó, más fuerte y poderoso que nunca, el espíritu de *Scaguen*, el gran danés. Y este espíritu de *Scaguen* clamaba venganza. Venganza y justicia. Desde la noche de los tiempos el corazón de un perro exigía no sólo venganza, sino también justicia; esa justicia, esa defensa del débil, esa caballerosidad del perro, y no del lobo, que lleva al fuerte a proteger al débil, y al macho a proteger y defender a la hembra. Para *Baloo* lo mismo importaba clavar los colmillos en el cuello de un lobo, que desgarrar el gáznate de una loba. *Centella* sintió, por primera vez en su vida, un ciego y terrible deseo de venganza.

Baloo estaba frente a él y le miraba mientras el lastimero quejido de *Mogigan* iba apagándose en su garganta. Lentamente, siniestramente, empezaron los dos lobos a buscarse las vueltas. Mientras tanto los lobos más próximos suspendieron sus recíprocos banquetes y rodearon a los combatientes, observándolos con ojos encendidos. *Baloo* y *Centella* estaban, pues, en el centro de un círculo del cual únicamente uno de los dos podría salir con vida. *Baloo*, el verdadero lobo, buscaba las vueltas a *Centella* con precaución, solapadamente. Sus orejas estaban tiesas, pero su cuerpo se combaba como un muelle de acero y su poblada cola se arrastraba por la nieve. *Centella*, a pesar de ser tan lobo como *Baloo*, procedía de distinta manera. Enhiesto y erguido de cabeza a rabo, tenía todos los músculos tensos, dispuestos al

combate de vida o muerte. *Centella* era bastante más joven que *Baloo*. Esto era para él una ventaja en cuanto a la fuerza y resistencia; pero *Baloo* había sido toda su vida un gran luchador y era taimado, experto, ducho en tretas y estratagemas, y de repente saltó sobre *Centella* en el preciso instante en que hacía un movimiento como de huido. Tan rápido, tan imprevisto fue el salto, que antes de que *Centella* tuviera tiempo de esquivar el choque, o de prepararse para repeler el ataque, los afilados colmillos de *Baloo* le abrían una herida enorme en el lomo.

Hábil había sido el ataque del antiguo luchador; pero más hábil fue el modo con que *Centella* lo repelió. Tan pronto como *Baloo* le asestó el mordisco, arremetió *Centella* contra él con toda su pasmosa fuerza, y *Baloo*, en vez de ladearse a la izquierda o a la derecha, recurrió a una nueva treta arrojándose cuan largo era en el suelo, de tal modo que *Centella* pasó por encima de él sin poder herirle. Aguardando, como buen boxeador, el momento oportuno, *Baloo* movía la cabeza de un lado a otro y de arriba abajo, y sus dientes desgarraron como cuchillos el vientre de su enemigo. Le infirió una herida enorme, mucho mayor de la que le hubiera producido si le hubiera dado el mordisco en el flanco, y la sangre de *Centella* fluyó en abundancia. Un par de centímetros más adentro y las tripas del animal hubieran quedado al descubierto. Los dos ataques se llevaron a cabo en apenas veinte segundos. En cualquier otra lucha esto hubiera representado una ventaja casi decisiva para *Baloo*, porque el lobo que ha sucumbido dos veces seguidas al comienzo de la lucha suele perder inmediatamente su espíritu combativo. Pero el viejo espíritu del gran *Scaguen* surgió potente en *Centella* para aguar las esperanzas de triunfo de *Baloo*. *Centella* saltó de nuevo sobre su enemigo; mas recibió en seguida la tercera herida. Esta vez el mordisco fue en la espaldilla. El dolor le hizo caer; pero se levantó al instante. No estuvo en el suelo ni siquiera una fracción mínima de segundo. Sin perder tiempo se abalanzó otra vez sobre *Baloo*, y por primera vez lucharon los dos lobos mandíbula contra mandíbula. El gruñido de su enemigo llenaba las fauces de *Centella*. Éste clavó en el otro sus terribles colmillos y *Baloo* cayó retorciéndose y bufando de dolor y de rabia. Durante unos segundos ambas bocas se atenazaron recíprocamente. Por fin, *Baloo* consiguió libertarse y de nuevo, con un rápido movimiento de la cabeza, dio un mordisco a *Centella*. El mordisco, hondo y terrible como los demás, hirió a *Centella*, esta vez en el pecho.

La sangre de *Centella* enrojeció de nuevo la nieve del círculo formado por los lobos curiosos, y el olor del combate se esparció por los oscuros ámbitos. Las quijadas de *Baloo* chorreaban sangre. Treinta o cuarenta lobos formaban ya el círculo de curiosos, y los demás iban aproximándose también a medida que llegaba hasta ellos algún sonido, o el olor de la batalla. *Mogigan* no se había vuelto a mover desde su último esfuerzo por aproximarse a *Centella*. Debajo de su cuello se había formado un verdadero charco de sangre, y sus ojos comenzaban a enturbiarse. Pero continuaba

la pobre con la mirada fija en los contendientes, resuelta a continuar mirándolos mientras pudiese mantener los ojos abiertos.

Centella sintió que la furia le encendía la sangre. Ya no sentía el dolor de las heridas. El espíritu de *Scaguen* le animaba y era el gran danés el que peleaba, en vez del lobo. Ya no se agazapaba y buscaba las vueltas al enemigo a la manera de un lobo. Arqueaba de un modo agresivo su fornido lomo, y bajaba la cabeza. Sus puntiagudas orejas estaban dobladas hacia atrás y su gáznate no articulaba ningún sonido cuando arremetió de nuevo contra *Baloo*. En toda la región ártica no había un par de lobos que hubieran podido resistir a *Scaguen*, y en aquel momento *Centella* era *Scaguen*. Una y otra vez *Baloo* cortó y rajó, y entre mordisco y tarascada *Centella* se lanzó decidido a matar o morir. Por dos veces estuvo a punto de sujetar a *Baloo*. La tercera vez logró clavarle los colmillos en el pescuezo. Se los clavó como se los hubiera clavado un perro; sin mover la boca para desgarrar. Sus mandíbulas se limitaban a apretar del mismo modo que hubieran apretado las mandíbulas de *Scaguen*. Y en el momento en que el círculo de los lobos curiosos se estrechaba para no perder detalle, las vértebras cervicales de *Baloo* se rompieron, y la lucha concluyó.

Un minuto entero transcurrió antes de que *Centella* soltara el cuello y se separara de su víctima. En seguida los demás lobos se amontonaron encima de *Baloo*, mordiéndole y desgarrando su cuerpo de la manera más espantosa. Ultrajar así al vencido era una antigua ley de la manada, una costumbre imprescriptible.

Centella se detuvo al lado de la débil loba. *Mogigan* trató de levantar la cabeza para mirarle, pero no tuvo fuerzas bastantes para ello. Sus ojos se cerraron. Dos veces los abrió, y *Centella*, alentándola con un cariñoso gruñido, le tocó el hocico con su hocico. *Mogigan* hizo todo lo que pudo por responder a la caricia; pero no logró más que emitir un raro y débil gemido mezclado con su aliento. Luego de esto, súbitamente un temblor irreprimible estremeció su hermoso cuerpo, en último suspiro, y concluyeron los esfuerzos para respirar o abrir los ojos.

Centella permaneció junto a ella consciente de que la muerte había acabado con la pobre. Aguardó un momento y después se sentó sobre sus cuartos traseros elevando su cabeza en dirección al cielo. Y los lobos que estaban destrozando el cuerpo de *Baloo* oyeron el aullido que salió de las fauces de *Centella*, aullido autoritario, aullido de triunfo y de dominio, porque desde aquel instante *Centella* se erigía en jefe, en conductor de la manada. Ningún lobo osó disputarle la jefatura, pero en aquel grito de triunfo, que se extendió por todas aquellas regiones heladas, había una nota de amargura.

El alma de *Scaguen*, a través de los años, había vuelto a dominar a los lobos.

Capítulo 2

La horda hambrienta

La luz de las Siete Estrellas había llegado. Pero en vez de brillar las siete brillaban siete billones. La sombría palidez crepuscular había desaparecido y el mundo ártico yacía suavemente en el áureo regazo de la larga noche. A lo alto, en el lugar en donde hubiera estado brillando el sol en un cielo meridional, dejábase ver el pálido resplandor del Norte como una inmensa concha nacarada, corazón de la noche, y cerca de este inmenso y tenue resplandor celeste brillaban las estrellas. Innumerables y silenciosas, como faros suspendidos en los espacios infinitos, sin sol, sin luna, sin luz diurna que ofuscará su esplendor, iluminaban las heladas regiones como inmóviles ojos que estuviesen dirigiendo perpetuamente una mirada envidiosa a la claridad más espectacular de la aurora. Aquella noche, o aquel día, porque las noches y los días han de contarse con arreglo a las horas que pasan, aun en las regiones en donde no hay sol ni luna, la aurora lucía la magia de sus resplandecientes vestiduras. Durante dos horas la Diosa de la Bóveda Celeste habíase estado ejercitando en su papel, y, como si se complaciera en confutar su parentesco con el Polo, mostraba sus misteriosos encantos y fosforescente luminosidad sobre lo que hubiera sido el horizonte del Oeste. Durante dos horas había estado desplegando sus gallardetes de todos los colores del arco iris; durante dos horas habíase estado divirtiendo en su gloriosa apoteosis. Había echado a volar diez mil bailarinas de vaporosa y sutil belleza, había llenado la bóveda celeste de senderos de oro, púrpura, naranja y azul, y después de todo eso, como cansada de su difícil juego, habíase puesto a pintar el cielo de un rojo bermellón, magnífico. Desde la ciudad, la aldea y el campo, había ojos que la miraban, aquella noche, desde más de tres mil kilómetros al Sur, pasmados de la belleza, de la espléndida coloración que flotaba sobre el Polo. Pero inmediatamente debajo de ellas las almas temblaban, y la blancura de un mundo helado reflejaba la luz de las estrellas hacia la pálida claridad de nácar, corazón de las alturas.

Aquel mundo blanco estaba muerto. Hacía allí un frío intenso, tan intenso que en el aire, no removido por el más leve soplo de viento, oíanse a veces leves crujidos metálicos. De cuando en cuando, desde los bordes montañosos y helados del golfo de la Coronación, llegaba el ruido de una explosión parecida al estampido de un cañonazo; era que algún inmenso témpano de hielo se desgajaba o se hendía. Y cada vez que alguna de esas explosiones atronaba los espacios, el eco de tan terrible ruido repercutía varias veces seguidas, como una serie de gemidos, hasta Bathurst Inlet, porque los juegos y entretenimientos de aquel intenso frío eran tan fantásticos y misteriosos como los de la aurora. Parecía a veces que una partida de patinadores huían por el cielo con patines de acero, y por poco que se aguzara la imaginación,

parecía oírse el sonido de las voces y, a lo lejos, las risotadas. No obstante, bien cubiertos cuerpo y cabeza con gruesas pieles, la temperatura podíase resistir perfectamente, porque no soplando el viento, como no soplaban, el frío distaba mucho de ser mortal.

Delante de una pequeña cabaña de madera construida en el borde de una gran quebrada, conversaban el cabo Pelletier y el agente O'Connor, de la Real Policía Montada del Noroeste, y a cierta distancia de ellos aguardaba un esquimal con un trineo arrastrado por seis perros. Hacía un mes y medio que Pelletier había enviado al inspector de la división «M», en Fort Churchill, su última comunicación previniendo los males que amenazaban a toda la región: hambre, muerte y lobos.

Pelletier, mirando al rutilante carmesí de la aurora en el Oeste, dijo:

—Mira, O'Connor, estamos en presencia de la primera noche roja del invierno. Tenemos suerte. Los esquimales creen ver en el rojizo resplandor del cielo un signo de amenaza y estoy seguro de que apenas hay esquimal entre estos linderos y Franklin Bay que no esté actualmente entregado a sus plegarias y prácticas religiosas para desterrar los malos espíritus de la faz de la tierra. Y todos los cazadores de la costa deben haberse puesto ya en camino para juntarse a nosotros como un solo hombre.

O'Connor se encogió de hombros con el escepticismo del incrédulo. Confiaba en Pelletier; Tenía verdadero cariño a este pintoresco francés, endurecido en las tempestades y que llevaba ya más de la mitad de su vida metido en el círculo ártico. Pero se permitía disentir de Pelletier en cuanto a la esperanza que éste tenía puesta en el plan que había imaginado. Durante dos semanas había estado sepultando crecidas dosis de estricnina en pellas de grasa de reno. Tenía fe en el veneno. Diseminadas por aquellas inmensas extensiones de hielo y nieve, aquellas pellas envenenadas no podían menos de dar la muerte a un gran número de lobos. Pero en cuanto a los resultados de las cacerías...

—Éste es el momento —añadió Pelletier, sin apartar los ojos de las tonalidades rojas del cielo—. Si logramos atraer la gran manada y podemos destruir nada más que la mitad de los lobos que la componen, salvamos por lo menos cinco mil renos. Y si Olee John no nos falla con sus renos, el éxito es seguro. Y como el éxito se alcanzará por medio de numerosas cacerías efectuadas durante todo este invierno a lo largo de la costa, si de resultas no me ascienden a sargento, y a ti a cabo, es que no hay justicia en la tierra, O'Connor.

Y Pelletier, al decir estas últimas palabras, hizo rechinar los dientes como para dar mayor énfasis a sus esperanzas.

—Por lo menos tendremos la diversión de la caza —replicó el irlandés—. Pero movámonos, Pelletier; el ejercicio nos ayudará a combatir el frío. Mucho me equivoco, o estamos a sesenta bajo cero.

El esquimal cubierto de pieles salió de su impasibilidad. De su boca salieron las palabras precisas para arrear a los perros, su látigo chasqueó por encima de los lomos caninos y, ansiosos de correr, los bravos animales se lanzaron animosos a todo escape sobre la blanca pista, aullando y ladrando, y castañeteando los dientes bajo el resplandeciente bermellón del cielo.

Kilómetros y kilómetros a lo largo de la áspera costa del golfo de la Coronación y de las abruptas orillas de Bathurst Inlet, había movimiento aquella noche. La siniestra mueca del hambre extendíase amenazadora por todos los ámbitos y los esquimales respondieron a la llamada de Pelletier, el Rey Blanco que tenía que realizar el milagro de librar a la tierra de los espíritus malos que se habían introducido entre las manadas de lobos para impulsar a estas fieras a perseguir con extremada voracidad a los fugitivos renos.

El campamento de Topek había sido designado como punto de reunión. Eran los mejores hombres de la tribu Topek quienes se habían encargado de llevar la noticia de la gran cacería de lobos a lo largo de las costas, y era Topek quien había tratado de convencer a los demás esquimales de que, a menos que los hombres limpiaran de lobos toda la región, matándolos, o persiguiéndolos hasta ponerlos en fuga, el hambre tendría que causar estragos. Los de Topek repitieron con toda fidelidad los mensajes de la policía, representada por el cabo Pelletier y el agente O'Connor en la pequeña cabaña construida al borde de la gran quebrada.

El enrojecido cielo daba imponentes respuestas a los requerimientos de los hombres. Porque, desde siglos y siglos atrás, los simplicísimos habitantes del litoral del golfo de la Coronación habían vivido en la creencia de que los demonios del infierno subían de cuando en cuando a la Tierra para penetrar en el cuerpo de los lobos sedientos de sangre y hacerles limpiar de renos los desiertos de hielo y nieve para hacer perecer de hambre a los habitantes de las regiones polares. Y únicamente los más jóvenes y valientes se habían atrevido a ofrecer ayuda a Pelletier. No es lo mismo combatir con los osos blancos que habérselas con los más furiosos espíritus del averno. Con todo, doscientos cazadores llegaron a reunirse en el campamento de Topek. Iban todos provistos de un gran número de amuletos y de cuantas armas habían podido procurarse. Algunos tenían fusiles comprados a los balleneros en épocas de abundancia, otros llevaban arpones, y otros una especie de chuzos que utilizaban para cazar focas. Desde el más lejano Oeste llegó Olee John, un esquimal que estaba casado con una sola mujer, lo mismo que los hombres de raza blanca. Con Olee John llegaron los diez cazadores más bravos de su aldea y un rebaño de cincuenta renos domesticados.

La aurora lucía sus galas como una hermosa lámpara roja, cuando Pelletier y O'Connor llegaron al punto de reunión, después de un viaje de seis horas, y dieron un buen apretón de manos a Topek, y casi abrazaron a Olee John. Durante las cinco ó

seis horas siguientes los cazadores no cesaron de llegar. Apenas estuvieron todos reunidos, un viento huracanado llevó hasta ellos gran cantidad de agua y nieve desde lejanos ventisqueros. Aquel viento era como una escoba que barriera los desiertos, borrando, rellenando e igualando trochas, pistas y caminos. Setenta y dos horas después de aquella tormenta de viento y nieve, había gran actividad en el campamento de Topek y los suyos. Hallaron una hondonada de imposible salida y el trabajo de atraer a ella a los lobos dio principio. Cinco veces Topek y Olee John, cada cual ayudado de sus hombres, hicieron avanzar el rebaño de los renos, y las cinco veces, hombres y animales volvieron extenuados por la fatiga. No obstante, en la pista abierta por las huellas de los renos no se oyó ningún aullido, y ningún lobo se aventuró a seguir el rebaño. Y, aunque se colocaron cebos envenenados a centenares en las recién practicadas huellas, no se halló nunca ningún lobo muerto.

En las estólidas caras de los jóvenes cazadores esquimales comenzó a retratarse un gran temor. Los médicos y los ancianos de la tribu tenían razón; no había duda: «los diablos del infierno» se habían metido en el cuerpo de los lobos y era una gran locura organizar cacerías. Hasta los mismos jefes en persona, Topek y Olee John, comenzaban a titubear, y del corazón de Pelletier se apoderaba una ansiedad profunda, porque el fracaso de su iniciativa entrañaba inevitablemente el total desprestigio de la policía.

Y por sexta y última vez Topek y Olee John, y los demás esquimales, se pusieron en movimiento empujando al rebaño de renos hacia los lugares más adecuados para conducir la manada de lobos hasta la traidora hondonada. Mientras tanto en las cabañas de los esquimales no faltaba quien decía que los dioses y los demonios provocados concluirían por lanzar alguna irrevocable maldición sobre toda la comarca.

Escuálido y chupado por el hambre, con las costillas marcándosele en los costados a causa de los días y de las noches de inútil búsqueda de alimento. *Centella* y su manada de lobos marchaban hacia el Norte. No viajaban en estrecha formación como en los viajes que realizaban un mes antes, cuando los rebaños de renos bordeaban los desiertos helados. Marchaban diseminados, como un ejército en derrota. Desde la noche en que *Centella* había luchado con *Baloo*, vencéndolo y conquistando así la jefatura de la manada, los lobos no habían realizado sino una gran matanza. Después de esta gran matanza había habido una semana entera de grandes borrascas y después de estas borrascas no volvió a verse por aquellas regiones ni un solo reno. De los desiertos de nieve y hielo desaparecieron las huellas de los renos. En aquel mundo monótono e ilimitado las huellas habíanse borrado como si nunca hubieran existido. Sesenta kilómetros más al Sur, *Centella* hubiera encontrado a los renos buscando refugio en las hondonadas cercanas a la costa, y los lobos hubieran podido devorar a los enflaquecidos renos. Pero después de la tormenta, los lobos se

habían dirigido al Sudeste, y el hambre se había apoderado de ellos.

Si los de la tribu de Topek hubieran visto la vuelta de la manada de lobos a sus antiguos lares, todos hubieran impetrado, con sus plegarias, la protección de los dioses. Porque ya nadie creía en la superstición de que los demonios viajaban dentro del cuerpo de los lobos. Creían más bien que todos los lobos eran los propios demonios en persona. La desesperación del hambre había hecho presa en sus corazones y en sus ojos medio ciegos. Los demás animales mueren de inanición al cabo de algunos días de no comer. Pero el hambre enciende en el lobo un furor loco antes de matarle. Bajo el billón de estrellas y la argentina iluminación del corazón del cielo, los ciento cincuenta lobos que componían la manada de *Centella* marchaban recelosos uno detrás de otro. Habíanse convertido en verdaderos piratas, piratas derrotados, piratas que marchaban acechando la ocasión de caer uno sobre otro. Con los ojos hechos ascuas, desvelados, con los colmillos blancos y afilados por el hambre, avanzaban con el oído atento al aullido de rabia y al grito de angustia que demostraban que había habido una nueva víctima entre sus camaradas. Cruzaron el desierto de hielo y nieve sin que se oyera ni un solo aullido de dolor. Era una horda de espectros vivientes que hacían su camino en silencio a través de la pálida iluminación de la noche.

Centella, con su sangre de perro legada por *Scaguen*, el gran danés, había resistido a la gran locura. Tenía hambre. También él se moría. Su gigantesco cuerpo se adelgazaba. Sus ojos lanzaban llamas. Poseíale un extraño frenesí; pero su herencia de *Scaguen* le había salvado, y ni estaba loco ni odiaba. La repulsión que los perros sienten por el canibalismo era muy fuerte en él. Unas veinte veces había visto a la manada precipitarse sobre el lobo más escuchimizado, destrozándole y devorándole. Manteníase a distancia, y en su gatzate, de cuando en cuando, en vez del aullido de muerte y odio, se dejaba oír un débil y tétrico quejido, y a medida que la manada iba acercándose a los lugares de sus antiguas cacerías, iba sintiendo cada vez con mayor apremio el atractivo que la cabaña del hombre blanco ejercía en él. No se había olvidado del tiro que le había disparado O'Connor, del proyectil que había pasado, portador de la muerte, silbando por encima de su cabeza, chamuscándole la piel. Pero el instinto pudo más que el temor y de nuevo fue *Scaguen*, el perro de varias generaciones atrás, quien respondió a la llamada del amarillento sol que había dentro de la cabaña, y a la del olor del humo y demás atractivos que *Centella* el lobo no podía comprender.

Con las fauces llenas de flébiles aullidos, *Centella* volvió a reunirse con sus lobos, y las pavorosas sombras emprendieron la marcha rodeándole. Al lado de los demás lobos *Centella* era un gigante. No temblaba, ni sentía miedo mientras andaba. Oía el castañeteo de los dientes en la pálida obscuridad de la noche y los aullidos de los demás lobos cada vez que él se acercaba demasiado a cualquiera de ellos. Sentía

la parte de amenaza que encerraban aquellos aullidos; pero no experimentó nunca, en cambio, el deseo de matar a los que le deseaban la muerte, mientras marchaban todos con dirección al Este. La cabaña estaba en aquella dirección. No era un propósito deliberado lo que le hacía dirigir sus pasos a la cabaña. Ésta no podía ofrecerle sino una visión lejana de un pedazo de luz amarilla y el olor de humo. De aquella cabaña había salido, rozándole la cabeza, un emisario de la muerte. Marchó, no obstante, moviendo su cuerpo mecánicamente al impulso de las imágenes que vivían en su cerebro. Apartándose un poco de la manada, observó las últimas sombras que pasaron por delante de él. Marchó luego en dirección al Norte, y después al Este. Aceleró el paso. Ya no corría, sin embargo, con la velocidad del *Centella* que unas semanas antes galopaba, más de prisa que el viento, por las heladas llanuras de Bathurst Inlet. En sus movimientos ya no había la pura alegría de correr. Los músculos ya no respondían como tensos alambres vibrando al deseo de acción. Dolíanle las patas. Una molestia intolerable atormentábale los costados, metiéndosele entre las costillas. La fuerza de sus mandíbulas había disminuido, sus ojos habían perdido parte de su penetrante visión, y su respiración hacía fatigosa al cabo de correr apenas un kilómetro. Cuando amainó la carrera estaba jadeante. Durante un rato se detuvo y escuchó. Desfallecido, todavía tuvo fuerza, no obstante, para mantener elevada la cabeza, y a la débil luz de las estrellas, sus ojos brillaron siniestramente. Hinchó de aire sus pulmones y husmeó. Y de nuevo, desde el tiempo en que su abuelo había sido el compañero del hombre, el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, volvió a animarle y por sus venas de lobo volvió a circular la sangre de perro. Observó la dirección de la hambrienta manada, con atención fija y encendida. Ya no necesitaba volver a reunirse con los lobos, ni deseaba que los lobos le siguieran a él. En su soledad sintió hondos deseos de ser libre. La manada había desaparecido, los aullidos habían desaparecido, y *Centella* estaba contento. El aire se había purificado: ya no flotaba en él el olor de las fieras desesperadas por la locura del hambre. Las estrellas brillaban con gran claridad. Y enfrente de *Centella* extendíase la noche, abierta e infinita, llena de nuevas promesas.

En qué pudieran consistir tales promesas era cosa que él ni sospechaba siquiera. En aquellos instantes lo que más necesitaba era comer y la cabaña que se levantaba en el borde de la quebrada no le había proporcionado otra cosa más que el olor de humo, la visión de una luz amarillenta y la amenaza de una súbita y misteriosa muerte. Sin embargo. *Centella* volvió de nuevo en busca de la cabaña. Marchó durante un cuarto de hora con la rapidez del viento, no parándose sino dos veces para husmear el aire. La segunda vez se detuvo mayor rato que la primera. Percibió un débil olor en el aire, el típico olor de lobo, y lanzó un aullido. Cerca de un kilómetro más lejos volvió a detenerse y el aullido que lanzó entonces fue más sostenido y más amenazador. El olor iba siendo más y más fuerte, a pesar de que él había estado

corriendo en dirección contraria a la que había seguido la manada. Aceleró la marcha y sintió apoderarse de él un sentimiento de encono. El viento era para él un libro. El viento era su único instructor y en aquella ocasión le advertía que detrás de él, en la obscuridad de la noche oculta a sus ojos, había una sombra que le seguía.

Detúvose por cuarta vez y su aullido semejó un grito de alarma. El olor acentuábase de un modo inquietante. Esta vez *Centella* aguardó, erizóse su pelo y sus músculos pusiéronse en tensión, dispuestos a la batalla. No tardó mucho tiempo en ver una sombra que avanzaba lentamente a la débil luz de las estrellas, acercándosele en medio de un silencio de mal agüero. La sombra se detuvo a unos quince o veinte metros de distancia. Y luego, paso a paso y con cautela avanzó en la obscuridad. *Centella* se aprestó a recibir a un enemigo. Casi a una distancia salvable por un salto se detuvo de nuevo, y esta vez *Centella* vio que el lobo que le seguía no era blanco. Era un enorme lobo gris que se había agregado a la manada, a muchos kilómetros de distancia, en el matorral que bordeaba el límite meridional del desierto.

Mistic era tan corpulento y tan obscuro de color como *Centella*. *Mistic* era el lobo andariego de los grandes bosques. Criado en las selvas meridionales, conocedor de las estratagemas de los hombres, atrapado más de una vez y con el cuerpo lleno de cicatrices, *Mistic* el vagabundo había viajado hacia el Norte uniéndose a la manada de lobos blancos. A la luz de las estrellas las dos grandes bestias se miraron una a otra. En la débil penumbra, los afilados colmillos de *Centella* brillaban bien despegados de los labios tensos y abiertos. El bravo animal comenzó a dibujar el círculo de la muerte. *Mistic* no se movió. Con mirada baja y curiosa observaba a *Centella*. Sus quijadas permanecían apretadas. Sus ojos no brillaban respondiendo al reto. No gruñía ni aullaba. Magnífico e impávido, permanecía sin movimiento en el centro de los círculos, cada vez más estrechos, que describía *Centella*. Ni respondía al desafío ni dejaba traslucir rencor alguno. El aullido se extinguió lentamente en las fauces de *Centella*. El brillo de sus colmillos desapareció, y sus orejas, plegadas hacia atrás un momento antes, pusiéronse tiesas. En aquel instante, de las fauces de *Mistic* salió un débil quejido. Aquel quejido era un ofrecimiento de amistad. Era como si el gran lobo, notando la falta de la vegetación protectora, tratara de decir a *Centella* que no pudiendo soportar más la desesperada locura y la depauperación de la manada, había ido a buscarle para cazar en su única compañía, bajo la luz de las estrellas, y que, por lo tanto, lejos de querer luchar prefería ofrecerle su amistad. *Centella* dio un resoplido. En guardia, y todavía receloso, movió de uno y otro lado la cabeza. Oyó de nuevo el suave quejido de *Mistic* y lo contestó. Paso a paso, despacio y con precaución, fueron acercándose en sus círculos, hasta que al fin sus hocicos se juntaron. De los pulmones de *Centella* salió un profundo suspiro. Estaba tranquilo. Estaba satisfecho. *Mistic* volvió a aullar y rozó su espaldilla con la de *Centella*, y los dos lobos sondearon con su mirada la noche en aquella primera hora de su reciente

camaradería.

Fue *Centella* quien eligió la dirección Noroeste. Llevaba la cabeza levantada; en sus ojos había un nuevo brillo, en su sangre un nuevo calor. Experimentaba la sensación de algo nuevo en su vida, un nuevo género de camaradería. *Mistic* no era un lobo de los desiertos helados. No era un lobo traidor. No buscaba el combate. En el contacto de los hocicos hubo como una promesa de fraternidad, y *Centella* dejaba oír amistosos aullidos mientras los dos lobos galopaban a la luz de las estrellas. *Mistic* corría pegado al flanco de *Centella*. No galopaba como galopaban los lobos de la manada; criado en los bosques, corría con todos los sentidos más despiertos y alerta. *Centella* miraba enfrente de sí; *Mistic* miraba en frente y a ambos lados. *Centella* tenía la costumbre de pararse en seco de cuando en cuando para oliscar el camino recorrido; *Mistic* lo oliscaba moviendo rápidamente la cabeza a derecha e izquierda mientras corría. Ante su instinto, las celadas y trampas de los bosques estaban siempre presentes; para *Centella* la desnudez de los desiertos helados no podía ofrecer margen para emboscadas y traiciones. En su conocimiento de las cosas de su mundo sabía que el principal peligro estaba en la manada. La libertad y la seguridad no podían buscarse sino en el aislamiento, bajo el parpadeo de las estrellas.

Si Pelletier y O'Connor los hubieran visto correr en aquel momento, hubieran tenido que admirar forzosamente la sublime acometividad de la loca carrera. Si aquellos dos hombres hubiesen tenido una vista penetrante como la de Aoo, el mago de la tribu de Topek, hubieran podido jurar, al ver a los lobos, que dos espíritus infernales habían subido a la Tierra para cumplir alguna delicada misión. Porque, enormes los dos, no sobrepasaba el uno al otro en altura ni un milímetro. En longitud, en cambio, *Mistic* aventajaba a *Centella*, pero *Centella* aventajaba a *Mistic* por su pecho y sus mandíbulas. En caso de lucha hubiera sido difícil predecir cuál de los dos tenía que salir vencedor. Pero *Mistic* sabía una porción de cosas que *Centella* todavía tenía que aprender. Porque *Mistic* había adquirido gran experiencia durante el tiempo que pasó en las regiones dominadas por el hombre blanco. Su mano derecha estaba deformada por la presión de una trampa, y le había faltado poco para morir entre los horribles dolores de un cebo envenenado. Conocía los peligros de las emboscadas y de las trampas y temía al hombre blanco por encima de todas las cosas de este mundo.

Por tal motivo, cuando llegaron a percibir el olor de la cabaña levantada al borde de la quebrada, fue *Mistic* quien dio la señal de peligro y retroceso, con un súbito castañeteo de dientes. Arqueó el lomo y plegó las orejas, comenzando a describir grandes círculos con la precaución de quien teme la proximidad del cazador. *Centella* miró a la ventana. Ni se veía luz alguna a través de aquella abertura, ni salía humo por la chimenea de la cabaña. Dio *Centella* algunos pasos hacia la morada del hombre; mas detrás de sí oyó un lúgubre aullido de alarma. Continuó marchando, sin

embargo, y se puso a describir anchos círculos a cierta distancia de la cabaña. El aire era frío y sutil. Después de un rato de olfatear comprendió que la vida y la luz y el humo habían desaparecido de la cabaña. Desvanecido el temor, *Centella* trotó hacia la ventana, llegando mucho más cerca de lo que había llegado antes. Se detuvo, se sentó sobre sus ancas y miró fijamente la abertura que antes había visto iluminada con luz amarillenta. Un centenar de metros detrás de él. *Mistic* también se sentó sobre sus ancas y en aquellos segundos de silencio un abismo, más amplio que las mismas comarcas heladas en donde vivían, surgió entre sus almas. Porque *Centella* sintió el mismo deseo de aullar que había sentido cuando se enfrentó por primera vez con la ventana iluminada. Y cediendo al imperioso deseo levantó la cabeza y lanzó un aullido. *Mistic*, cuando lo oyó, dio un gran salto hacia atrás, porque la voz de *Centella* le había llenado de sobresalto: ¿no vibraba, en cierto modo, en aquel aullido algo así como un eco de la voz terrible de los perros que le habían perseguido a él en los lejanos bosques del Sur? Comenzó a describir círculos hasta llegar al borde de la quebrada, a unos doscientos metros de la cabaña. Allí fue donde *Centella* acudió a reunirse con él.

Durante varias semanas habían ido amontonándose en la quebrada los menudísimos copos de nieve lo mismo que en un ventisquero, de tal modo, que en muchos lugares los huecos aparecían completamente cubiertos. En estos lugares las ramas altas de los árboles cubiertos por la nieve asomaban a trechos sus puntas por la superficie como los crispados dedos de una legión de gigantes que hubieran perecido de frío en aquellas soledades. En otros lugares, los caprichos del viento habían dejado anchas y profundas hondonadas casi completamente desprovistas de nieve. Los ojos de *Mistic* miraban estas hondonadas brillando como ascuas. En uno de aquellos lugares menos cubiertos de nieve fue donde *Mistic* vio la primera promesa de carne, y con el cauteloso avanzar de los lobos de los bosques, se lanzó en la más profunda y oscura de todas aquellas hondonadas. *Centella* le siguió, colocándose por debajo de los arbolitos, que le rozaban el lomo con su ramaje. Desde la hondonada, ni *Mistic* ni *Centella* podían ver el brillo de las estrellas. Oscuridad tan absoluta era muy desagradable para *Centella*. Los ojos de *Mistic* eran dos ascuas con reflejos de tonalidad tan pronto roja como verde. Dos veces oyeron los lobos el graznido de dos inmensas aves nocturnas. Una de ellas *Mistic* trató de pegar una terrible tarascada a una sombra informe que pasó rozando el lomo de los lobos con sus alas. Desde aquella hondonada pasaron a otra, después de trepar por algunos montículos que se interponían entre ambas. En la segunda hondonada tampoco husmearon los lobos el olor de la carne. Después de buscar inútilmente un buen rato. *Centella* tomó para sí la responsabilidad de las iniciativas. Dejó las hondonadas para volver de nuevo a los desiertos helados y *Mistic* le siguió. *Centella* condujo a *Mistic* a un lugar en donde algunas semanas antes había visto algunas hermosas liebres gigantes.

Ni *Centella* ni *Mistic* corrían. Las largas distancias, recorridas a través de los altibajos de llanuras y hondonadas, habían consumido en gran manera sus ya debilitadas fuerzas. Hacía demasiadas horas que gemían bajo las torturas desesperantes del hambre. La inanición había iniciado su proceso sometiendo a sus víctimas a los más atroces dolores nerviosos y musculares. El agudo sufrimiento, que antes les había impulsado a trotar, se había trocado en un apremiante deseo de tumbarse. Poco tiempo antes había sido la cabaña el objeto que había ejercido mayor atracción sobre *Centella*. Pero a medida que el proceso de la inanición iba desarrollándose, los escasos y menudos árboles del bosque de enebros iban ejerciendo sobre él una atracción muy superior a la de la cabaña, porque entre aquellos esmirriados arbolitos esperaba *Centella* encontrar alguna de las gigantescas liebres que en otras ocasiones había visto por allí.

Sobreponiéndose al cansancio marcharon los dos lobos al bosque. La mayor parte de él estaba cubierto de nieve finamente pulverizada. Aquí y allá había partes, sin embargo, completamente barridas por el viento. En toda su vida, *Mistic*, el lobo de las espesas y fragosas selvas del Sur, había visto unos arbolillos tan raquíuticos y desmedrados como aquéllos. Los árboles que él conocía, copudos y centenarios, eran como gigantescos pulpos. Así como el hombre consigue disminuir con deliberado propósito la talla de los animales domésticos que cultiva como animalitos de lujo, así también la Naturaleza produce, cuando se lo propone, bosquecillos y arbolitos enanos. Pero en aquella ocasión no había carne para los lobos entre los enebros y pequeños cedros. Hasta las menudas zorras plateadas, que *Centella* tanto odiaba, habían partido de allí. El hambre las amenazaba en el bosque con la misma inflexible crueldad con que las afligía en la inmensa llanura blanca.

Pero sobre *Centella* ejercía todavía su poder el instinto vernáculo, que tira de los seres hacia su lugar de origen. E, impelido por el instinto, volvió nuestro lobo sus pasos hacia los lugares frecuentados por los hambrientos lobos de su antigua manada. En las pistas de los rebaños perseguidos por los lobos quedaban muchos huesos, y, una vez que había perdido la esperanza de hincar el diente a ningún pedazo de carne viva y palpitante, únicamente surgía en su imaginación el espectáculo de los huesos amontonados o desperdigados en las superficies que él vio tintas en roja y cálida sangre. Hacia los huesos corrió con toda la velocidad de que aún era capaz, y *Mistic*, fortaleciendo su fe a medida que avanzaban, aun a pesar de que sus fuerzas físicas iban abandonándole, procuraba correr con su cuerpo pegado al de *Centella*.

Una hora después de mucho correr llegaron a la ancha pista trazada por las pezuñas de los renos de Topek y Olee John. La pista parecía conservar aún el calor del rebaño. La nieve despedía un rico y tentador olor de carne palpitante. En el aire flotaba todavía el vaho de la respiración de los renos. *Centella* sintió que el corazón le latía con inusitada violencia y, durante unos segundos, se detuvo tembloroso.

Mistic temblaba al lado de él. El hambre resurgía en ellos provocando de nuevo el deseo apremiante de dar caza a algún ser viviente, destrozándolo y devorándolo. Respiraban de prisa y callaban mientras sus cuerpos, inmóviles, se preparaban para el tremendo esfuerzo final como máquinas a las que ha de exigírseles extremado rendimiento. La sangre corría aceleradamente por las venas. Ambos irguieron la cabeza; los flácidos músculos de sus cuatro remos recobraron su prístina tensión y dureza y en los ojos de uno y otro animal resplandeció una mirada de alerta. No solamente habían descubierto la pista de un rebaño, sino que este rebaño no podía estar lejos. Instintivamente, *Centella* y *Mistic* atiesaron las orejas para recoger el sonido producido por los renos al andar.

Centella se sentó en medio de la pista trazada por el rebaño de renos y, con su afilado hocico gris dirigido al cielo, lanzó a los cuatro vientos el aullido siniestro y terrible del lobo hambriento que anuncia a los suyos la proximidad de un gran número de víctimas. Y *Mistic*, sentándose también sobre sus ancas, abrió sus anchas fauces para unir su voz a la de *Centella*, y dio también un aullido de alerta y caza. Ambos aullidos se transmitieron juntos a través de los espacios infinitos. Desde un par de kilómetros de distancia llegó un aullido de respuesta. Desde tres o cuatro kilómetros llegó otro aullido. Y un aullido provocó otro, hasta que bajo el billón de estrellas que brillaban por encima del casquete helado, la noticia de la proximidad de la carne se transmitió de garguero en garguero, determinando la reunión de multitud de sombras famélicas que, como una horda de vándalos, pusieron a correr tras los renos, dispuestas a luchar desesperadamente por el bocado de carne que necesitaban para conservar la vida que ya iban perdiendo por momentos.

Y los apremios del hambre llevaron esta vez a todos los lobos de la manada directamente a la emboscada que les había preparado su mayor enemigo: el hombre.

La celada fue dispuesta entre Artic Sound y Bathurst Inlet, en un lugar donde los vientos del invierno habían amontonado el hielo y la nieve en grandes cantidades. Era una hendidura entre los hielos resquebrajados, un verdadero callejón sin salida, en forma de embudo. Por la parte de la entrada el callejón tenía unos cien metros de ancho, pero en su extremidad obturada no tenía sino unos veinte.

Topek y Olee John habían guiado el rebaño a aquel embudo obturado. No una, sino seis veces habían metido a los renos entre las altas paredes de hielo, y por sexta vez los renos aguardaban con paciencia en mitad del callejón, tan lejos de su entrada como de su extremidad sin salida. El plan de Pelletier era sencillo y, por poco que los lobos olfatearan el rastro de los renos, seguro. Con vivos colores había pintado su imaginación el cuadro de la matanza. La manada entera se lanzaría por la pista, y tan pronto como los lobos penetraran en la hendidura, un centenar de cazadores, ocultos cerca de la boca del embudo, saldrían de su escondrijo lanzándose valerosos detrás de las hambrientas fieras. Junto al rebaño habría también otros cazadores perfectamente

armados, para proteger a los renos. Los lobos, huyendo de sus perseguidores, irían a agolparse en la parte estrecha del embudo, y allí habría, según todos los cálculos de Pelletier, la gran matanza.

Topek, que se había destapado, para mejor oír, las arrebuajadas orejas, fue el primero que oyó el tiro que anunciaba la proximidad de los lobos. Un instante después se dejó oír otro tiro, y luego un tercero, a no mayor distancia de un par de kilómetros escasos, y antes de que el eco de los tiros se hubiese extinguido, las voces de Topek y Olee John repetían las rápidas órdenes de Pelletier y O'Connor, Topek en la boca del embudo y Olee John junto al rebaño de los renos. Pelletier estaba con Topek, y O'Connor con Olee John. Durante tres o cuatro minutos hubo mucho movimiento en la entrada y en el centro de la hendidura: el cuchicheo de las voces excitadas de los esquimales, el rumor de pasos, el crujido del hielo que se resquebrajaba y el ruido de las armas al aprestarse los cazadores, desde sus paranzas, a hacer uso de aquéllas.

A estos primeros rumores siguió un profundo y trágico silencio. En el callejón sin salida no se oía nada. Pelletier temblaba al suave calor de su vestido, mientras la sangre le acudía atropelladamente al corazón. A lo lejos, débiles como un murmullo del viento, oyó lúgubres, famélicos gemidos. Eran las voces pavorosas de los lobos. El corazón le dio un salto en el pecho y sintió que la conciencia le reprochaba su conducta. Porque aquel francés había luchado, él mismo, como los lobos, bajo las inclemencias y los rigores de las regiones árticas. «Lucha de lobo», se había dicho a sí mismo multitud de veces cuando tenía que vencer grandes dificultades entre terribles peligros. Y en aquel momento, después de todos sus cálculos, cuando ya el éxito se le metía en casa, pasó por su imaginación la idea de lo innoble de su conducta. Porque aquello no iba a ser una lucha. Ni siquiera iba a ser una contienda de estratagema. Aquello iba a ser pura y simplemente el asesinato de los seres a quienes él había hecho entrar en el callejón sin salida, una matanza vil de estómagos vacíos, un exterminio de criaturas que necesitaban algo para comer. Era el hambre que sentían los lobos lo que producía en el corazón de Pelletier un reconcomio extraño, porque nuestro hombre había luchado muchas veces como una fiera para procurarse el pedazo de carne necesario a la conservación de su vida. Y se preguntaba filosóficamente si, después de todo, el hombre, con sus políticas y sus religiones, tendría más derecho a la vida que aquellos feroces y hambrientos lobos.

A la cabeza de la blanca manada corría *Centella* y a su lado corría *Mistic*, el lobo de los bosques. Una vez más la manada corría en plan de caza. Pero esta vez los lobos no corrían en silencio, como cuando perseguían a los renos un mes antes. El olor cálido y espeso de los renos excitaba a los lobos, al llegar hasta su hocico, igual que la visión y el gusto mismo de la carne, y de un centenar y medio de gargueros salían gritos salvajes de voracidad mientras la manada galopaba. La infernal gritería llegaba

hasta las estrellas, después de repercutir de un lugar a otro hasta muchos kilómetros de distancia por encima del desierto helado. En las chozas de la tribu de Topek, las mujeres y los niños y los viejos oyeron la gritería y enmudecieron de terror.

A cuatro kilómetros y medio estaba la entrada de la hendidura, la cual se estrechaba mucho a unos tres kilómetros, y luego mucho más a cosa de un kilómetro y medio. La voz de la manada dejó de oírse. Era que en los ciento cincuenta gargueros había el ardor de una respiración jadeante, y en los ciento cincuenta cuerpos todos los músculos se preparaban para el último gran esfuerzo. En el interior de aquellos cuerpos ardía el fuego de la ansiedad. Los lobos más fuertes marchaban a la cabeza de la manada, y los más débiles a la cola. Unos cuantos rezagados, sin vigor apenas para sostenerse en pie, se esforzaban por seguir a los que batían marcha y llegar a tiempo a la cacería. A unos cuantos metros antes del grueso de la manada, *Centella* y *Mistic* corrían arrastrando tras sí a los demás lobos. La montaña de hielo se levantaba majestuosa enfrente de los lobos, y éstos no se hubieran detenido ya en su loca carrera aun cuando a uno y otro lado de la entrada de la hendidura hubiesen visto mil hombres apostados. Ciegos, y sordos, e insensibles a cuanto no fuera el olor de la carne, las famélicas bestias penetraron por la boca de la hendidura. *Centella* y *Mistic* fueron los primeros en entrar, y en seguida surgieron los humanos verdugos que aguardaban para cortar la retirada a todo el hato lupino. Desde las resquebrajaduras del hielo y los montículos de nieve protectores, multitud de ojos humanos atisbaban la entrada de los lobos en el embudo de la muerte.

Y aquellos ojos vieron como bajo la incommovible indiferencia de las estrellas se desarrollaba un espectáculo espantoso. Fue entonces cuando en aquellos lugares retumbó un grito, el grito de Olee John, y una voz, la voz de O'Connor. Y a continuación se dejaron oír infinitas voces, multitud de estampidos, el choque de las armas y el silbido de las flechas que cruzaban el aire. Mas los gritos de Olee John dominaban todo este ruido. Porque a Olee John se le antojó que los planes de los hombres habían fracasado. A pesar de que los tiros atronaban el espacio y los cazadores habían salido de sus escondrijos para dar formal batalla, los lobos hambrientos se precipitaban impávidos sobre los renos. Así como los hombres sedientos arrostran la muerte por una gota de agua, así los lobos se olvidaron del peligro delante de la carne, y, cayendo sobre los renos, hincaron sus afilados colmillos en el cuerpo de los infelices rumiantes. Entre los lobos, como entre los renos, la muerte hacía estragos. Sobre las famélicas fieras llovía un diluvio de balas. La pistola de O'Connor no cesaba un momento de vomitar proyectiles. Las flechas cruzaban el espacio con mortal precisión. Y, sin embargo, los cuerpos blancos de los lobos continuaban afluyendo al lugar de la matanza con pasmosa intrepidez.

La sangre corría con la misma abundancia con que había manado en anteriores cacerías, cuando la voracidad de los lobos había teñido de rojo la inmaculada

blancura de la nieve. Los renos de Olee John morían como débiles corderillos. *Centella* desgarraba un gaznate. *Mistic* desgarraba otro gaznate. Allí había una verdadera degollina; allí había olor y sabor de sangre, y las hambrientas mandíbulas estaban llenas de carne.

Ante todos sus hombres, perdidos los estribos y loco de rabia y pavor, Olee John prorrumpió en lamentos e imprecaciones en su idioma esquimal. ¡Los hombres blancos eran unos embusteros! ¡Los lobos no eran lobos, sino demonios! Los dioses preconizados por los misioneros eran impotentes y ridículos, porque permitían que las furias del infierno le degollaran los renos ante sus propios ojos.

En su desesperación, perdió el temor y saltó entre las fieras heridas y agonizantes para rematarlas a golpes de maza. Unos treinta lobos yacían por tierra; algunos, vivos todavía. O'Connor quiso lanzarse también al lugar de la matanza, y al salir de su escondrijo, un par de mandíbulas llenas de espuma trataron de hacer presa en sus carnes. Desde lo alto de las paredes que formaban el callejón o embudo miró al fondo de la hendidura. Lo que vio fue una masa informe y agitada, una espantosa ebullición de muerte retorciéndose horriblemente a la luz de las estrellas. Lleno de furor y desesperación arrojó sobre la masa informe y palpitante una buena cantidad de balas, llamando al propio tiempo a sus hombres para que acudieran con sus fusiles y cuchillos. No había salvación para los renos de Olee John. Muchos yacían ya por tierra, sin vida, y apenas había alguno que no tuviera clavados en su cuello los lacerantes colmillos de algún lobo. Pero O'Connor pensó en la matanza de los lobos como compensación a la pérdida de los renos. Y volvió la cabeza para dar órdenes. Lo que vio le dejó sin respiración. Los esquimales desertaban, huían. Hasta los más bravos de entre ellos se escapaban proclamando que nunca los lobos de verdad hubieran continuado clavando sus colmillos en la carne de sus víctimas ante centenares de cazadores bien armados. Aquellos espectros no eran lobos, sino verdaderos espíritus malos. Eran bestias dentro de las cuales había penetrado el alma negra de los monstruos infernales, y era preciso huir para ponerse en salvo antes de que aquellas furias se revolviesen contra los mismos hombres que trataban de darles caza.

En vano O'Connor llamó a los fugitivos. Únicamente Olee John vaciló un momento, pero, al fin, también éste concluyó por huir como los otros. Y el miedo llenó entonces el corazón de O'Connor. No el miedo a los espíritus malignos, sino el miedo a los lobos, que no podrían menos de devorarlo cuando le vieran allí, solo, después de haber concluido de dar muerte a los renos.

O'Connor, uno de los dos hombres más bravos que jamás hollaron las regiones que extienden su manto de nieve más allá del erado sesenta y seis, se precipitó tras los esquimales, y Olee John, al verle llegar, redobló la furia de sus imprecaciones contra los hombres blancos y sus dioses, redoblando, al propio tiempo, la rapidez de

su huida.

A medio camino de la boca del embudo de hielo, Topek. Pelletier y los demás cazadores que con ellos estaban, vieron a los fugitivos. Antes de que éstos llegasen hasta donde ellos estaban, ya habían oído la salvaje gritería de los de Olee John, recomendando la huida a sus hermanos. La noche se llenó de voces que proclamaban la tragedia y el peligro, y la segunda línea de cazadores también se desmoralizó y huyó. Al principio, Topek procuró contener a los suyos: mas su voz quedó sofocada por la gritería general. Tampoco la voz de Pelletier logró dominar a las otras. Y viendo huir a Olee John, el mismo Topek, a pesar de su valor, apretó a correr en dirección de su aldea. Tras los fugitivos llegó O'Connor corriendo, jadeando y echando maldiciones, y cuando no quedó ni un cazador a la vista, los dos hombres blancos siguieron tristemente la pista de los fugitivos en dirección a la tribu de Topek, el esquimal.

Hubo, pues, un gran banquete entre los lobos aquella noche en el lugar que los hombres habían elegido para exterminarlos. Y así como antes, cuando ya consideraba seguro el triunfo, Pelletier se compadeció de los lobos, ante el desastre el buen francés no podía menos de reflexionar, con amargura, sobre la absurda ironía de haber internado con tanto trabajo un rebaño de renos a ochenta kilómetros de la costa, precisamente para salvar la vida a unos lobos que ya estaban a punto de perecer de inanición.

Capítulo 3

Centella corre solo

Terrible y mortal es la inacabable noche polar. Es la inmolación de todas las cosas hechas para la vida y la luz, es la maldición de un error celestial, el resultado del intrincado mecanismo del sistema solar; terrible y, sin embargo, magnífica; lúgubre y, no obstante, hermosa y bella entre todas las bellas y hermosas cosas de la tierra. Hombres y bestias enloquecen de espanto en los largos meses de tan interminable noche. La noche anunciase siempre por medio de un prematuro crepúsculo. Y después de este crepúsculo hace su aparición el dolor y todas las furias del Averno se diseminan por la Tierra. Así como en el Sur los habitantes de ojos negros y pelo obscuro, descendientes de los franceses, creen todavía en brujas, duendes y trasgos, explicando los padres a los hijos mil fechorías de esos seres misteriosos que carecen de carne y sangre, así también durante la lúgubre noche solar los esquimales se notifican unos a otros que los malos espíritus campean libremente y que los diablos han cubierto el rostro del sol con los vapores infernales. Y en medio de tan tenebrosos auspicios se desenvuelve la lucha por el predominio del más apto. Los mil millones de estrellas, y la luna y la burlona aurora, contemplan con cruel indiferencia la lucha de la vida contra la muerte, la terrible lucha que hombres y bestias sostienen sin tregua ni descanso bajo los cielos irisados con multitud de magníficos colores. La gloria de los cielos no tiene límite, ni lo tiene tampoco la lucha incesante de los seres terrenales. No hay límite para el mar helado, no lo hay tampoco para las torturas de los estómagos hambrientos. No hay límite ni tregua para la tragedia representada, a la luz de las estrellas y de la nueva aurora, en el enorme coliseo de la helada extremidad de la Tierra. No hay límite, tregua, moderación ni atenuante de ningún género para el dolor y el sufrimiento mientras la noche dura y la extremidad norte de la Tierra permanece inclinada en dirección contraria al Sol. Así es de bien venida la primavera, cuando llega, lo propio que el verano, tan deseado por todos los que luchan con ardor.

La monotonía de la interminable noche polar rómpese a intervalos con los ruidos del deshielo. Parece entonces como si los poderes de lo alto quisieran divertirse introduciendo algún cambio en el curso invariable de la noche polar. La temperatura asciende rápidamente. Comparada con los fríos anteriores casi podría calificarse de templada, y este fenómeno es causa de grandes acontecimientos.

Setenta y dos horas después del fin de los renos de Olee John entre los colmillos de *Centella* y demás lobos de la manada, ocurrió en el golfo de la Coronación esta súbita elevación de la temperatura. El ambiente vibraba con eléctricos estremecimientos; las hechicerías parecían flotar en el aire; el misterio y la grandiosidad de la noche eran más imponentes que nunca. Las estrellas pululaban en el cielo luciendo orgullosas sus más brillantes vestiduras. La luna resplandecía como

un ser viviente. La aurora desplegaba su maravillosa luminosidad como un hada de majestuosa belleza. Con su cabeza a cien kilómetros por encima de la superficie de la Tierra, lanzaba por los espacios rayos policromos que adoptaban la forma de una umbela. Bajo tan mirífico dosel retumbaban los bramidos de un viento desencadenado. Este viento llegó a soplar con la fuerza de un verdadero ciclón. No obstante, tan alto soplaba el viento que ni siquiera la más leve ráfaga llegaba a rozar la superficie de la Tierra. Los que escuchaban y contemplaban la tempestad desde abajo creían que eran los malos espíritus quienes producían aquella agitación, y tenían sus almas sobrecogidas de espanto.

Este espanto había penetrado también en el alma de *Centella*. Setenta y dos horas hacía que había guiado a su manada de hambrientos lobos al lugar de la matanza de los remos de Olee John. Desde entonces los esquimales no habían vuelto a pensar en perseguir a los lobos por creer que dentro del cuerpo de cada una de estas bestias había un espíritu maligno. Y los lobos se habían dado el gran banquete. Todavía llenaban sus estómagos con la carne de aquella hecatombe. Durante un par de semanas más se alimentarían con los restos de los renos sacrificados, hasta que, no quedando ya más carne, triturarían los esqueletos para libar el tuétano de los huesos. Entre todos los lobos únicamente *Centella*, a causa de sus gotas de sangre de perro, se había alejado de los cadáveres de los cincuenta renos muertos, que yacían medio destrozados sobre la nieve. Porque *Centella* sentía en aquel momento más que nunca el deseo de estar solo. Los gemidos de la tempestad que se desarrollaba en las alturas, la viveza del brillo nocturno, el temblor eléctrico de los cielos, todo el misterio de la gran noche le acuciaba como un vino embriagador que corriera por sus venas. Durante un rato, influido por todas estas emociones, dejó de ser lobo. Su alma dio un salto atrás y el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, se infiltró dentro del cuerpo de *Centella* para convertir al lobo en un perro. *Centella* sintió en sus venas un estremecimiento extraño, un cambio inexplicable, un anhelo de recuperar algo que comprendía que había perdido y que no sabía a ciencia cierta en qué consistía. Era el espíritu del perro, que resurgía misteriosamente en él a través de los años.

Este espíritu se había posesionado de él inopinadamente y *Centella* habíase alejado del lugar en donde había degollado a tanto reno en compañía de los demás lobos, y se había ido a parar en medio de la soledad del frío y desnudo desierto de hielo. Cualquiera que lo hubiese visto habría dicho que era un perro y no un lobo. Un perro imponente por su fuerza y su tamaño; pero un perro y no un lobo. *Centella* no tenía pelaje blanco como todos los demás lobos de las regiones árticas, antes bien había heredado la tonalidad ceniza de su antecesor, el gran *Scaguen*. Y su actitud era absolutamente la de un perro mientras escuchaba, parado en mitad del desierto de hielo, la furia de la tempestad que se cernía sobre su cabeza. Era el viento, más bien que el brillo de las estrellas, o la Luna, o la luminosidad de la aurora, lo que llenaba

su pecho de un desasosiego y un anhelo extraños. Necesitaba correr, bajo el viento, como corren los perros, únicamente por el gusto de correr. Y necesitaba correr... ¡solo! El instinto que le impulsara antes a guiar la manada ya no estaba dentro de él. Había dejado de ser un lobo. Y, sin embargo, tampoco se podía decir que fuera exclusivamente un perro. Porque por sus venas corría la sangre ardiente y tremebunda de los lobos. Desde épocas remotas los espíritus que habían vivido alrededor de los hombres blancos, los espíritus que habían conocido el calorcito protector de las perreras, los espíritus que sabían ladrar, le llamaban, y *Centella* respondió, pero sin saber por qué ni a quién respondía; en realidad, no se daba cuenta de que en aquellos momentos era él un ente extraño en el mundo que le rodeaba.

Corrió parejas con el viento. Corrió sin tomar las precauciones que suelen tomar los lobos, porque aquella noche *Centella* sentíase confiado. No iba en persecución de ninguna presa ni temía peligro alguno. El lobo no juega nunca, una vez ha alcanzado su máximo desarrollo. Su vida es triste y sombría. Pero en aquellos instantes, con las gotas de sangre perruna circulando por sus venas y arterias, *Centella* sintió el deseo de jugar. Este deseo era para él un misterio. Porque lo mismo que un adulto que no hubiera vivido nunca una verdadera infancia, *Centella* no sabía jugar. El alma del perro le hablaba en un lenguaje desconocido para él. Necesitaba *Centella* entender, necesitaba contestar. Y la única manera que tuvo de contestar a esta invitación al juego fue poniéndose a correr. Y no teniendo a nadie con quien hacer carreras púsose a correr con el viento. Y estuvo corriendo un gran rato bajo el viento que bramaba furioso entre él y las estrellas, sin tocar la tierra. Así respondió *Centella* a las voces que le impulsaban a jugar. El viento era una cosa con la que podía él correr parejas, aun cuando no pudiera en realidad vencerle. El viento le animaba, le entrenaba, le arrastraba; *Centella* se burlaba de él y se reía con él. En aquellos momentos el viento, para *Centella*, era casi un ser viviente. Tan alto soplaba, que a veces *Centella* se creía que iba a quedarse sin él; más de repente alguna ráfaga le rozaba el lomo obligándole a realizar mayores prodigios de velocidad. Y cada vez que esto sucedía, en el gáznate de *Centella* se producía un sonido que no se asemejaba en nada a la voz de los lobos. Era un aullido entrecortado y alegre, casi un ladrido, una respuesta dada en medio del mayor regocijo a las voces del viento.

Kilómetro tras kilómetro corrió a la velocidad del viento. La lengua le colgaba y la respiración comenzaba a realizarse con dificultad. Al fin. *Centella* se detuvo. Se sentó sobre sus cuartos traseros, con su larga lengua colgando por su boca entreabierta. Más que nunca, un hombre se hubiera creído que era un perro. Mientras descansaba en aquella posición se reía como una persona. Y mientras se reía como una persona y jadeaba como un perro, colocaba las orejas de un modo impropio de los lobos. El viento había acabado por vencerle, como siempre. De tal modo se le había adelantado que ya no se oían sus bramidos, y *Centella* miró inquisitivamente a

las estrellas y a la aurora. Durante algunos minutos hubo una calma que *Centella* aprovechó para escuchar y avizorar. Y después de esta calma, *Centella* percibió cómo por detrás de él iba acercándosele otra vez el viento con sus gemidos, y dejó caer sus orejas más bajas que nunca. Cerró la boca, apretando bien sus mandíbulas, como un luchador que reconoce su derrota. El viento no solamente le había vencido, sino que, dando un gran rodeo en torno de él, volvía a provocarle a nueva carrera.

El largo cuerpo gris de *Centella* dio un salto y se lanzó nuevamente a la carrera como una exhalación. Una o dos veces únicamente en su vida había corrido *Centella* como corría en aquellos instantes. Sin embargo, las terroríficas voces del viento que corría por encima de él iban ganándole otra vez gran ventaja. Cuando *Centella* se detuvo por segunda vez había recorrido quince kilómetros más. Esta nueva carrera, sin embargo, no le había acabado las fuerzas, antes bien, la tremenda velocidad desarrollada le había dejado más ganas de correr. Su cuerpo estaba cargado con las eléctricas vibraciones de la noche. Pero no se decidió a volver a aceptar el desafío del viento. Conteniendo un poco los impulsos de su exuberante energía vital, púsose a correr, bajo el maravilloso dosel de la noche estrellada, a un trote moderado, aguzando los sentidos en expectativa de otras emociones. En qué pudieran consistir esas otras emociones era cosa que no acertaba él a presagiar. No serían emociones de caza, porque ni estaba entregado en aquel momento a ella, ni tenía deseo alguno de cazar. Vagaba por aquellas inmensidades del mismo modo que un perro hubiera vagado por lugares abundantes en perreras y dominados por el hombre blanco. Así habían vagado, años atrás, los ascendientes de *Centella*, trotando a la luz de la luna por las carreteras y los senderos y los campos, sin más fin ni propósito que disfrutar del misterioso goce de vivir. Y *Centella* continuó corriendo, sin prisa, igual que sus antiguos ascendientes, atraído por el misterio de las cosas que le rodeaban, por el encanto de las voces que le llamaban a través de la noche.

Dos horas llevaba trotando cuando el capricho de los genios de la noche lanzó algo inesperado delante de *Centella*. *Mistapoos* era una fornida liebre ártica, un animal grande y barbudo, lleno de experiencia y de recursos estratégicos. En el declive de una llanura bajo cuya superficie helada los helechos crecían abundantes y apetitosos. *Mistapoos* y una veintena de liebres más, jóvenes unas y viejas otras, se habían reunido para dar cara al viento. En las horas de tormenta las grandes liebres árticas siempre hacen lo mismo: pónense cara al viento, cierran los ojos, husmean y escuchan. Es esto en ellas un instinto invencible, un instinto que les permite rendir los peligros del modo que las palabras «atención», «curva rápida», «cruce» evitan un gran número de accidentes a los automovilistas. Porque en el tumulto y confusión de la tempestad, los lobos, las zorras y los armiños suelen surgir inopinadamente por todas partes. Y en aquella ocasión *Mistapoos* y sus compañeras, astutas y precavidas, obraron lo mismo que si hubiese habido tempestad. No la veían; pero oían los

gemidos del viento y debieron de pensar que la tempestad no tardaría en llegar. Porque los bramidos del viento sonaban en sus oídos como una gran baraúnda. Durante algún tiempo habían oído el viento quejándose y gimiendo y bramando sobre sus cabezas, sin comprender por qué no comenzaba la verdadera tempestad. Y habían permanecido un buen rato estoicamente sentadas, de cara al viento, con los ojos cerrados, las orejas tiesas, el hocico olfateando el aire y todos los sentidos aguzados. Parecían blancos almohadones diseminados por una superficie de unos diez o veinte metros cuadrados. *Mistapoos* pesaba siete u ocho kilos y era tan exquisita y sabrosa como todas las demás liebres de las regiones árticas.

Centella cruzó aquella reducida extensión de llanura en otro loco impulso de velocidad. No trataba de correr más que el viento que soplaba furioso en las alturas; pero quería vencer, sí, al viento que barría la superficie helada de la Tierra. Tan de prisa corría que no tenía tiempo de olfatear ni de vislumbrar la caza, y *Mistapoos* y las liebres que estaban con *Mistapoos* oyeron los pasos de *Centella* antes de que éste hubiera podido percatarse de la proximidad de ellas. Abrieron las liebres los ojos y, apenas los hubieron abierto, vieron a *Centella* casi encima, y *Centella* en aquel mismo momento vio la primera liebre de la partida de *Mistapoos*. No había tiempo que perder, ni podían titubear las liebres a propósito de la dirección que les convenía seguir, y así, tan pronto como divisaron a *Centella*, partieron todas sin rumbo, como disparadas por invisibles resortes. Únicamente *Mistapoos*, liebre que un naturalista hubiera incluido en el grupo de las *Lepus arcticus*, pegó una poderosa embestida. Intentó, probablemente, caer por sorpresa sobre *Centella*, pero era pesada, demasiado gorda, y algo vieja, y no pudiendo dar tan gran salto fue a chocar como un blando proyectil contra el pecho de la corpulenta bestia. El empuje de los siete u ocho kilos fue tal que a *Centella* le faltó poco para caerse al suelo. *Mistapoos*, al dar contra el pecho de *Centella*, produjo un sonido sordo, y en seguida con ayuda de sus potentes patas traseras dio otro salto, sin perder tiempo tampoco esta vez en considerar las posibles consecuencias de lo que hacía. Esta vez fue a chocar contra un costado de *Centella*, y el lobo más temible de toda la región ártica se tambaleó como un edificio que se derrumba. Dando un gruñido, *Centella* recobró su espíritu e hizo cara al enemigo, pero la liebre ya había desaparecido en la noche, recorriendo a saltos de seis u ocho metros varias millas de tierra llana, en unión de sus compañeras.

Vencido por el viento, y casi derrotado por una liebre, *Centella* perdió por breves instantes toda su iniciativa. Sentado en el centro del espacio, todavía saturado del olor de carne sabrosa, ocupado pocos segundos antes por *Mistapoos* y sus compañeras, *Centella* sentíase despegado del mundo entero. Cuando se puso a andar lo hizo con la cabeza baja y el lomo arqueado, como si temiese que algún enemigo suyo hubiera podido ver su ignominiosa derrota, y existiese el peligro de que la noticia se difundiera por todas las regiones árticas. Y en su cabeza zumbaba el sonsonete de una

nueva impresión: la de que no siempre las cosas que le rodeaban eran lo que aparentaban ser. Probablemente aquellos animales que él había encontrado y que al principio se había imaginado ser liebres no eran liebres, sino enormes osos polares. Porque era imposible que *Mistapoos*, la liebre, hubiese podido más que el viento y hasta hubiese llegado casi a vencerle a él, a *Centella*.

Fue recuperando el buen humor a medida que marchaba. Durante la hora siguiente, la noche ofreció un nuevo cambio. El viento desapareció del cielo. La aurora lanzó sus destellos de luz amarilla por los espacios infinitos. En donde poco antes todo era tumulto y furia se hizo el silencio más profundo. El aire superficial, apenas perceptible en su movimiento, cambió de dirección hasta llegar a soplar en dirección Nordeste. Las carreras que *Centella* había hecho le habían apartado unos treinta kilómetros de la manada, internándose más y más en el inmenso desierto de hielo. Para aspirar la brisa sutil que rozaba la superficie de la Tierra, *Centella* cambió de dirección, encaminando sus pasos a la costa. Habíase extinguido en él la llama de su anterior alegría, y los instintos de la fiera habían vuelto a surgir. Su afinado olfato volvía a husmear la noche. En sus movimientos había anticipación, expectación; no obstante, pasó algún tiempo sin que descubriera signo de aventura alguna.

Llegó a la áspera y helada costa y la recorrió junto al mar durante unos dos o tres kilómetros. Estaba en una nueva comarca y cada tres o cuatrocientos metros se detenía a observar, a escuchar, a husmear el aire en todas direcciones. Llegó a un punto en donde el terreno hacía desnivel facilitando la llegada hasta el mismo océano glacial.

Apenas llevaba un minuto parado en la parte alta de aquella pendiente cuando llegó hasta su cerebro un mensaje que no podía haberle sido enviado desde muy lejos. Por aquellas cercanías había, sin duda, algo que él no podía ver. Un estremecimiento de alerta e interés recorrió todo su cuerpo. Aguardó, rígido como un peñasco, esforzándose en traducir el presentimiento de lo que podría ocurrir en alguna imagen mental de las cosas que él presumía habían de ocurrirle. No acertó a imaginarse nada verosímil y comenzó a descender lentamente la pendiente. Con tanta cautela andaba que tardó un cuarto de hora en recorrer la distancia que le separaba de la estrecha banda de terreno que bordeaba el mar. Allí vio lo que no había podido divisar hasta entonces.

Tratábase de la vivienda de un esquimal. No era la primera vez que *Centella* había visto aquel tipo de habitación; pero siempre había procurado no acercarse, porque la vivienda de un esquimal se le había presentado siempre en la imaginación rodeada de perros adiestrados para el arrastre y de hombres dispuestos al ataque. La vivienda de un esquimal no ejercía en él el atractivo que había ejercido la cabaña del hombre blanco levantada junto al borde de la lejana quebrada. Pero en aquella ocasión había algo que le retenía junto a la vivienda del esquimal. Era algo que

flotaba en el aire. Algo absorbido por el silencio. Algo identificado con la fría desolación de la estrecha banda de terreno en donde estaba socavada la solitaria vivienda. Y *Centella*, atraído por ese algo extraño y misterioso, fue acercándose paulatina pero progresivamente a la vivienda del esquimal.

Era la vivienda una mera concavidad construida con témpanos de hielo y pedazos de nieve helada, sostenido todo por medio de maderos hallados en el mar y en la playa como restos de algún naufragio. Parecía simplemente un mero montículo de nieve, o alguna gran colmena pintada de blanco. La entrada de la vivienda tenía unos cuatro o cinco metros de largo, entrada que, en realidad, era un túnel de hielo y nieve, de un metro aproximadamente de diámetro. Los esquimales que habitaban aquella vivienda tenían que penetrar en ella gateando a lo largo del túnel. Con el orificio de entrada, a unos cuatro o cinco metros de la única habitación de la vivienda, se conseguía evitar que el frío exterior penetrase en ella, conservándose el calor interior gracias al calor natural de los propios cuerpos humanos y al que despedía la llama de una torcida impregnada en aceite de foca. Era una especie de marmita noruega en la que la temperatura interior quedaba perfectamente abstraída a los efectos del frío exterior. Una vez la temperatura interior había llegado a los cincuenta grados Fahrenheit, los cincuenta grados manteníanse uniformes durante muchas horas con sólo tomar la precaución de cerrar el orificio de entrada herméticamente. Con esta precaución manteníanse invariable la temperatura, sobre todo cuando dentro de la vivienda había mucha gente, pues el calor natural de los cuerpos contribuía a impedir el rápido enfriamiento del aire.

La cortina de piel de foca sin curtir con que se cerraba el orificio de entrada y salida de la vivienda de los esquimales estaba, en aquel momento, tapando herméticamente el paso del aire. No obstante, las voces misteriosas que guiaban todos los pasos de *Centella* desde hacía algunas horas le susurraron que a la sazón no había perros ni personas en el interior de la vivienda. Faltaba en el aire el tufillo de los unos y de las otras. La nieve estaba llena de huellas; pero estas huellas no indicaban forzosamente la proximidad de seres vivos y *Centella* se acercó todavía más a la vivienda de los esquimales. A despecho, y a pesar de todas las voces de precaución y cuidado que oía dentro de él, fue aproximándose siempre más y más a la vivienda. Describió círculos alrededor de ella tres, cuatro, cinco, diez, doce veces, y, por fin, se detuvo con su hocico casi pegado a la misma entrada de la vivienda. Allí estiró el cuello y husmeó la piel de foca que obstruía el orificio. Husmeando, husmeando, percibió perfectamente el inequívoco olor de los hombres y de las bestias. Y además del olor hubo de percibir también un sonido. Este sonido le hizo retroceder dando sofocados y sordos aullidos, con la cabeza alta, y con los ojos brillando de una manera extraña. Trotó unos cien metros siguiendo la dirección trazada por las últimas huellas y después volvió a la vivienda de los esquimales. Y una vez allí, volvió a

husmear el orificio de entrada, y volvió a oír también el mismo sonido. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Aulló. Sus grandes molares castañetearon. A través de todas las generaciones de lobos que le separaban de *Scaguen*, una voz le llamaba. Era la voz de una criatura que había puesto en él su confianza y que había jugado con él, y que le había amado durante muchos años en época anterior a la era cristiana. Era la voz de un ser viviente a cuyos pies los perros se habían prosternado con mística adoración, y en cuya defensa los perros de todas las razas habían luchado siempre con gran ardor. En la obscura habitación, practicada en el extremo del estrecho túnel, lloraba un niño.

La vocecita del niño provocó una emoción nueva en el alma de *Centella*. Él había oído los vagidos de los lobeznos. Pero aquel vagido era distinto. Todos los nervios de su cuerpo respondieron al estímulo de aquel sonido del mismo modo que las cuerdas de un piano responden y vibran al martilleo de las teclas. La vocecita del querubín que lloraba conmovió a *Centella*, sacudió sus nervios, le llenó de emoción y desasosiego. Así alterado corrió *Centella* un centenar de metros como huyendo de la criatura que lloraba. Mientras corría, olfateaba el aire sin cesar, procurando penetrar el misterio que le rodeaba. Suspendió, sin embargo, la huida, y por tercera vez volvió a la morada de la criatura que lloraba. Y de nuevo volvió a oliscar el aire describiendo círculos hasta que, al fin, fue a detenerse, por tercera vez también, a la entrada de la vivienda. La criatura ya no lloraba; todo estaba, por el contrario, en silencio. Durante un minuto *Centella* escuchó. Pasaron unos minutos más y el lloriqueo volvió a oírse. Era un lloro inconfundible, un lloro que todas las madres, lo mismo las de la raza blanca que las de las razas negra, cobriza o amarilla, hubieran reconocido; era, en fin, el lloro rabioso de una criatura que tenía hambre. En aquella rústica vivienda, socavada en el extremo más inclemente del mundo, un crío pedía la teta con los mismos lloros con que la piden los recién nacidos en los palacios y lujosas casas de las grandes capitales. Era un lloro viejo como el mundo, un lloro invariable a través de los millares de pueblos y generaciones, un lloro idéntico en todas las gargantas de la misma edad. A todos los corazones del mundo ha permitido Dios que entendieran el significado de tal lloro. En aquel lloro había reminiscencias de civilización, nostalgias de cordialidad, evocaciones de ternura y de cariño, y *Centella*, poseído como estaba por el alma de perro que había ido a infiltrarse en él desde los años en que animaba el cuerpo de *Scaguen*, el gran danés, *Centella*, decimos, respondió a aquel lloro con un aullido de simpatía. Si en vez de *Centella* hubiera estado allí el propio *Scaguen*, el *Scaguen* que había conocido la vida del hogar, y que había jugado con los niños, el noble animal hubiera penetrado sin vacilar en la vivienda de los esquimales, y en la obscuridad se hubiera ido a postrar con su gran cuerpo a los pies de la criaturita que lloraba; pero si bien el espíritu de *Scaguen* estaba dentro de *Centella*, éste seguía siendo por su cuerpo un lobo. El espíritu

deseaba penetrar en la vivienda del esquimal; necesitaba y quería volver a sentir la caricia suave de las manos infantiles, volver a oír el dulce acento de la voz de un niño, volver a estar echado una vez más junto al ser delicado que el gran Arbitro del universo había creado para que fuera amo y dominador de los perros. Pero aquellas incitaciones no tenían fuerza para mover a un cuerpo formado por muchas generaciones de lobos. El cuerpo se negaba a poner en práctica las incitaciones del espíritu. *Centella*, por un misterioso atavismo de su espíritu, experimentaba en aquel momento todas las emociones que hubiera experimentado un perro; no obstante, sentíase incapaz de sacudir el peso de la carne. Y la carne era carne de lobo. Para él, el haberse acercado a la entrada de la vivienda, destrozando la piel de foca que obstruía el paso, a fin de penetrar en el interior, como *Scaguen* hubiera hecho, para *Centella*, decimos, el haber penetrado en aquella vivienda hubiera sido lo mismo que volver a nacer. Pero, aun cuando en su alma los sentimientos del perro se desarrollaban cada vez con mayor claridad, la sangre y los instintos del lobo eran las fuerzas que determinaban sus movimientos físicos, y mientras algo eminentemente psíquico salió de él para penetrar en la vivienda del esquimal, su sangre, sus huesos y sus músculos se negaban a secundar la acción que hubiera convertido a *Centella* en el gran danés que le había legado sus sentimientos a través de tantas generaciones. De la misma manera que el espíritu del perro incitaba a *Centella* a entrar en la vivienda, el cuerpo del lobo le mantenía a cierta distancia de ella.

Describió desasosegadamente unos cuantos círculos en la estrecha banda de terreno en donde estaba la vivienda de los esquimales, alejándose y acercándose a intervalos. Por fin no pudo resistir más tiempo el lloro de la criatura. Le faltó, no obstante, el impulso para continuar sus correrías. Rápida y misteriosamente se había desarrollado en él un instinto de posesión. Había descendido de la estrecha banda de terreno iluminada con la tenue luz de la Luna y las estrellas, y había hallado allí algo que había ejercido en él una atracción mucho mayor que la que había ejercido antes la luz de la cabaña levantada en el borde de la quebrada; algo que tuvo fuerza bastante para detenerle, que disipó la pena de su soledad, que le produjo una extraña excitación nerviosa. La causa de su extraña emoción no era la representación mental del niño que lloraba, porque él nunca había visto un niño. Era el lloro mismo lo que le había emocionado, el grito ancestral, la expresión de debilidad, la evidencia del abandono, del desamparo y del hambre. *Centella* no asoció el sonido a ninguna representación visual. No sabía si aquel sonido saldría de alguna forma determinada a base de carne y sangre. Aquel sonido era un misterio para él. Era un misterio como lo eran también todas las voces, casi humanas, que había estado oyendo aquella noche en las regiones en donde soplaba el viento. Pero el misterio de la vivienda del esquimal le había atraído con la fuerza de un poderoso imán. El misterioso llanto de un ser débil había hecho olvidar a *Centella* su propia ferocidad y permanecer largo

rato en el lugar del encanto.

Veinte veces lo menos volvió *Centella* a la estrecha banda de terreno recorriéndola sin rumbo. Aquella banda de terreno estaba llena de las huellas de los hombres y de los perros; pero las huellas ya no olían. Para ojos humanos la historia de aquellas huellas y de aquella vivienda no hubiera podido encerrar misterio alguno. Algo había ocurrido, porque en el interior de la vivienda la temperatura había descendido, a pesar del espesor de las paredes y de estar la abertura de entrada y salida herméticamente tapada. Y dentro de la vivienda una criaturita estaba poco menos que a punto de morir de inanición.

Centella comprendió que allí ocurría algo; pero no pudo comprender ni presumir la verdad. Del mismo modo que una hora antes había sabido vaticinar los acontecimientos, sus presagios en aquel momento tenían para él el valor de las cosas ciertas. Aumentó su vigilancia. No dejaba de escuchar ni un segundo con la mayor atención. Oliscó el aire desde mil diferentes puntos. Olfateó las heladas huellas. Volvió una y otra vez a la vivienda del esquimal, y aulló delante de ella, y permaneció un buen rato aguardando. La vivienda era el único objeto concreto y palmario que se presentaba de un modo claro ante su comprensión. El permanecer en las cercanías de aquella vivienda era para él una gran satisfacción. Más de seis veces se echó *Centella* cuan largo era delante de la vivienda, no para descansar, sino para esperar y vigilar. No quería apartarse de aquella vivienda, aun cuando el corazón le advertía del peligro de permanecer cercano a ella. Esperaba que la vivienda concluiría por abrirse en una explosión formidable. Esperaba, en fin, que sucedería algo malo. Y estaba dispuesto y preparado a huir... ¡o a luchar!

Al fin se dirigió, despacio, al extremo de un gran promontorio de hielo que dominaba el mar a cierta distancia de la vivienda. Una voz interior le aseguraba que sería desde el mar de donde había de surgir el peligro, y sus ojos sondearon con suspicacia el brillo de la Luna y de las estrellas. El viento le soplaba de cara, en dirección Este. Dos veces vio tenuemente el movimiento de una sombra misteriosa, cuyo olor él hubiese podido percibir distintamente si el viento hubiera soplado en dirección Oeste. Su cuerpo temblaba, mas no de pavor, sino de ira, mientras sus ojos trataban de distinguir la sombra por tercera vez. Pero la sombra no se volvió a exhibir y *Centella* trotó otra vez hacia la vivienda.

Diez minutos después la sombra subió por el montículo de hielo en donde estaba *Centella* y pasó a la banda de terreno que se extendía frente a la vivienda, dirigiéndose a ésta. *Centella* volvió a ver la misteriosa sombra cuando ésta pasó a unos cien metros de distancia, y todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión como resortes dispuestos a saltar al primer golpe. La sombra seguía marchando y, a medida que avanzaba, *Centella* iba distinguiendo mejor su color blanco, casi brillante a la pálida penumbra de la noche, hasta que concluyó por

divisar perfectamente la cabeza caída, lentamente balanceada de un lado a otro, del caballero de la blanca túnica, *Wapusk*, el oso polar. *Wapusk* se detuvo a unos cincuenta metros de distancia. Su cabeza balanceaba como un péndulo y sus ojos brillaban. Había tenido poca suerte en la caza y estaba hambriento. No era la primera vez que visitaba la vivienda de un esquimal. Dos veces, en aquel año de hambre, había probado la carne humana. De su garganta salió un sonido ronco cuando vio a *Centella* ante la vivienda que él pretendía invadir.

A cualquier lobo el sordo ronquido que salió de la garganta de *Wapusk* hubiera bastado para hacerle buscar la salvación en la huida; pero en aquella ocasión *Centella* se sentía más perro que lobo, y en todo pensó menos en huir. De sus fauces salió otro ronquido de contestación feroz. Presentía la invasión de la vivienda. Su corazón le había hecho presentir el peligro y se presentó *Wapusk*. *Wapusk* era, por lo tanto, el daño y la amenaza que el destino le deparaba. Su inteligencia no analizaba ni iba más allá. *Wapusk* estaba delante de él, con su enorme cabeza meciéndose de un lado a otro, con un gruñido de amenaza en la garganta, con sus ojos brillándole como ascuas. No alcanzaba *Centella* a comprender cuán deliberadamente el oso blanco había buscado la vivienda del esquimal, pero sabía que *Wapusk* estaba allí, que el más mortal de sus enemigos codiciaba la vivienda y lo que había dentro. Y dio un gruñido de aviso y de amenaza. Y se acercó, con los agudos colmillos al descubierto, a la entrada de la vivienda.

Wapusk se acercó también, lentamente. Sus grandes patas golpeaban el suelo como enormes mazas; sus uñas sonaban tétricamente al golpear la superficie helada; su cabeza no cesaba de balancearse como un péndulo. ¡Terrible balanceo que llenaba de terror el corazón de todo ser viviente! Pero *Centella*, al contemplarlo en aquel momento, todavía se acercó más a la piel de foca que tapaba la entrada de la vivienda. Uno de los nudos que la sujetaban se aflojó y la piel de foca destapó en parte el orificio de entrada. Fue entonces cuando *Centella* oyó con perfecta claridad el mismo sonido que había oído antes saliendo del interior de la vivienda. El niño lloraba. El sonido llegó también hasta los oídos de *Wapusk*, quien veinte pasos más allá estaba al acecho. Durante unos segundos la cabeza de *Wapusk* suspendió el movimiento. El ronquido que salía de su garganta adquirió una intensidad tenebrosa. Y en seguida el oso blanco avanzó lentamente, como un alud, hacia donde estaba *Centella*.

Centella se había dado cuenta de que la entrada de la vivienda ya no estaba interceptada, y cuando *Wapusk* dio el primer paso hacia él, retrocedió metiéndose completamente dentro del túnel. *Wapusk*, con su gran cabeza y su enorme cuerpo, apenas podía moverse dentro del estrecho pasaje, y *Centella* aprovechó rápidamente la oportunidad saltando ferozmente sobre su enemigo. Sus colmillos herían y desgarraban como cuchillos. Produjo una herida atroz en el hocico del oso, y al

gruñido de ira y dolor que lanzó *Wapusk*, las gruesas paredes de nieve y hielo retemblaron. No pudo hacer, sin embargo, otra cosa más que avanzar desafiando al terrible animal de los colmillos como cuchillos. *Wapusk* no sabía luchar solamente con los colmillos, como *Centella*, antes bien necesitaba emplear en la lucha sus patas delanteras y su cuerpo. En la estrechez del túnel no había modo de utilizar tan terribles armas, y durante un minuto, quizá, hubo de soportar el terrible dentelleo de *Centella*. Reuniendo todas sus fuerzas trató de incorporarse y el techo y las paredes del túnel medio se desmoronaron. La entrada al interior de la vivienda quedó así cortada como cosa de un tercio de su longitud.

Centella estuvo a punto de quedar semienterrado entre los trozos de nieve y hielo desprendidos. Retrocedió todavía más hacia el interior de la vivienda y *Wapusk* avanzó de nuevo hacia él. Con el mismo denuedo con que *Centella* luchó con *Baloo* disputándole la jefatura de la manada, luchó en aquel momento con *Wapusk* defendiendo la entrada al interior de la vivienda. Destrozó a mordiscos la cara y el hocico del oso blanco. Y destrozó también la mitad de una de las orejas del invasor. *Wapusk* adelantó una de sus manazas para dar un tremendo zarpazo, y *Centella* mordió la garra desarticulándole uno de sus artejos. El grito de dolor del oso pudo haberse oído a un kilómetro de distancia. Volvió a tratar de incorporarse y las paredes del túnel volvieron a desmoronarse a lo largo de un par de metros más. La victoria final había de ser de él, por más que el suelo del túnel estuviese encharcado con su sangre. Con otro empujón que diera al techo y a las paredes del túnel podría llegar, indudablemente, al interior de la vivienda, y una vez allí, con los movimientos libres, el triunfo sería suyo.

Con sus patas delanteras todavía en el túnel, pero con el resto del cuerpo ya en el interior de la vivienda. *Centella* aguardó el último ataque de *Wapusk*. Se daba perfecta cuenta de que aquel ataque había de ser el definitivo. Sabía perfectamente que en el amplio espacio que se abría detrás de él la superioridad correspondería a su enemigo. No pensó, sin embargo, en escapar. Con su cabeza todavía en el túnel, no solamente aguardó al oso blanco, sino que le desafió con sus aullidos. Durante unos segundos, *Wapusk*, ante la amenaza de aquellos colmillos, vaciló. Pero sus ojillos, acostumbrados a la obscuridad, le dijeron que ya estaba casi en el espacio ancho de la vivienda. Un esfuerzo más y la lucha se verificaría con todas las ventajas de la corpulencia y de la fuerza en su favor. Y por consiguiente, no podía tardar en comer carne. No obstante, la amenaza de los colmillos que tenía delante le habían paralizado todo movimiento.

Y en aquellos mismos instantes ocurrió otra cosa.

Tres figuras envueltas y bien cubiertas de pieles atravesaron apresuradamente la desolada llanura. Eran Nape el esquimal, su mujer y su hijo. Habían salido a cazar focas; mas la suerte no les había favorecido y estaban ya, de regreso, casi en su hogar,

cuando oyeron con pavor los gruñidos del oso blanco.

El oso, en cambio, ni oyó, ni husmeó a los esquimales. Su atención estaba fija en un solo objetivo y por tercera vez forzó el pasaje que había de darle acceso al amplio interior de la vivienda. La proximidad de la muerte causa siempre una gran impresión en las bestias, y *Centella* comprendió que había llegado para ellos el momento decisivo. Concentró su energía en todos los nervios y músculos de su cuerpo, preparándose para el último gran esfuerzo. Durante unos segundos atacó con tal furia que *Wapusk*, con la cabeza baja, no pudo incorporarse para ensanchar a empujones el estrecho paso del túnel. Quizá transcurrió medio minuto antes de que *Wapusk* consiguiera aporrear las paredes con todo el peso de su cuerpo. De la misma manera que se habían desmoronado antes, se desmoronaron techo y paredes al empuje de los nuevos golpes, y el paso al interior de la vivienda quedó expedito. Pero, apenas habían acabado de caer los últimos trozos de hielo y nieve, un grito humano retumbó en el silencio de la noche y a la escasa luz de los astros brilló un arpón. Este arpón fue a clavarse en la espaldilla de *Wapusk*. Las arrebuajadas criaturas gritaban como demonios y *Centella* dio un salto de retroceso para apartarse de ellas y de la masa de hielo y nieve que amenazaba con sepultarle si caía encima de él. Pero el salto que dio le colocó frente por frente de la mujer; la mujer madre de la criatura en cuya defensa él había aceptado el gran combate con el enorme oso blanco. La mujer tenía en su diestra un gran venablo y, dando un grito salvaje, hundió el arma en el flanco de *Centella*. *Centella* sintió la acerada punta en sus carnes y huyó arrastrando el arma hasta que el venablo se desprendió, desgarrándole el costado. También *Wapusk* huía apresuradamente en busca del refugio salvador de sus grandes témpanos de hielo.

En la cresta del montículo desde donde había mirado por primera vez la estrecha banda de terreno que se extendía a sus pies, *Centella* se detuvo unos instantes ensangrentado y exhausto. Y un extraño lamento salió de su pecho, mientras respiraba con dificultad. Al fin el misterio de la noche le había dado a entender algo. Y con la nueva experiencia adquirida volvió otra vez a los desiertos helados sin que el espíritu de *Scaguen* y la alegría de la noche volvieran a circular por sus venas, disueltos en su sangre, mientras corría en dirección de su gran manada de lobos blancos y de los restos de los renos de Olee John.

Y al marchar, la herida que le dolía más era la causada por una mano humana.

Capítulo 4

La batalla de las manadas

Una vez cada siete o cada nueve años hace su aparición en las regiones heladas del extremo norte de la Tierra el hambre. Una vez cada siete años, los conejos, alimento de bestias y de personas en las regiones árticas, sufren una epidemia que los mata a millones, y con la desaparición de los conejos, los linceos conocen el hambre y se devoran unos a otros. Las garduñas, las martas y los visones de aquellas latitudes se depauperan, y el hambre invade las habitaciones de los tramperos y cazadores. Los rebaños de renos desaparecen de los lugares a donde el esquimal solía ir a buscar la carne necesaria a su sustento. Los toros lanudos del Norte se desvanecen en el misterio de la noche polar. Los grandes osos disminuyen, e incluso las pequeñas zorras blancas, numerosas como los gorriones, cuando abundan las liebres, parecen haber sido barridas por alguna inmensa red que hubiera pasado por la helada superficie de la Tierra arrastrándolas a todas. Esta horrible plaga del hambre descargaba siempre su furia implacable durante las largas noches. La inanición es la muerte reservada, en épocas de tal azote, a todos los seres vivientes de las regiones heladas.

Y aquél era el séptimo año. Y había transcurrido aproximadamente la mitad de la larga noche. Un mes hacía que los rebaños de renos habían emigrado hacia el Sur o el Sudoeste. Grandes tempestades habían borrado las huellas de su retirada, y los lobos, cuyo instinto no los empujaba a la emigración, habían dejado partir a los renos, sin pensar en seguirlos a las regiones más pobladas del Sur y del Sudoeste. Y en el desierto helado continuaron luchando, y debilitándose, y muriendo, porque en toda la extensión comprendida entre Keewatin y Franklin Bay no había más ley que la ley del triunfo del más apto. Porque, con el hambre, el canibalismo se había introducido en las costumbres de todos los animales carnívoros. El mismo *Centella*, hasta poco antes jefe de una gran manada de lobos blancos, era víctima del hambre. Seco y depauperado, no era más que un tétrico espectro que se movía en busca del alimento inasequible. Desde que, tres semanas antes, dirigió la gran matanza de los renos de Olee John, el hambre había vuelto a torturarlo, y tanto él como *Mistic*, los dos sostenían la vida en sus cuerpos desenterrando con las patas y comiendo los verdes helechos cubiertos por la nieve. *Mistic*, el gran lobo gris que se había agregado a la manada de lobos blancos cuando éstos pasaron bastante al Sur, bordeando la línea que separa el límite de las nieves árticas y el comienzo de los primeros arbolillos, se había unido con lazos de franca camaradería con *Centella*, el lobo que tenía unas gotas de sangre de perro en sus venas.

Estas gotas de sangre de perro habían llevado y retenido a *Centella* junto a la vivienda del esquimal, en la costa del golfo de la Coronación, en aquellos días de

extenuación y hambre. La manada, compuesta de ciento cincuenta lobos en la época de la abundancia, se había desvanecido y disgregado. Individualmente y por parejas, los supervivientes se diseminaron por todas partes. Acuciados por el hambre, afligidos por la debilidad, la blanca horda ya no corría como una legión de demonios bajo el fulgor de las estrellas, con *Centella*, el mayor de todos los lobos, a la cabeza. En los desiertos helados no se oía ya el grito de caza, porque si por acaso un lobo era bastante afortunado para poder matar algún animal, prefería realizar solo todo el esfuerzo con tal de poder guardar también toda la carne para él.

Una semana hacía que *Centella* y el gran lobo de los bosques no habían podido comer carne. Durante los tres últimos días se habían alimentado únicamente de los helechos que, igual que los renos, desenterraban escarbando la nieve. Y nunca habían buscado la caza tanto como en aquella semana. Recorrieron grandes extensiones de terreno en el interior del desierto y a lo largo de la costa. Unas seis veces intentaron capturar a las zorras plateadas que habían logrado columbrar; pero los ágiles y astutos animalillos se les escapaban siempre, irremisiblemente, como escamoteados por el caos de la noche. Una vez *Centella* pudo saltar sobre una foca; pero la lucha era muy nueva para él y la foca se le escapó de entre los dientes antes de que pudiera asestarle una dentellada mortal. Dos veces vieron, él y su compañero, unos osos blancos demasiado grandes, demasiado fornidos para que pudieran pensar en sostener una batalla con ellos. Y ni una sola vez, durante todo aquel tiempo, vieron una liebre, en los mismos lugares en donde antes habían visto millares. Por fin llegó el último y mayor de todos sus desengaños. En medio de una tempestad descubrieron el rastro de un toro lanudo y se pusieron a seguirlo hasta que, después de varios kilómetros de ansiosa persecución, el rastro desapareció debajo de las enormes cantidades de nieve amontonadas por el viento.

En la cresta de un montículo cubierto de hielo y nieve, tendieron *Centella* y *Mistic* cuan largos eran, espionando una sombra que dos veces vieron moverse en la pálida penumbra de la noche. Así permanecieron durante un cuarto de hora, quietos como criaturas repentinamente heladas. No movieron ni un músculo. No menearon ni siquiera una oreja. Dos veces la sombra se adelantó para retroceder de nuevo, hasta que después de haberse exhibido por tercera vez, desapareció definitivamente de la vista de los lobos.

Wapino, el búho, no había reparado en ellos. También él se moría de hambre. Al desaparecer las gigantescas liebres blancas, *Wapino* se había quedado también sin comida. E igual que los demás animales carnívoros, *Wapino* estaba decidido a aceptar el canibalismo como único sistema de alimentación posible. *Wapino* era un búho monstruoso. Tenía casi dos metros de envergadura. Sus uñas cortaban como cuchillos y eran lo suficientemente largas para llegar hasta las tripas de un lobo, con tal de poder dar un buen zarpazo en el vientre. Y con el pico, *Wapino* hubiera podido

romper fácilmente el cráneo de una zorra.

También él, *Wapino*, vigilaba. Pero sus ojos, ofuscados con la locura del hambre, no dirigían la mirada hacia el lugar en donde *Centella* y *Mistic* se hallaban. Parecían, más bien, estar ocupados en contar idiotamente las estrellas. También *Wapino* había visto la sombra que había llamado la atención de *Centella* y *Mistic*, y tenía la seguridad de volverla a ver. Tres veces se le había aparecido aquella sombra, cerniéndose en el aire, como un espíritu; pero ninguna de las tres *Wapino* había creído prudente lanzarse al ataque. Con la precaución de quien vive en perpetua lucha con la muerte, *Wapino* aguardó. Mas se preparó para atacar a fondo a la cuarta aparición de la sombra.

Por encima de la roca a donde había ido a posarse *Wapino*, describiendo círculos cada vez más estrechos y más bajos, en su ansiosa busca de alimento, se cernía otro búho. En la cabeza de *Wapino* no por eso penetró el miedo. Durante toda su vida había sido fuerte. Tan fuerte que no había encontrado nunca a otro búho capaz de vencerle. Había hecho retroceder siempre, o había matado, a todos los búhos que habían ido a cazar en sus cotos, y por su acometividad y fiereza era el terror de la comarca. Durante la última época de celo, en un raptó de cólera había dado muerte a toda su familia, y el hambre aumentaba en aquellos momentos su ferocidad. Al ver al intruso retrocedió, no para examinar el tamaño y movimientos del contrincante, sino para aguardar el mejor momento de ataque. No se fijó en que *Nispa*, el intruso, era tan enorme como él mismo, e ignoraba que, unas cuantas horas antes, *Nispa* había devorado una zorra jovencita, y que, por tal motivo, había de tener más fuerzas, por estar mejor alimentado. Tampoco sabía, ni quería saber, que *Nispa*, durante toda su vida de rapiña y lucha, había sido un cazador y un pirata todavía más sanguinario y más terrible que él.

La cuarta vez que *Nispa* apareció con sus ojos avizorando la caza, *Wapino* salió de su escondite con la violencia y la fuerza de un proyectil. No hirió con sus garras ni con su pico, sino que, atacando oblicuamente de arriba abajo, golpeó con furia loca con su ala. Fueron unos golpes tan formidables y bien dirigidos, que *Nispa* perdió el equilibrio y se tambaleó en el aire lo mismo que un borracho hubiera podido tambalearse en el suelo. *Wapino* atacó de nuevo y, con un ruido de alas parecido a un trueno, los dos contrincantes cayeron rodando por la nieve. La ventaja inicial correspondía a *Wapino*, de tal modo que cualquier búho de mediano tamaño y no muy exagerada fuerza hubiese hallado la muerte en el primer ataque. Su potente ala había golpeado como una maza el cuerpo de *Nispa*. Con un sordo silbido de rabia y triunfo hundió sus uñas en el pecho forradísimo de plumas de *Nispa*, y con su poderoso pico martilleó la cabeza de su contrincante con el deseo de partírsela. Pero *Nispa* era ducho y experto en el arte de batallar. Con el ala que le quedaba libre dio tales golpes a su enemigo que *Wapino* tuvo que suspender su martilleo. Pero sus uñas se

hundieron todavía más cruelmente en el pecho de *Nispa*. Se hundieron rompiendo y atravesando plumas, piel, carne y hueso, y una vez las uñas de *Wapino* penetraron en el pecho de *Nispa*, allí permanecieron aun cuando *Nispa*, en un supremo esfuerzo, logró colocarse encima. Y obtenida esta ventaja fue *Nispa* quien martilleó los sesos a *Wapino*. Su pico penetraba en la cabeza de *Wapino* como un puñal afilado. A picotazos sacó los ojos a su enemigo, barrenando la herida hasta llegar al cerebro. *Wapino* murió mucho antes de que *Nispa* cesara de herir, horadar y quebrantar. Pero la garra de *Wapino* permanecía siempre dentro del pecho de *Nispa* y a éste le costó un gran esfuerzo libertarse cuando se cansó de picotear.

Mientras los dos búhos se batían, *Centella* y *Mistic* se acercaron a ellos arrastrándose sigilosamente. Estarían a unos diez metros de los contendientes cuando *Nispa* pudo libertarse de la garra cadavérica de *Wapino*. Y en aquel momento, rápidos como exhalaciones, sus dos grandes cuerpos dieron un salto en la oscuridad. *Nispa* los vio, y batiendo las alas se elevó, como pudo, en el aire. Pero la herida mortal que llevaba en el pecho le había debilitado hasta el punto de impedirle casi totalmente el vuelo, y *Centella*, dando un gran salto, hizo presa en él cuando *Nispa* estaba ya a un par de metros de altura. *Nispa* volvió por segunda vez al suelo y *Centella* clavó sus mandíbulas en una masa informe de plumas. Unos cuantos huesos triturados, y *Nispa* dejó de existir.

Mistic desgarraba la carne dura y correosa del viejo *Wapino*, cuando *Centella* comenzó a comerse a *Nispa* sin aguardar siquiera a que el aleteo de éste cesara. Con gran voracidad pusieronse ambos lobos a tragarse huesos, carne y plumas a la vez. A *Wapino* y *Nispa*, a pesar de su fuerza y fiereza, se les iba en plumas el noventa por ciento de su peso total. Ni uno ni otro tenían, probablemente, mucho más de tres o cuatro kilos de carne y huesos. Y la carne era dura como el cartílago, y seca y estropajosa como el cuero. A *Centella* y *Mistic* les pareció, sin embargo, más sabrosa que la de reno en los buenos tiempos de abundancia y devoraron a los búhos sin dejar migaja. Aquella carne seca y dura constituyó para ambos lobos un gran festín.

Así como la bebida y el alimento devuelven la vida y la esperanza a un hombre depauperado por el hambre, así también aquel festín dio nueva fuerza y ánimo a *Centella* y *Mistic*. Su razonamiento, si tal proceso puede desarrollarse en el cerebro de un lobo, les decía pura y simplemente que el hambre había terminado para ellos. Por fin habían encontrado y habían comido carne; el mañana no les inquietaba, porque su sangre volvía a darles calor en sus venas, y al sentirse revivir, su primer instinto fue continuar la busca de la carne, pues su apetito estaba algo aplacado, pero de ningún modo saciado. Varias veces el gran lobo de los bosques había tratado de llevar a *Centella* hacia el Sur, porque *Mistic* sabía que en tal dirección estaban los bosques y las lagunas con abundante caza en sus márgenes, los bosques y las lagunas que tan idiotamente había abandonado para unirse a la manada de lobos blancos.

Fortalecidos por el alimento que habían hallado en los dos búhos que se habían engullido, ambos lobos sintieron nuevas ganas de aventura y *Centella* se dejó conducir sin protesta por *Mistic*.

Nunca habían brillado las estrellas con más claro fulgor por encima de sus cabezas. A través de una atmósfera purificada por la tempestad, las estrellas parecían haberse multiplicado considerablemente, embelleciendo el firmamento como diamantes bajo un hermoso dosel de seda azul. La aurora había cesado el juego de sus espléndidos colores, y como modestamente ruborizada de su propia belleza, se había limitado a iluminar el cielo con un resplandor de plata. En línea recta, *Centella* y *Mistic* hubieran podido ver el movimiento de cualquier objeto oscuro a un kilómetro de distancia. Pero en todo aquel mundo blanco y helado no había ser ni objeto alguno más obscuro que el color gris del pelo de *Mistic*. En aquellas regiones, todos los seres vivientes eran blancos. Los grandes osos polares eran blancos; los búhos eran blancos, y blancas eran también las liebres; los lobos eran blancos, e igualmente blancas eran las zorras. Los únicos seres algo oscuros eran los renos y los toros lanudos del Polo, porque estos seres tenían el instinto de reunirse, para mejor defenderse, en los momentos de peligro, y la Naturaleza les había dotado de un color que resaltaba del fondo blanco, a fin de que pudieran verse mejor unos a otros en la nieve. *Mistic*, acostumbrado a las selvas y a los ríos, era el que más uso hacía de la vista y del oído en la busca de la caza. Pero a *Centella* la experiencia le había enseñado que era husmeando como debía descubrir la proximidad de la carne. *Mistic* podía oír un sonido a mucha mayor distancia que *Centella* y podía divisar también un objeto más lejano que los que *Centella* alcanzaba a ver; pero *Centella* advertía con su olfato la presencia de la presa, o del enemigo, mucho antes de que *Mistic* pudiera darse cuenta de la proximidad de la una o del otro.

A medida que avanzaban, cada cual aguzaba los sentidos que más desarrollados tenía, porque de nuevo, en uno y otro, el instinto de la caza impelía al organismo entero a la busca. Cuanto más avanzaba la digestión del alimento que habían ingerido, tanto más calientemente les circulaba a ambos lobos la sangre por las venas. Marchaban en dirección al Sur, desafiando el vientecillo que les frotaba suavemente la cara. La temperatura había ascendido después de la tempestad, y el termómetro ya no marcaba sino unos treinta y tres, o treinta y cuatro grados Fahrenheit bajo cero. La noche estaba silenciosa, tan silenciosa que el aullido de *Centella* hubiera podido oírse a través de un ámbito de treinta o cuarenta kilómetros cuadrados. Era raro que no se oyera, por lo menos, el ladrido de las zorras. Toda la vida parecía haberse extinguido alrededor de los lobos.

No obstante, ninguno de ellos sentía las torturas o la amenaza del hambre. Medianamente alimentados, renació en ellos el ánimo y la esperanza. Marchaban sin apresurarse, pero constantemente alerta. Todos sus instintos de caza obraban como en

los mejores tiempos. Después de marchar así unos diez kilómetros, *Centella* se detuvo y dio un aullido, sordo y ansioso, que hizo parar también a *Mistic*.

Había sentido débilmente en el viento el olor de una zorra. Pero no pudo precisar la dirección del tufillo, y en un santiamén la zorra desapareció. Marcharon en línea recta otros diez o doce kilómetros, llegando al fin a unas laberínticas sinuosidades trazadas por las luchas sostenidas, desde épocas muy remotas, entre los hielos y la tierra. La superficie de ésta estaba llena de montículos y quebradas y barrancos. Ni las zorras ni los lobos se atrevían casi nunca a efectuar allí sus cacerías; no obstante. *Centella* y *Mistic* penetraron en aquel laberinto. Para *Mistic* aquellas desigualdades eran prometedoras de buena fortuna. La eterna monotonía de la llanura se había convertido en lugar lleno de escondrijos y refugios para seres vivos. Allí no faltaban recodos protectores, ni cavernas de hielo y nieve. Y el instinto le aseguraba, además, que marchaba en dirección de sus bosques, y así, estaba completamente decidido a seguir en aquella dirección. Ya estaba harto de sus compañeros los lobos blancos y de los desiertos sin árboles ni arbustos, y deseaba vivamente volver a sus inolvidables cotos de caza.

Llevaban recorridos cuatro o cinco kilómetros por aquellas sinuosidades cuando *Centella* dio el aullido de alerta. Detuviéronse en la cima de un cerro de tierra y rocas cubiertas por la nieve, y de nuevo llegó hasta la membrana pituitaria de *Centella* el tufillo de carne viva que flotaba en el aire. Aquel olor no se parecía en nada, sin embargo, al de la zorra, la liebre o el búho. Era olor de caza mayor, y un temblor de emoción sacudió todo su cuerpo cuando una ráfaga de viento llevó el olor de un modo más perceptible a sus narices. *Mistic* también pudo husmearlo en aquel momento. Era el olor borreguil e inconfundible de *Yapao*, el toro lanudo de las regiones árticas. Para *Mistic* era un ser nuevo, pues no existe el toro de lanas en las regiones de los bosques, y ante el nuevo misterio el lobo de las selvas husmeó el aire lleno de curiosidad. *Centella* se estremeció hasta la médula de los huesos. Aquel olorcillo llevaba a su cerebro la persuasión de que no muy lejos andaba la anhelada caza mayor que él y *Mistic* buscaban. El sordo y vehemente aullido que salió de su gáznate, lo mismo que el nervioso temblor que se apoderó de todo su cuerpo, convencieron a *Mistic* de que cualquiera que fuese el ser nuevo con quien iban a tener que enfrentarse, la refriega tendría que concluir con un banquete para ellos.

Centella guió a *Mistic* hacia la hondonada abierta al pie del cerro en que se hallaban y, tan pronto estuvieron a mitad de la pendiente, comenzaron a marchar casi arrastrándose sobre el vientre, con la precaución del cazador que necesita avanzar sin hacer ruido. Su instinto les hizo comprender que no debían marchar sesgando el viento, sino rectamente contra él, pues *Yapao*, de otro modo, hubiera olfateado su presencia con tiempo suficiente para ponerse a salvo. Continuaban *Centella* y *Mistic* deslizándose, como dos espectros, por entre montículos de nieve y grupos de rocas,

cuando un viejo toro lanudo surgió, quieto como una estatua, en el centro de una estrecha banda de terreno que serpenteaba como un arroyo, a unos trescientos metros de distancia. Era este centinela avanzado el que había permitido a los lobos husmear el olor de la carne de toro, porque *Yapao* estaba todavía a considerable distancia. *Yapao* no estaba solo, sino con los demás de su rebaño, diseminados en una superficie de un par de áreas, y casi inmóviles mientras se dedicaban, como grandes manchas negras que mancillaran la impoluta blancura de la nieve, a desenterrar los helechos y el musgo con que tenían que alimentarse.

El rebaño de *Yapao* no era muy numeroso. Se componía únicamente de doce individuos, y de los doce, *Yapao* era el más viejo y el de mayor tamaño. Su forma tenía un aspecto monstruoso y grotesco a la luz de la luna. No alzaba más de un metro treinta del suelo a la cruz; tenía, no obstante, una longitud de más de dos metros y medio, y su cabeza, vislumbrando el peligro, en ángulos rectos, a derecha e izquierda, era como la enorme y dura masa de un martillo pilón. La Naturaleza le había dotado de las cualidades necesarias para ser uno de los organismos capaces de vivir en las regiones más septentrionales de la Tierra, y de tal modo se conformaba él con la voluntad de su naturaleza, que habiendo nacido y crecido en las regiones comprendidas dentro del círculo polar ártico, nunca se había decidido a salir de dicho círculo. El cuerpo de *Yapao* era redondo; sus patas eran cortas y fornidas; su lana era espesa y tan larga que la arrastraba por la nieve, desde su barriga, y le abrigaba el cuerpo con un espesor de cinco o seis centímetros. Incluso las pezuñas estaban cubiertas de espesa lana, siendo el hocico la única parte del cuerpo que quedaba al descubierto. Cubría la parte superior de su cabeza, como una coraza de acero, una gruesa plancha de huesos que defendían su cerebro y remataban en un par de cuernos agudos como un par de bayonetas. Aquellos huesos eran para él su escudo y su defensa. Gracias al inexpugnable baluarte de su grueso cráneo podía combatir a la defensiva; gracias a los afilados puñales podía también tomar la ofensiva cuando fuese necesario. *Yapao*, sin embargo, raramente atacaba; pero, cuando le atacaban a él, se defendía, y ofendía, si era preciso, hasta dar muerte a su enemigo.

Durante unos cuantos segundos. *Yapao* permaneció quieto y sin resollar. Después salió de sus pulmones un sordo mugido. El sonido parecía más un redoble de tambor que un verdadero mugido, aunque era más ronco y más sordo, como si saliera más bien del vientre que de los pulmones de *Yapao*. En el mortal silencio de la noche, aquel mugido sonó como un trueno lejano. Inmediatamente después de haber mugido *Yapao*, se oyó un fuerte rumor de pisadas. El color obscuro de los toros lanudos era un factor de vida o muerte para ellos. No teniendo los toros una vista excesivamente penetrante, cada uno de ellos podía distinguir a los demás gracias al color obscuro, que se destacaba del fondo blanco de la nieve. Y este color, que era una desventaja ante el enemigo, cuando el toro estaba solo, era una ventaja cuando andaba en rebaño,

porque para defenderse mejor se reunían todos, y viéndose, la reunión era más fácil. En aquella ocasión ningún toro pensó en huir, antes bien, prefirieron todos congregarse a la llamada de *Yapao*. Al segundo mugido de éste, todos los toros marcharon hacia él, y él, al mismo tiempo, marchó hacia ellos para anticipar lo más posible el encuentro. De la misma manera que los primeros pobladores de las tierras americanas disponían en círculo sus carros, para mejor defenderse del ataque de los indios, *Yapao* y su rebaño, lentamente, pero con la precisión de soldados perfectamente adiestrados, se agruparon todos en círculo para mejor atender a su defensa. Con la grupa hacia el centro del círculo, miraban hacia fuera en espera del enemigo. Con tanta precisión y uniformidad guardaban las distancias que parecía que hubieran seguido un curso de táctica defensiva en alguna célebre escuela de guerra. Una vez colocados, aguardaron el ataque con la cabeza baja.

Centella y *Mistic* llegaron a unos quince metros del obscuro círculo formado por las enormes bestias. El gran lobo de los bosques, impresionado por aquel formidable despliegue de armas desconocidas para él, aguardó receloso a que *Centella*, o los toros, comenzaran el ataque. Tres vueltas dio *Centella* alrededor del círculo de los toros, llegando, la tercera vez, a unos tres metros de las terribles cornamentas. Marchaba con el cuerpo recogido y dispuesto al formidable salto, y al comienzo de la cuarta vuelta se lanzó como un resorte, cayendo como una bomba sobre el cuello de *Yapao*. Pero *Yapao* sacudió la cabeza con tal fuerza que *Centella* resbaló y, una vez perdido el equilibrio, fue arrojado por un testarazo de *Yapao* a gran distancia, sobre la nieve. El aullido de rabia y dolor que dio *Centella* al caer repercutía a gran distancia en la noche silenciosa. Al mismo tiempo, *Mistic*, rechazado también por otro duro testuz, rodaba igualmente por tierra expresando, asimismo, con sus aullidos, la ira y despecho que le encendían la sangre. Dando un gruñido, *Centella* se levantó y lo mismo hizo *Mistic*. *Centella* adelantó unos pasos y *Mistic* le siguió con lealtad. Durante unos dos o tres minutos los dos lobos convirtiéronse en el pelele de los toros, tanto, que si éstos hubieran tenido algún sentido de lo cómico habrían tenido que acabar por reírse del modo como zarandeaban a sus agresores. Pero *Yapao* y los demás tétricos toros de su rebaño corneaban con la seriedad de un catedrático.

Jadeantes, magullados y con la lengua fuera, *Centella* y *Mistic* concluyeron por apartarse unos cuantos metros de los toros para reflexionar sobre el problema. Volvieron a dar vueltas alrededor de ellos, pero ni un solo testuz osciló, y lo arduo de la situación comenzó a intimidar a *Centella*. Hasta aquel momento no se había dado nunca cuenta de las ventajas que representaba el reunirse en manadas. Y era la manada lo que en aquel instante necesitaba, la manada que él había llevado a dar caza a los renos de Olee John. Que la reunión de la manada era condición indispensable para la matanza de los toros lanudos era una verdad a cuyo conocimiento había llegado, no en virtud de deducciones y razonamientos, ni en virtud de su ciencia

estratégica, sino por vía de experiencia. Y no viendo la manera de matar a los toros sin el auxilio de su manada, su inteligencia le dio a comprender entonces la necesidad de reunir a todos sus lobos tal y como los había reunido siempre que había necesitado perseguir a un rebaño de renos. Se alejó, corriendo, de los toros, unos cuantos centenares de metros, y allí comenzó a aullar. Aulló como no había aullado nunca hasta entonces, y *Mistic*, que se dio en seguida perfecta cuenta de la importancia de la maniobra de *Centella*, continuó delante de los toros vigilándolos. Incluso cuando *Centella* estaba tan lejos que su aullido apenas se oía, continuó *Mistic* montando su guardia. Y con la amenaza de *Mistic* delante del rebaño, *Yapao* no se decidió a romper su frente de batalla.

A cosa de un kilómetro en dirección Oeste, el terreno se extendía dilatado, sin accidentes ni desigualdades, y *Centella* penetró en la inmensa llanura deteniéndose para aullar a cada trescientos o cuatrocientos metros. Había transcurrido largo tiempo desde que *Centella* dio el primer aullido de caza, cuando a bastante más de un kilómetro delante vislumbró otra sombra que se volvía hacia él y le miraba. A mayor distancia todavía un segundo lobo oyó la señal de caza, y más lejos aún la oyó también un tercero. Y mientras hubo orejas para oír, y fauces para repetir el aullido, la señal de caza fue propagándose incesantemente. En tiempos de abundancia aquella señal hubiera llegado a reunir lo menos un centenar de lobos; pero en aquella ocasión, los lobos, uno a uno, delgados, con los ojos brillantes, exhaustos y famélicos, se reunieron únicamente en número de doce. Con estos doce lobos volvió *Centella* a las sinuosidades del laberinto en donde habían quedado los toros, y pronto husmeó el olor del rebaño. *Mistic* montaba todavía su guardia y *Yapao* aguardaba estoicamente con sus toros, cuando la manada apareció aullando bajo la tenue luz de las estrellas.

Y se inició la gran batalla. Con el nuevo número de enemigos que tenían ante sí, los toros ya no aguardaban el ataque sin mover la cabeza. Catorce lobos ágiles, crueles, decididos y hambrientos los atacaban, siendo los más fieros de todos *Centella* y *Mistic*. Una y otra vez cayeron con furia sobre los testuces de los toros, hasta que el primer aullido de dolor extremo salió de las fauces del primer lobo que probó los mortíferos efectos de la cornamenta de *Yapao*. Pero no cesaron los lobos un instante en el ataque. Antes de que *Yapao* pudiera sacar el cuerno del cuerpo que tenía atravesado, otro lobo le había sepultado sus colmillos en el hocico, y en aquel mismo momento ocurrió uno de esos rápidos e imprevistos sucesos que deciden casi siempre la suerte de una batalla. Otro lobo se colocó de un salto sobre el cuello de *Yapao*, pero permaneció allí pocos segundos, porque el toro más próximo le atravesó el cuerpo con su retorcida asta. Mas tanto *Yapao* como el toro que había querido defenderle, cargados uno y otro con el peso de los lobos que habían atravesado, quedaron unos instantes en la imposibilidad de defenderse contra nuevas acometidas y los lobos aprovecharon la ocasión con la rapidez de los más feroces y hábiles cazadores de

todos los animales. Media docena de lobos acudieron a la brecha, y uno de ellos saltó por encima de las cabezas desarmadas yendo a caer en mitad del círculo. Otro lobo hizo lo mismo y la inmovilidad pétreo del rebaño se convirtió en una gran baraúnda. El sacrificio de los dos lobos no había sido inútil y, aprovechando el desorden y la confusión, el resto de la manada distribuyó en abundancia los mordiscos a los hocicos y a los cuellos. El mismo *Yapao* temblaba de miedo con un gran lobo blanco en su hocico y *Mistic* en su pescuezo. *Centella* y otros dos lobos daban muerte a otro toro. Una vez rota su línea de batalla, los toros lanudos ya no sabían luchar. Poco menos que invencibles cuando estaban en formación, eran facilísimos de vencer cuando cada cual tenía que contar con sus únicas y solas fuerzas. Ni huir sabían, y sus mugidos de bestias en derrota más parecían el balar de la oveja que el mugir del toro. No obstante, tardaban en morir a causa del espesor de su lana, que representaba una gran defensa natural contra los colmillos; media hora tardaron los lobos en poder matar a *Yapao* y a otros dos toros del rebaño. De la manada de *Centella* murieron cinco lobos en la batalla que precedió a la rotura del frente de combate de los toros; pero los nueve que quedaron pudieron darse un banquete que les compensó de muchos sufrimientos y trabajos.

El misterioso código de signos y señales que propalan entre los seres de pico, garras y colmillos la noticia de la carne preparada, trabajó en aquella ocasión con gran eficacia. Aun los cazadores más expertos han fracasado siempre en el intento de hallar una explicación racional y satisfactoria al fenómeno de la transmisión rápida y precisa de tal género de noticias a través de las solitarias inmensidades heladas. Allí donde una hora antes *Centella* y *Mistic* no habían hallado el menor indicio de ser viviente, multitud de seres animados bullían y se agitaban. Al principio fue sólo una tímida y famélica zorra que asomó su hocico, con toda clase de precauciones, desde un recodo lejano. Al poco rato un búho, surgiendo de la nada, se cernía con vuelo silencioso sobre los preciosos restos de las bestias degolladas. Más tarde apareció una segunda zorra, y luego una tercera, y a continuación un truculento y bravo armiño chiquitín que estaba ya a punto de morir de hambre y que, resurgiendo al olor de la carne, se presentó al festín dando saltitos y haciendo cabriolas. Hasta cierto punto, el que la noticia de la matanza hubiera llegado a conocimiento de estos POCOS no era cosa excesivamente sorprendente: pero la noticia llegó mucho más lejos. Muchos seres medio muertos va de hambre sacaron fuerzas de flaqueza para huir de la muerte, y las aves, viendo correr a los animales terrestres, comprendieron, en virtud del mismo maravilloso instinto que había puesto en movimiento a los de abajo, que había habido matanza. Todos los seres hambrientos de las regiones heladas huyen siempre del lobo porque saben que el lobo es la más feroz de las fieras, y, sin embargo, todos le siguen porque saben que detrás de él suelen quedar los sabrosos y nutritivos restos de un banquete. Y las zorras, los armiños y hasta los búhos conocen siempre

perfectamente cuándo corren los lobos persiguiendo alguna presa, y cuándo comienza la matanza, de la misma manera que todos los animales que viven de los restos abandonados acuden, en los bosques, al estampido de un tiro, o al gemido de dolor y rugido de fiera que indican la posibilidad de hallar carne muerta. En aquella ocasión existían las pistas de los doce lobos que se habían juntado, y los de los nueve toros que habían huido, y existía, además, para guiar el instinto de los animales hambrientos, el olor de carne recién despedazada que flotaba en el aire.

Y allí donde antes no aparecía la vida por ninguna parte, pululaban después de la matanza los animales. Por todas partes se oían los ladridos de las zorras, y los búhos surgían en el aire, al conjuro de los ladridos, para investigar lo que sucedía, y esos búhos, haciendo sonar sus picos con un ruido sordo que podía oírse a unos cuantos centenares de metros de distancia, parecían llamar a los pequeños armiños de ojos encarnados, que se presentaban deseosos de hallar su parte en el festín que presentían. De todas partes, y no de un solo punto, acudían las criaturas hambrientas al festín que había de librarlas de la muerte que con tanta inminencia les amenazaba.

Pero aquella vez no habían de quedar muchos restos. Así como el hambre extrema lleva a un hombre a luchar en defensa de su propia carne y sangre, incluso contra los demás individuos de su propia familia, así también el largo ayuno que habían tenido que sufrir había acrecentado la ferocidad de los lobos de tal modo, que los nueve estaban dispuestos a luchar contra cualquier criatura que osara acercarse al botín que les pertenecía, aunque esta criatura fuera otro lobo. La casualidad había ligado a los nueve con vínculos de compañerismo y cada cual reconocía los iguales derechos de los demás: pero cualquier otro lobo que hubiera pretendido tomar parte en el festín hubiera sido rechazado con mortal y feroz saña. Unidos por la camaradería del festín, no pensaron en separarse cuando terminaron la comilona, antes bien permanecieron reunidos junto a los restos de la carne, o no muy lejos de ella. El primer búho que se atrevió a descender sobre uno de los descarnados esqueletos, halló la muerte entre los colmillos de un lobo blanco que lo deshizo a mordiscos antes de que hubiera tenido tiempo de hincar el pico en los residuos carnosos que cubrían las articulaciones de la osamenta, y todas las zorras que se aventuraban a acercarse, tenían que huir despavoridas ante los gruñidos de amenaza y las embestidas de los lobos.

Si había una excepción era la de *Mistic*. También él estaba dispuesto a luchar en defensa de la parte de carne que le correspondía; pero, por encima de este instinto, le instigaba a volver a sus amados bosques el mismo instinto que llevaba instigándole desde bastante tiempo atrás. Porque sus bosques y sus lagunas y pantanos significaban para él las continuas sorpresas, las aventuras y la caza. Y no quería ir solo, sino que pretendía arrastrar tras de sí a *Centella*. Por fin había tenido un gran éxito en este propósito, porque habían estado marchando en línea recta hacia el Sur y

en esta dirección precisamente habían hallado carne. Y, una vez apagada el hambre, la sangre volvió a circular roja y caliente por sus venas, encendiendo en él, cada vez con más fuerza, el deseo de continuar con *Centella* su marcha hacia el Sur. Se acercó a *Centella*, dio junto a él unos aullidos, y se alejó al trote aguardándole a cierta distancia como invitándole a seguirle; repitió la operación varias veces hasta que *Centella* abandonó la guardia, y separándose de los demás lobos corrió al lado de *Mistic*. Juntos prosiguieron su marcha hacia el Sur. *Mistic* era el que guiaba; trotaba de prisa, con sus orejas plegadas hacia atrás. Ya no escuchaba, ni olfateaba para descubrir en el aire algún indicio de caza. Corrieron así un rato hasta que al fin, al ver cuán atrás iba quedando el lugar en donde habían matado a los toros, *Centella* comprendió las intenciones de *Mistic*. Detúvose y aulló, medio volviéndose hacia el lado de los lugares que acababan de abandonar; y *Mistic*, pegado siempre a su costado, contestó al aullido con su cara vuelta hacia el Sur. En el Sur residía la fuerza que tiraba de él; en el Norte, la fuerza que retenía a *Centella*, y mientras *Mistic* instaba a su amigo a seguirle hasta los frondosos bosques del Sur, en *Centella*, el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, resurgía invitándole a volver junto a la cabaña del hombre blanco, en el borde de la cañada. Pero, por fin, *Centella* se decidió a seguir a *Mistic*; mas le siguió con una lentitud y una indecisión perjudiciales para los progresos del viaje, tanto es así que al cabo de una hora no habían recorrido siquiera cinco kilómetros, contados desde el lugar de la gran carnicería.

Pero los intervalos de indecisión iban haciéndose cada vez menos frecuentes y más cortos. Una hora más y la voz ancestral que todavía llamaba a *Centella* al borde de la cañada no se dejaría oír ya. En vez de ella sonaría únicamente en el interior de *Centella* la voz que le llamaría, como a *Mistic*, a los bosques, al país en donde brillaba el Sol y la Luna, en donde el tránsito del día a la noche y de la noche al día era constante y regular, en donde los árboles y la hierba y las flores abundaban, en donde había lagos de espléndidas orillas. Pero en aquel momento, el espíritu que cabalgaba tras él bajo las pálidas estrellas de la noche polar dio un último y potente grito, y a través de la inmensa llanura *Centella* oyó la voz que le llamaba, que le retenía, que de ningún modo quería dejarle partir más lejos.

Volviendo la cabeza hacia el Norte, tanto *Centella* como *Mistic* oyeron aquella voz. Era la voz de la manada, el viejo aullido de caza, el aullido de matanza, el aullido de invitación al festín y a la orgía de carne palpitante. Llegó hasta ellos débilmente desde el Noroeste.

¡Y no era el aullido de los siete lobos que quedaron montando la guardia junto a las osamentas de los toros devorados!

El aullido provenía de más lejos, y los siete lobos lo oyeron antes de que llegara hasta *Centella* y *Mistic*. Y en el aullido aquel. *Centella* y *Mistic*, al oírlo, no reconocieron ya la voz de sus compañeros de manada. El espectro de la muerte visto

durante las largas semanas de extenuación y ayuno había concluido con el instinto de inconsciente socialismo que formaba parte de sus leyes en tiempos de abundancia.

En aquellas circunstancias ya no eran criaturas capaces de interesarse por los intereses de la comunidad, sino individuos con una propiedad privada en defensa de la cual estaban dispuestos a luchar contra toda clase de rivales, incluyendo los que poco tiempo antes habían sido sus camaradas. En grupos reuniéronse los lobos que habían dado muerte a los tres toros, en torno de las osamentas de éstos. Sus colmillos brillaban a la escasa luz de las estrellas, y de sus gargantas salían gruñidos de alerta y guerra. Y en sus ojos brillaba una llama de amenaza mientras aguardaban a la manada que se acercaba con espíritu invasor. Era una manada compuesta de muy pocos lobos; no obstante, siempre representaba para los otros el tener que luchar uno contra dos, una desventaja que los siete compensaban con el mayor vigor que poseían gracias a la reciente comilona.

La guardia de los de *Centella* no se movió. Los siete aguardaban valientemente. A un centenar de metros, los intrusos se detuvieron y, diseminándose, avanzaron lentamente, aullando de hambre, castañeteando los dientes como si anticipadamente comenzasen a querer triturar los huesos y la carne entre sus mandíbulas. Llegaban dispuestos a aceptar y a agradecer la hospitalidad; pero también estaban decididos a luchar en el caso de que no se les otorgase un buen recibimiento. No salió de los siete ningún signo ni sonido de bienvenida. Quietos permanecieron todos como estatuas de mármol blanco a la luz de las estrellas: el número de sus adversarios no los asustaba. Si sus enemigos, en vez de ser catorce, hubieran sido cincuenta, tampoco hubieran pensado en abandonar el campo. Con sus gruñidos dieron a entender bien pronto su determinación a los lobos invasores. A la cabeza de la manada invasora iba *Oyoo el Aullador*. El primer aullido que oyeron *Centella* y *Mistic* fue el de *Oyoo*. Y *Oyoo* fue el que primero se atrevió a acercarse a los siete que montaban la guardia, y el que, al fin, dio la señal de combate lanzándose como un rayo sobre una de las osamentas. Uno de los siete se arrojó furioso sobre *Oyoo*, y apenas los dos contendientes se hubieron agarrado cuando los trece invasores restantes se lanzaron también sobre las osamentas como furias del Averno.

Pero los seis de la banda de *Centella* que habían quedado libres salieron a recibirlos con las fauces abiertas. En la rabia y fragor de la batalla, invasores y atacados se olvidaron de los huesos y de la carne. En los cuerpos extenuados por la inanición, el encono suplantó momentáneamente al hambre, y junto a los descarnados esqueletos de los toros tuvo lugar la más espantosa de las refriegas. *Oyoo*, en pago de haber sido el primero en atacar, murió con la yugular seccionada y su sangre fue a teñir de rojo los ojos vidriosos de *Yapao*, el desdichado rey de los toros lanudos. En el primer encuentro, los siete, mejor alimentados que sus enemigos, causaron a éstos terrible daño. En los combates parciales de lobo a lobo la superioridad estaba

indiscutiblemente de su parte; pero la ventaja del número no tardó en inclinar la fortuna hacia los más. Mientras los colmillos de los menos estaban hundidos en los cuellos enemigos, otros colmillos salían a la defensa de los heridos. Dos lobos de la manada de los siete y cuatro de la manada de los catorce murieron tan juntos cerca de *Yapao* que sus cuerpos formaban una mortaja blanca para el rey de los toros lanudos del Polo. Seis lobos de la manada de *Oyoo* y tres de la de *Centella* habían hallado muerte en la refriega cuando la victoria se declaró claramente en favor del mayor número. Lacerados y ensangrentados, luchando cuatro contra ocho, los defensores fueron flaqueando, hasta emprender la retirada, no sin morder y herir todo lo posible a medida que retrocedían. Si el espíritu de *Yapao* hubiera podido presenciar aquella derrota, habría experimentado sin duda el placer de la venganza, porque la nieve se cubrió de sangre, y esta sangre no era otra sino la de los mismos lobos que le habían degollado a él y a los otros dos toros de su rebaño.

En aquel instante *Centella* y *Mistic* llegaron. Tan pronto como oyeron los aullidos de los intrusos presintieron batalla y, corriendo a todo correr, llegaron todavía al último acto del drama como dos proyectiles disparados por un invisible cañón. Los doce lobos se revolvían en una masa informe entre mordiscos y gruñidos de cólera y dolor, y sobre aquella masa cayeron *Centella* y *Mistic* como dos exhalaciones. Con una simple presión de sus potentes mandíbulas *Centella* desarticuló las vértebras cervicales de un lobo blanco cuyos colmillos estaban hundidos en la carne de un semejante. *Mistic*, usando sus colmillos como cuchillos, degolló a otro lobo. Si *Centella* y *Mistic* hubieran entrado en la refriega sesenta segundos antes, habrían salvado la vida a los cuatro valientes lobos que habían luchado hasta lo último. Habiendo llegado cuando llegaron no pudieron evitar que de los cuatro murieran dos y otro recibiera en el cuello una herida de la que manaba abundante sangre. Pero los invasores tampoco salieron bien librados. Cinco quedaban únicamente cuando *Centella* inició la batalla con dos de ellos, hundiéndolos sus colmillos en el cuello de uno de los dos, mientras el otro le saltaba a él encima. Agarráronse los tres en un duelo a muerte, revolcándose y retorciéndose por encima de la nieve.

Mistic mató a dos intrusos y con el último superviviente de los siete libró batalla a los dos supervivientes de la manada de *Oyoo*.

Deshecho y fatigado, se encontró *Centella* por primera vez en su vida casi fuera de combate. Con su sangre regaba abundantemente la nieve. Mientras apretaba el cuello a uno de sus enemigos, el otro adversario le atarazaba el lomo y los costados, lanzándole por fin una tarascada al pescuezo. No fue aquél el mordisco que ahoga o degüella; fue el mordisco que desarticula las vértebras cervicales. Terrible y rápida agonía acometió en aquel instante a *Centella*. Sintió como si la fría hoja de un cuchillo le penetrara en el cerebro, y la parálisis, como si una descarga eléctrica le hubiese fulminado músculos y nervios, le cerró los ojos y le quitó la fuerza a las

mandíbulas. El lobo que estaba debajo de *Centella*, sintiendo que la presión mortal de la garganta cedía, despegóse apresuradamente y sujetó de un mordisco la mandíbula inferior de *Centella*. Éste hizo un supremo y último esfuerzo para librarse de sus enemigos. Rodó por el suelo y se retorció, pateando y gruñendo inútilmente durante breves segundos, hasta que sintió penetrar en su cerebro las tinieblas de la muerte. Los dos lobos saltaron encima del vencido con una ferocidad indescriptible. Los colmillos de los vencedores se cebaron sañudos en el cuello de *Centella*, y la muerte iba a dar ya el guadañazo, cuando hasta los embotados oídos del moribundo llegó el eco de un gruñido iracundo y del encontronazo de dos cuerpos. Al mismo tiempo desaparecía de su nuca la presión mortal. El aire llenó de nuevo sus pulmones. Sus ojos recuperaron la visión. Sus mandíbulas recuperaron la fuerza, sus oídos volvieron a percibir los sonidos, y pronto oyó el aullido de triunfo que dio *Mistic* inmediatamente después de matar al enemigo que había estado a punto de dar cuenta de *Centella*. En aquel instante, *Mistic*, el lobo trashumante de los bosques, se erigía en vencedor de todos los lobos blancos de las regiones árticas. No aguardó *Mistic* a que su enemigo diera la última boqueada, sino que, tan pronto como le hubo dejado exánime en el suelo, se revolvió sobre el lobo que todavía apretaba la mandíbula inferior de *Centella*, y sin paliativos ni piedad le hundió los colmillos hasta los intestinos, sacándoselos del vientre.

Y cuando, poco rato después, *Centella* logró ponerse de nuevo en pie, él, *Mistic* y el otro lobo superviviente, fue todo lo que quedó de una y otra manada de lobos. *Yapao*, el rey de los toros lanudos de las regiones árticas, había quedado vengado, pues de la manada de catorce, y de la manada de nueve, únicamente tres lobos habían quedado con vida.

Mistic, de pie junto a *Centella*, aulló afectuosamente, y en el campo de batalla cubierto con los cadáveres de sus hermanos, los hocicos de ambos lobos se juntaron una vez más. Y el espíritu misterioso que vagaba por aquellas inmensidades, bajo las estrellas, hizo comprender a las pobres bestias el valor y la importancia de la buena camaradería.

Capítulo 5

Los desposorios de Centella

Terrible tempestad se desencadenó en el mar Ártico, acentuando su furia frente al golfo de la Coronación para extenderse luego, cada vez más inclemente, por los helados desiertos que envuelven el extremo boreal del continente americano. Con motivo de esta tempestad, las tinieblas más espesas cubrieron todas las regiones polares. El sol faltaba por completo, y las nubes velaban la escasa penumbra que hubiera podido llegar hasta la tierra gracias al resplandor de la luna y de las estrellas. En su rotación el globo terráqueo había hecho pasar ya el golfo de la Coronación por el meridiano de la larga noche y aquellas regiones atravesaban por los momentos de mayor obscuridad. Sobre las vastas extensiones de hielo, que cubría las orillas de las últimas extremidades de la tierra, bramaba un viento de espantoso y colosal empuje. Barría este viento los desiertos helados, arrastrando partículas de nieve helada que herían como balines. No había ser viviente que no hubiera procurado ponerse a cubierto, porque aguantar la tempestad sin la protección de algún abrigo o caverna, era lo mismo que arrostrar la muerte. En sus viviendas subterráneas los esquimales se apelotonaban en compactos grupos; las zorras buscaban el refugio de sus madrigueras; los lobos, hechos un ovillo, aprovechaban las desigualdades del terreno para ponerse al amparo de la borrasca; los toros lanudos y los renos se apretujaban unos contra otros para buscar la defensa en masa, y hasta los grandes búhos blancos, con sus gruesas fundas de pluma, se veían obligados a protegerse contra la tempestad colocándose en los hoyos y concavidades de la gran llanura sin árboles.

Centella, animal que, a no ser por las gotas de sangre de perro que había heredado de *Scaguen*, el gran danés, hubiera sido un perfecto lobo, apenas se dio cuenta de la tempestad. Porque varias horas después de la gran sarracina de sangre realizada en uno de los recovecos del laberinto de sinuosidades, cañadas y montículos, yacía aún junto a unas rocas y elevaciones que le protegían. El dolor y la debilidad producidos por las heridas no le habían dejado mover. Su gran cuerpo gris, acribillado y destrozado por los colmillos de los lobos que habían luchado con él, carecía de fuerzas para poner la máquina en movimiento.

En la base de su cráneo sentía aún la herida que le había comunicado la fiebre que le había hecho hervir la sangre. Sus ojos permanecían cerrados. En su cerebro, los gemidos y bramidos de la tempestad iban unidos a los aullidos y a los rumores de lucha, como si continuara todavía la que sostuvieron sus lobos con los de la manada que acudió a aprovecharse de los restos del botín después de la matanza de los toros lanudos. En su interior volvió a reproducirse el conflicto entre instintos encontrados. De nuevo creyó estar corriendo con *Mistic*, el enorme lobo gris que se había unido a la manada de lobos blancos cuando éstos pasaron por la zona de nieves próxima a la

región de los bosques del Sur; de nuevo, compañeros del hambre, volvieron a saciar su bulimia engullendo vorazmente a los búhos blancos, y luego con su manada, y con *Mistic* siempre a su lado, caían sobre los toros lanudos, mordiéndoles en el cuello y sosteniendo con las enormes bestias una cruel refriega. Y, por fin, soñó *Centella* con la llegada de la manada enemiga y con la batalla que ella les obligó a sostener en defensa de la carne conquistada, la batalla que había terminado no quedando más vivos que *Mistic*, él y otro lobo de su manada. En las imágenes que surgían en su cerebro excitado por la fiebre vio de nuevo la épica batalla. Sus mandíbulas castañeteaban débilmente. De su garguero salían débiles aullidos. Su cuerpo temblaba. Sus músculos poníanse cada vez en mayor tensión. Y no se enteró de la tempestad desencadenada en la espantosa noche, ni del frígido viento que todo lo asolaba con su furia.

Cerca de él estaba *Mistic*, el gran lobo gris de los bosques que tanto se había alejado de sus selvas, y que, en los últimos momentos de aquella terrible lucha de algunas horas antes, le había salvado la vida. Ambos lobos estaban refugiados en una pequeña caverna, formada por la roca, la tierra y la nieve, a poca distancia de lo que antes había sido el campo de batalla. Si hubiera habido luz, *Mistic* habría visto que los rígidos y helados cadáveres alcanzaban la cifra de tres toros lanudos y veintiséis lobos horriblemente destrozados. A causa de la furia de la tempestad, el olor que antes despedía la carne muerta ya no podía herir el olfato de *Centella*.

Entre estos dos lobos, *Centella*, el más fornido de los lobos árticos, y *Mistic*, el gran lobo de las selvas, había surgido algo más fuerte que la ordinaria camaradería de los lobos. En *Centella*, esta mayor camaradería era hija de las gotas de sangre de perro que corrían por sus venas. Era la herencia del gran danés, que no le abandonaba un momento. Allí estaba siempre. A ratos ardía dentro de sus venas llenándole de deseos cuyo alcance, objeto y modalidad no acertaba a precisar. A ratos le hacía sentir de un modo terrible la espantosa soledad en que vivía. Este extraño y terrible sentimiento de soledad le impulsaba muchas veces a buscar las cercanías de las habitaciones humanas. Estos sentimientos estaban inspirados por el espíritu de *Scaguen*, el *Scaguen* que había aceptado la dominación del hombre, adorándole como a un dios, y durmiendo al calor de las fogatas encendidas por el hombre blanco. Pero la sangre de *Mistic* estaba desprovista de toda herencia perruna. En los primeros días del hambre que se había extendido por toda la tierra, cuando la monstruosa manada de lobos blancos se había dividido diseminándose, *Mistic* había sentido a *Centella*, porque entre los ciento cincuenta lobos de la manada, *Centella* era el único gris. Porque gris era también el color de los hermanos que *Mistic* había dejado en los bosques del Sur, de los hermanos en que el espíritu de *Scaguen* llamaba a *Centella* hacia las habitaciones de los hombres.

Pero los bosques de *Mistic* estaban cerca y eran reales. Los había abandonado

hacía únicamente un mes, a menos de unos trescientos kilómetros más al Sur. Ahora que ya no desfallecía de hambre, sino que estaba bien alimentado con la carne de los toros degollados, el deseo de volver a sus pantanos y a sus frondosos bosques le acuciaba más que nunca. Hasta en los momentos en que más arreciaba la tormenta sentía deseos de emprender la marcha hacia sus selvas. Pero algo le decía dentro de él que aquella tempestad no era como tantas otras que él había presenciado, y no se atrevía a salir de su refugio escuchando los bramidos y amenazas del viento y recibiendo los mensajes que parecían llegar hasta él desde los cuatro puntos cardinales anunciando muerte. Varias veces trató *Mistic* de sacar a *Centella* del profundo estupor en que estaba sumido. Le tocó con la punta del hocico. Aulló. Púsose en pie, mirando desde su refugio el negro caos de la noche, no comprendiendo por qué su compañero no se levantaba también, como él, y se ponía a su lado. Pero a los requerimientos suyos, *Centella* no respondió, y *Mistic* tuvo que sondear completamente solo las profundidades de la noche. La tempestad adquiría cada vez mayores proporciones. El trueno retumbaba con hórrido estruendo por encima de los vastos desiertos helados. Durante horas y horas la tempestad continuó atronando los espacios, hasta que, por fin, fue cediendo. Poquito a poco las estrellas fueron reapareciendo en el firmamento. La cerrazón de las tinieblas se trocó en la pálida penumbra formada por el resplandor de las estrellas, y el coral de la aurora tiñó de bermellón los espacios. Y *Mistic*, viendo que el mundo había cambiado de nuevo ante sus ojos, aulló con mayor vehemencia para despertar a *Centella*; pero viendo que no se movía se decidió a salir, al fin, solo del refugio que ambos lobos habían encontrado, formado por las rocas y la nieve.

Cuando se convenció de que *Centella* no le seguía, *Mistic* se dirigió a uno de los esqueletos de toro lanudo y comenzó a morder la carne todavía adherida a la osamenta. El tercer lobo, único superviviente de la manada de *Centella*, acompañó a *Mistic* en la comilona que éste pudo realizar después de la tempestad. Aquel lobo era blanco, como todos los lobos árticos. *Mistic* enseñó los colmillos cuando el lobo blanco se le acercó. Más que nunca desconfiaba de los lobos blancos. Una vez terminada la comida, volvió a reunirse con *Centella* y de nuevo le tocó con el hocico, y le aulló y le instó a que se pusiera en pie. *Centella*, saliendo del sopor en que había estado sumido durante muchas horas, tuvo conciencia de que desde algún sitio, quizá lejano, *Mistic* le llamaba. Pero *Mistic* no se dio cuenta del esfuerzo que *Centella* realizó para contestar. Y de nuevo volvió a salir del refugio. En la pálida gloria de la noche parecíale casi que podía husmear el olor de sus bosques, y en las imágenes que pasaban por su cerebro creyó ver a sus amados árboles alzándose amistosos y acogedores en las lontananzas del horizonte. En su cerebro, la distancia carecía de piedras miliares. Un kilómetro, veinte, cincuenta, lo mismo daba. Su instinto le impulsaba a abandonar aquella tierra extranjera de blancos lobos famélicos, para

llegar cuanto antes a sus amados bosques y a las ubérrimas orillas de sus pantanos, en donde sus hermanos eran grises, y no blancos como en aquellas desoladas regiones del hielo y de la nieve. Anduvo durante un buen rato, lentamente. Dos veces se detuvo, después de dar algunos pasos, y aulló llamando a *Centella*. Y dos veces, también, después de haber aullado, anduvo un poco más deteniéndose luego y aguardando. Por fin, a bastante distancia ya del lugar en donde había dejado a *Centella*, *Mistic* se sentó sobre sus ancas y dio un prolongado y postrer aullido, para llamar por última vez a su amigo. Después de esta postrer llamada escuchó un rato. Y luego, con un lamento en su garganta, dio la vuelta y partió corriendo en dirección al Sur.

Sin arredrarse por la distancia de trescientos kilómetros que le separaba de sus bosques, sin pensar en otra cosa sino en que en el extremo de aquel inmenso sudario blanco encontraría sus amados bosques, *Mistic* continuaba su marcha hacia sus lares.

Varias horas después de la partida de *Mistic* la fiebre cedió y *Centella* pudo abrir los ojos y levantar la cabeza, comprendiendo una vez más la existencia. El significado de la vida, no obstante, se le escapaba. Sentía todavía un agudo dolor en la base del cráneo, en el lugar mismo en que los colmillos del lobo que le había mordido se habían hundido, y su cuerpo estaba tan rígido que parecía de hielo. Lentamente los recuerdos volvieron a poblarle la memoria. Y vio con profunda pena que el gran lobo de las selvas le había abandonado. El primer aullido que dio fue para llamar a *Mistic*, pero le respondió únicamente el solitario lobo blanco que montaba la guardia junto a la carne de los toros degollados. Olfateó *Centella* el lugar en donde su camarada había dormido y notó que su frialdad databa de muchas horas. Después de un rato, púsose nuevamente en pie. Sentíase muy débil. Al abandonar su refugio, tropezó y cayó varias veces en el mismo suelo cubierto de los cadáveres de la gran refriega. No encontró allí más que al solitario lobo blanco, gruñendo y ahuyentando a los bichos hambrientos que se acercaban con el intento de beneficiarse con algún buen pedazo de carne. *Centella*, en cambio, no sintió ningún rencor contra las famélicas criaturas. Vio a los búhos cerniéndose, como espíritus, por encima de los cuerpos de los toros lanudos y los lobos degollados; oyó el pavoroso tableteo de sus picos; vio a los chiquitos armiños de ojos colorados llegándose casi hasta sus propios pies; percibió el movimiento rápido y cauteloso de las zorras y oyó sus odiosos ladridos; pero no sintió deseos de perseguir a ninguno de aquellos enemigos. El lobo blanco que montaba la guardia estaba fatigadísimo de las embestidas y carreras que había tenido que dar para defender la carne contra las asechanzas de tantos merodeadores. Le colgaba la lengua. Respiraba con dificultad. Y dirigió a *Centella* una mirada llena de esperanza, porque creía que *Centella* le ayudaría a defender la carne. En su cabeza no cabía la suposición de que un lobo pudiera ceder nunca la parte de carne que le correspondía como premio a su contribución en la matanza.

Pero, así como, poco tiempo antes. *Centella* hubiera luchado bravamente para defender, como cualquier otro lobo, su parte de carne, en aquel momento se desinteresó del asunto. Ya no le importaba la carne. En su interior había ocurrido un gran cambio. La fiebre y la enfermedad habían dejado en su alma un profundo sentimiento de la soledad y un anhelo nuevo para él, y durante algunos minutos sus ojos sondearon las sombras de la noche en busca de *Mistic*, el gran lobo de las selvas.

Volvió a su refugio y se tendió, hecho un ovillo, en el mismo sitio que había ocupado antes. Nunca su herencia de *Scaguen*, el gran danés, dejó sentir en él sus efectos de un modo más apremiante que en aquella hora de debilidad y soledad. Sus aullidos eran los aullidos de un perro, y no los de un lobo. Necesitaba no estar solo, y, no obstante, no quería ya la compañía del lobo blanco que había quedado junto a los esqueletos de los toros. Las gotas de sangre de perro que corrían por sus venas eran como un poderoso antídoto que contrarrestaba los salvajes impulsos de su voracidad. Poco le importaba que las zorras y el armiño y los búhos blancos se apiñaran alrededor de los cadáveres para nutrirse con su carne, porque cuando el espíritu de *Scaguen* estaba dentro de él se sentía inclinado a hacer buenas migas incluso con las zorras. Mientras el hambre no le obligó a salir en busca de carne no pensó para nada en molestarlas. Cuando le volvieron a entrar ganas de andar y moverse encontró la última pista de *Mistic* y la siguió durante algunos kilómetros, después de lo cual se detuvo para olfatear el aire. No aulló porque una voz interior le decía lo que había ocurrido. La pista estaba fría, y *Mistic* había desaparecido. Volvió nuevamente a su refugio y allí pasó cuarenta y ocho horas. Fue varias veces desde el refugio hasta donde yacían los toros lanudos. Vagó por los alrededores olfateando el aire, por si percibía algún olor que le anunciara el regreso de *Mistic*. Desapareció el dolor de sus heridas y la rigidez de sus patas. También desapareció el dolor que sentía en la base del cráneo. El tercer día sopló de nuevo el viento y la pista de *Mistic* quedó borrada con las partículas de hielo y nieve que le cayeron encima. Después de esto *Centella* marchó directamente hacia la costa, en vez de vagar sin rumbo por los alrededores de su refugio. Cada vez que el hambre le apremiaba volvía al lugar en donde habían quedado los restos de los cadáveres, y concluyó por olvidarse de los sufrimientos de la inanición. La carne volvió a cubrir sus costillas y la fuerza volvió a ser el atributo de sus músculos. No obstante, su soledad era para él causa de un malestar inexplicable y, en su inquietud, se pasaba las horas buscando y buscando lo que él mismo no acertaba a adivinar en qué consistía.

Y otra vez el destino que guía y dispone los sucesos y las cosas del desierto volvió a ocuparse de *Centella*. Regresaba éste de una excursión sin rumbo a los lugares en donde había dejado las reservas de carne helada, cuando un súbito cambio de viento llevó hasta su olfato un olorcillo, y hasta sus oídos un sonido, que le encendieron la sangre, después de haberle dejado petrificado durante unos instantes.

Era olor de hombre y ladridos de perros. El instinto le advirtió en seguida del peligro. Su corazón lanzó en seguida por todo su cuerpo la sangre caliente del lobo. Resurgió en él el temperamento salvaje y de su garguero salieron sordos y feroces aullidos. Porque el olor y el ruido provenían directamente del lugar en donde había quedado la carne que durante una semana le había servido de alimento y de reconstituyente. Adelantó intrépidamente hasta poder ayudarse de la mirada. A la luz de las estrellas no vio ya al solitario lobo blanco, ni a las zorras, ni a los búhos. Cerca de los huesos de *Yapao*, había un tiro de perros y un largo trineo, y a alguna mayor distancia otro tiro de perros y otro trineo. Y entre estos trineos, bien abrigados y envueltos, había varios hombres trabajando alegre y precipitadamente. La algarabía de su charla llegó hasta los oídos de *Centella* de un modo bien claro y distinto. Era que unos cazadores esquimales habían hallado los restos de los toros lanudos y de los lobos que perdieron la vida en la refriega. En aquel invierno cruel el hambre se cebaba en los hombres lo mismo que en las bestias, y nunca habían hecho los cazadores mejor hallazgo. Todavía quedaba la mitad de la carne de los tres toros lanudos, y más de la mitad de los lobos muertos estaban todavía intactos. Upi, el gran cazador, cantaba lleno de júbilo, mientras cortaba y preparaba la carne congelada, y los cinco esquimales que le ayudaban trabajaban también como demonios. Cargaron todo lo aprovechable en los trineos; con un hacha, que Upi había adquirido cediendo su mujer al capitán de un ballenero a cambio de tal instrumento, mondaron y escamondaron los esquimales los esqueletos de los toros. De vez en cuando un esquimal suspendía su trabajo para hacer chasquear su larguísimo látigo por encima de los perros. *Centella* miraba, echado sobre su vientre, la expoliación de que era objeto por parte de los hombres que ambicionaban la carne que él había conquistado a costa de graves heridas y de la pérdida de la manada. El solitario lobo blanco había partido. Los búhos y las zorras habían partido. Únicamente los hombres y los perros permanecían al lado de los toros degollados.

Los esquimales concluyeron su trabajo prestamente. Media hora tardaron en cargar en sus trineos incluso las entrañas de los animales muertos. Terminada la tarea, los humanos expoliadores partieron arreando sus perros con gritos de alegría y frecuentes chasquidos de sus látigos. *Centella* permaneció largo rato echado sobre el vientre, escuchándolos. Cuando los chasquidos de los látigos ya no llegaban hasta sus oídos, todavía podía oír los gritos de alegría salvaje lanzados por los esquimales.

Cuando no oyó el menor eco de todo aquel ruido, *Centella* se acercó al lugar en donde le habían robado la carne. Allí acudió también, al cabo de un rato, el otro lobo blanco. Las zorras volvieron a aparecer, y los búhos se cernieron nuevamente sobre aquel paraje. Todo el alimento que quedaba se reducía, sin embargo, a las migajas de carne congelada que habían saltado a los golpes del hacha. Con estos escasos residuos hizo *Centella* su última colación. Cuando él y el solitario lobo blanco

hubieron terminado, ya no quedaba para los búhos y las zorras más que los trozos de nieve empapada en sangre.

Centella, después de haber despachado aquella ligera refacción, se puso a seguir, despacio y con cautela, la pista de los esquimales. Ni llamó al otro lobo con sus aullidos, ni el otro lobo pensó en seguirle. Ni el deseo ni la razón guiaban los pasos de *Centella*. No sentía la rabia tan natural en todo lobo que se ve despojado de su ración de carne. Las huellas de los perros no suscitaban en él cólera alguna. No esperaba volver a conquistar lo que había perdido, y si seguía aquellas huellas, era sin deseos de venganza contra hombres ni contra animales. Seguía la pista únicamente porque la pista ejercía en él cierta atracción. Le atraía, a pesar de que *Centella* presentía el peligro. Por esto la seguía con grandes precauciones. La atracción de la pista era tan grande, que *Centella* hubo de ceder a los impulsos de andar en dirección contraria a la que su prudencia le aconsejaba tomar. En su cabeza actuaban fuerzas paradójicas; fuerzas que le impulsaban en distintos sentidos, venciendo las que le impelían a marchar a las que le aconsejaban no seguir la pista. La sangre de *Scaguen*, el gran danés, había regado las venas de varias generaciones de lobos; no obstante, a través de estas generaciones, la sangre de perro conservaba en estado latente sus cualidades, y aquella noche *Centella* sintió dentro de sí un extraño cambio. Mientras seguía la pista de los esquimales notó que marchaba sin ser perro ni lobo. Como muchos hombres inadaptados, también él era un ser exótico en el mundo de que formaba parte. Poco tiempo antes había hallado gran placer en galopar a la luz de las estrellas y al resplandor de la aurora. Pero aquel ejercicio ya no le interesaba. Aquella noche hubiera evitado el contacto con su manada de lobos blancos, con más ahínco aún del que hubiera puesto en evitar el contacto con el hombre. Ningún proceso mental descorría en su cerebro el misterio de todas estas cosas, y no obstante, un hombre de ciencia, merced a una atenta observación, hubiera podido descubrir los motivos de tales anomalías. *Centella* había heredado sangre de perro y su alma sentíase muy sola, porque carecía de algo que nunca había conocido y que el mismo *Centella* no podía conjeturar en qué consistía.

Durante varias horas siguió la pista de los esquimales, sondeando siempre con sus miradas la inmensidad que se extendía delante de él, y escuchando siempre con extremada atención. De cuando en cuando se acercaba tanto a los esquimales que podía oír sus gritos. Kilómetros y más kilómetros recorrió Upi cargado con su tesoro. *Centella* le siguió hasta que pudo oír, a unos cuantos centenares de metros de distancia, los gritos de alegría y triunfo que Upi y los suyos dieron al llegar a su aldehuela. El aire le transmitió las voces al mismo tiempo que el olor de la aldea. No le gustó el olor. Era olor de hombre, y, lo mismo que el de los animales, dábale la sensación de un gusto desagradable en el paladar. No era como el olor que había llegado hasta él desde la cabaña del hombre blanco, que se levantaba en el borde de la

quebrada, y *Centella* procuró evitar la aldea, llegando hasta los hielos del mar, después de dar un rodeo.

Una vez llegó a la costa continuó directamente en dirección Oeste. A la luz de la luna y las estrellas, los anchos desiertos helados brillaban suavemente, reflejando la áurea iluminación. El silencio era tan completo, que en la inmensidad de la noche las uñas de *Centella* sonaban como herraduras sobre el hielo. Parábase frecuentemente, y vacilaba ante la diversidad de estímulos y emociones. Después de algunos minutos de vacilación se decidió a marchar contra el viento, y gracias a esta determinación le sucedió algo maravilloso. A unos ocho o diez kilómetros de la aldea de Upi, y a unos dos kilómetros escasos de la costa, pudo vislumbrar una sombra cuya presencia no se le había revelado antes por medio de las emanaciones que le hubieran tenido que llegar hasta el olfato. Tan poco perceptible resultaba esta sombra a través de la neblina, que *Centella* la descubrió cuando ya estaba bastante cerca de ella. Al descubrirla se detuvo dando un gruñido de recelo. La sombra que tenía delante de sus ojos era un buque, un buque fantasma, un buque recubierto de hielo, con grandes mástiles que llegaban hasta el cielo. *Centella* no había visto nunca una cosa como aquella. Era una sombra fríamente silenciosa. *Centella* retrocedió prudentemente, dando amplios círculos con su vientre casi pegado al suelo. En aquel momento llegó hasta él el olor de aquella sombra. Sus ojos brillaban con un fuego extraño, porque aquel olor era el mismo que llegó hasta él desde la cabaña del hombre blanco. No obstante, aquello distaba mucho de ser una cabaña. Aquella sombra no se parecía a nada de lo que él había visto antes. Al cabo de un rato se realizó el último milagro. En la parte interior de aquella sombra había luz. *Centella* vio de nuevo la luz amarillenta y gloriosa que había visto antes en la cabaña del hombre blanco, y oyó voces de hombre, y el quejido de un perro que había recibido un puntapié. A estas voces y a este quejido siguió el silencio. En el interior del buque la vida se regía por la marcha de un reloj, y los hombres que lo tripulaban dormían, porque según el reloj era de noche para ellos.

Centella dio tres vueltas alrededor del buque, acercándose cada vez más, y la tercera vez concluyó por sentarse sobre sus ancas, para levantar la cabeza y lanzar a los aires un aullido de interrogación. En el silencio de la noche el aullido pareció remontarse hasta las estrellas. No se había extinguido aún el aullido en la garganta de *Centella*, cuando éste oyó de repente un gran alboroto. Una veintena de perros esquimales respondieron al aullido. Sus ladridos despertaron a los hombres que dormían, y la voz que había llegado antes hasta los oídos de *Centella* volvió a dejarse oír pronunciando maldiciones. Y todo aquel barullo fue acompañado de los chasquidos de los látigos, sonando en el espacio como el estampido de una pistola.

Centella retrocedió al trote lo mismo que una gran zorra cautelosa. Todo aquel ruido iba revestido de amenaza, y *Centella* comprendió que había llegado ya para él

el momento de huir. No emprendió, sin embargo, una retirada precipitada y en línea recta, sino que se retiró dando grandes rodeos. En uno de estos rodeos su hocico encontró una pista. La siguió durante unos cuantos pasos, y de repente se paró en seco. Hasta él habían llegado las sutiles emanaciones de un olor nuevo. No era olor de zorra. No era olor de lobo. No era olor de perro esquimal. No era ninguno de estos tres olores; pero era, no obstante, olor de especie canina. La diferencia de este olor con el de los demás olores impresionó a *Centella* mucho más de lo que le había impresionado la presencia del buque fantasma. El misterio de aquel olor le mantuvo quieto y rígido por espacio de algunos minutos. Respiró profundamente. Pegó su hocico a las huellas impresas en el suelo, y continuó marchando en medio de una sensación extraña. Enfrente de él, corriendo sola, vagando a la luz de las estrellas y del resplandor del cielo, divisó una criatura cuyo aspecto delicado hizo nacer en el corazón de *Centella* el acicate de un nuevo deseo. Arrastróse *Centella* hacia esa criatura, lentamente, pero con insistencia, llamándola con aullidos diferentemente modulados. Pero aquella figura delicada desapareció pronto de la vista de *Centella*.

Nuestro lobo volvió a seguir la pista, y a unos centenares de metros más se encontró con un túmulo de piedras en las que, si *Centella* hubiera sabido leer, habría leído lo siguiente:

A LA MEMORIA DE JOHN BRAINE DEL INSTITUTO SMITH,
MUERTO EN 4 DE ENERO DE 1915

*Así dice el Señor de los Ejércitos:
Mirad bien dónde ponéis los pies.
(Ageo, I, 5-7.)*

Pero aquellas letras no podían significar nada para nuestro lobo. Si le impresionaron más que lo que generalmente veía, fue porque alrededor de ellas se multiplicaban las huellas de la criatura que él seguía y también porque allí, delante de aquellas letras, el olor de las huellas era más fuerte.

La nieve estaba cubierta con tales vestigios. Y aquí y allá había señales de haber estado *Firefly* echada delante de la tumba de su amo. Únicamente este hombre hubiera podido decir todo lo que la compañía de aquella perra escocesa había significado para él; porque era una mujer la que le había regalado la perra, una mujer que a miles de kilómetros de distancia rezaba por ellos, por el hombre muerto y por la pobre perra que había perdido a su amo.

Centella dio un aullido. Describió varios círculos alrededor del túmulo, lo olfateó y apoyó sus patas delanteras en él, estirándose hasta llegar a tocar con el hocico la inscripción. La perra también se había puesto muchas veces de pie sobre sus patas traseras, apoyándose con las delanteras sobre el túmulo, para poder tocar con el

hocico aquellas letras ininteligibles. Las señales de sus patas estaban todavía grabadas en las piedras del túmulo y en la nieve. *Centella* descubrió el lugar en donde la perra escocesa había estado echada junto a la sepultura de su amo. Todavía quedaban en aquel lugar algunos pelos rubios, y el olor que salía de allí era más fuerte que el que despedían los demás vestigios. Lentamente prosiguió *Centella* su camino rastreando la pista. Las pisadas no indicaban la vuelta de la perra escocesa al barco, antes bien remontaban la costa. Cerca de un kilómetro más lejos había en la nieve un lugar con muchas señales en donde *Firefly* había permanecido unos minutos presa de la duda. Dos veces había corrido desde aquel punto en dirección al buque, como si hubiera deseado volverse a embarcar, pero las dos veces había cambiado el modo de pensar, al llegar a mitad de camino, y había concluido por marcharse en línea recta, alejándose a la vez del buque y del túmulo.

Centella siguió su pista durante una hora, sin hacer ningún gran esfuerzo para alcanzar a la perra; comprendía, sin embargo, que iba acercándose a ella. El rastro indicaba que la perra había estado vagando largo rato sin rumbo. En muchos puntos las marcas de las patas se multiplicaban, demostrando que la perra se había detenido. Un cazador, al reconocer las huellas, hubiera declarado que aquel rastro era el de un perro que se había extraviado o que buscaba algo. Porque las tortuosidades del rastro eran propias de un perro que buscara a su dueño, o, tal vez, su casa. A cinco o seis kilómetros del túmulo, el nivel del blanco desierto variaba, porque allí empezaba la elevación de un gran desierto de hielo. *Centella*, con la costumbre de sus precauciones y la instintiva repulsión que sentía por el mar, habría dado la vuelta en dirección al interior de la tierra; pero el rastro se dirigía en dirección contraria y, siguiéndolo, llegó nuestro lobo hasta el helado océano. Y una vez allí, continuó de nuevo la marcha en dirección del Oeste. Apresuró el paso. El olor de las patas de *Firefly* comenzaba a aparecer como caliente en la nieve, y *Centella* comenzó a trotar, aullando con ansiedad al tiempo que miraba enfrente de él, sin dejar de trotar.

Después de un rato, de repente, vio a la perra. Estaba de pie encima de un pequeño témpano, a unos quince o veinte metros de distancia. El brillo de la luna y de las estrellas parecía reflejarse en la piel del esbelto animal. Precioso, bello animal, cubierto de un largo pelo rubio que resplandecía como el oro. Tenía la cabeza levantada, mirando al mar en actitud de alerta. Parecía un camafeo con el cielo estrellado como fondo. *Centella* se quedó parado, como objeto inerte y sin vida. Durante toda su vida no había visto nada como aquella perra oriunda de una casa que estaba a más de tres mil kilómetros. Y el olor que despedía aquella criatura era diferente de cualquier otro olor sentido por él. No era olor de lobo, ni olor de perro esquimal. Para su olfato aquel olor era un nuevo y maravilloso perfume. Y mientras su cuerpo permanecía quieto como una estatua de piedra, de su pecho escapó un melancólico aullido. Rápida como una máquina eléctrica, *Firefly* volvió la cabeza.

Centella volvió a aullar, y adelantó, despacio y vacilando, como si rogara a la perra que no se marchase. Desde su pedestal de hielo, *Firefly* no respondió. Sus ojos brillaban. Rubia y resplandeciente como el oro, aguardaba, invitando a *Centella*, fascinándole; pero sin producir sonido alguno. Diez segundos más y *Centella* llegó junto al pedestal de hielo, deteniéndose allí como un galán enamorado. Aulló, alta la cabeza; su cuerpo parecía movido por resortes más bien que por músculos. La magnífica belleza de su cuerpo impresionó a la esbelta criatura que lo contemplaba desde lo alto del pedestal de hielo. Por fin. *Centella* oyó el sordo y débil aullido con que la perra contestaba a las invitaciones de nuestro lobo. Era un aullido de inefable soledad, una manifestación de simpatía, una respuesta a los requerimientos de camaradería.

El corazón de *Centella* latió precipitadamente. Entre él y *Firefly* se levantaba el montículo de hielo, y *Centella*, en su alborozo, hizo un heroico esfuerzo para encaramarse a él. Clavando con fuerza sus uñas en el hielo consiguió casi llegar hasta la cima; pero resbaló, perdió el equilibrio y cayó con tal fuerza que no pudo contener un gruñido de dolor. Se levantó torpemente y volvió a mirar a *Firefly*, con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido. Trotó luego alrededor del montículo de hielo y halló el lugar por donde *Firefly* había podido trepar al pedestal. Por allí la ascensión era fácil, y cuando *Centella* llegó a la cima encontró a *Firefly* echada sobre su vientre, aguardando, con la cabeza entre sus patas delanteras, y durante medio minuto quizá *Centella* permaneció de pie al lado de la perra, sin mirar ni una sola vez abajo, antes bien mirando todo el rato el ancho mar. No obstante, ni veía ni buscaba nada. Había en su garganta un rumor de alegría apenas perceptible en aquellos momentos de triunfo. Conservaba difícilmente su compostura y dignidad. Necesitaba saltar y ladrar y hacer locuras para demostrar su alegría. Durante un rato, sin embargo, se mantuvo quieto. Luego, lentamente, miró hacia abajo. Los ojos brillantes de *Firefly* le miraban fijamente. *Centella* no había visto nunca unos ojos tan hermosos como aquellos. Aquellos ojos no le rehuían la mirada, antes bien se la sostenían con un encanto fascinador. Concluyó *Centella* por bajar la cabeza, tocando con su hocico el pelo sedoso de la perra. Un sonido de atracción infinita salió de la garganta de *Firefly*. *Centella* contestó poniendo el alma en un aullido.

A través de veinte generaciones de lobos. *Centella* llegó al fin a posesionarse de su íntimo, de su verdadero ser.

Unas cuantas horas más tarde, *Centella* y *Firefly*, después de haber marchado varios kilómetros en dirección Oeste, llegaron al extremo de los hielos. No habían marchado de prisa, y *Centella* había renunciado a todo intento de jefatura. *Firefly* le desposesionó pronto de tal prerrogativa. Con el tacto y habilidad indefectibles en su sexo, se arrogó pronto la facultad de elegir el camino que ella y su compañero debían

seguir. Y *Centella*, lleno de la felicidad que sentía con sus nuevos desposorios, prefirió dejarse llevar a iniciar una disensión en aquellas primeras horas de su luna de miel. Y así, *Firefly* marchaba adonde le daba la gana, y *Centella* seguía. El nuevo arreglo le gustaba; no obstante, instintivamente presentía sus peligros. Porque tan desconocido era aquel mundo para ella, como desconocidas hubieran sido para él las calles de una ciudad. *Firefly* marchaba con una sublime inconsciencia de los peligros que la rodeaban. Esbelta, lucida y bonita, no había conocido nunca los horrores del hambre. Ella no sabía que para vivir en medio de la desolación de aquel desierto necesitaba la vigilancia del cazador a cada paso. A bordo del barco había conocido únicamente dos peligros: la amenaza de los salvajes perros esquimales, y los «caballeros del blanco gabán», es decir, de los osos blancos. Un oso blanco herido estuvo en cierta ocasión a punto de matarla, y desde entonces recordaba a los osos blancos como al más temible de todos los seres vivientes. Pero el lobo había surgido del lado del mar, y allí estaba en tierra firme.

Volvió, por fin, a la boca de una gran hendedura del muro, una hendedura o grieta estrecha producida por el resquebrajamiento de los hielos. *Centella* hizo allí un esfuerzo para llamarla, a fin de lograr que retrocediera. El instinto le decía que convenía evitar aquellas trampas. Pero *Firefly*, después de vacilar un momento, le dio a entender que si no quería seguirle, ella continuaría sola. Entonces *Centella* trotó al lado de *Firefly*, de buen humor. No obstante, érale imposible dejar de presentir alguna seria contrariedad. Andaba alerta y vigilante. El suelo de la hendedura formaba pendiente, y *Centella* y *Firefly* marcharon cuesta arriba durante doscientos o trescientos metros antes de que se detuvieran nuevamente. La luna iluminaba su camino. Su brillo, entre aquellas resplandecientes paredes, era el brillo de un sol pálido; pero *Centella* no tenía conciencia de su belleza, porque tenía el alma ocupada en otros pensamientos. Mientras estuvieron allí parados, el presentimiento se trocó en sospecha, y la sospecha se trocó pronto en la seguridad de una pavorosa y próxima amenaza. Olía algo. Cuando *Firefly* hizo ademán de continuar, él aulló. En aquel aullido había una nueva modalidad. *Firefly* se detuvo. Levantó la cabeza y se puso en guardia comprendiendo que *Centella* quería advertirla de algún peligro.

Durante un minuto permanecieron sin moverse uno ni otra, y en el silencio de su inmovilidad oyeron unos golpes acompasados, como si algún ser extraño golpease el hielo con una vara de metal, y pocos segundos después apareció *Wapusk*, el enorme oso blanco. Hasta que *Wapusk* no llegó a una empinada cuesta de la hendedura. *Centella* no percibió el olor del oso. Pero una vez el olor llegó hasta su olfato, *Centella*, lo oliscó con tal eficacia, que adivinó no sólo la proximidad de un oso blanco, sino que identificó por completo la personalidad del intruso, comprendiendo, gracias al olor, que tendría que habérselas con el mismísimo oso con quien había luchado días antes en la vivienda del esquimal. Y *Firefly*, al ver a *Wapusk*, reconoció

en él al ser que más temía entre todos los que pueblan la Tierra.

Wapusk, al oler la proximidad de su presa, se detuvo un momento. Era un oso cruel, un caníbal, un monstruo comedor de carne humana, y *Centella* reconoció en él al oso con quien había luchado en la vivienda del esquimal. Pero *Wapusk* era todavía más feroz que antes. La púa de un arpón esquimal había herido la carne de sus lomos, quedándosele dentro. Fue vano e inútil cuanto intentó por librarse de la molestia. La herida le obligaba a cojear y excitaba su ferocidad. De nuevo *Centella* oyó el amenazador gruñido en las fauces de su enemigo. *Centella* respondió con otro gruñido, y *Firefly* también gruñó, presa de terror y espanto.

Ya no era la hembra orgullosa y triunfante. Temblaba y, llena de presentimientos siniestros, apretaba su cuerpo contra el de *Centella*, en aquel momento su dueño, su protector, su esposo, enfrente de todo y contra todo.

Del mismo modo que *Centella* comprendió las desventajas de una batalla en campo abierto con aquel monstruo cuando lo vio por vez primera en la vivienda del esquimal, volvió a comprender la inutilidad de toda lucha en semejantes condiciones. No había alternativa. Una única esperanza les quedaba, y consistía en buscar la salvación yendo a buscar una retirada en la parte más estrecha de la hendedura. Empezó la retirada, pero sin entregarse al pánico. Haciendo signo a *Firefly*, logró que ésta le siguiera, y ambos comenzaron a correr alejándose del oso. Detrás de ellos oían las pisadas de *Wapusk*, que corría procurando darles alcance. La hendedura se estrechaba cada vez más y cada vez se hacía más escabrosa. Y luego, de repente, llegaron a la extremidad de la misma. Era como si hubieran estado corriendo por el interior de una botella gigantesca, y al fin hubieran llegado al fondo. Las tres paredes que formaban este fondo se levantaban unos treinta metros del suelo. *Centella* se hizo en seguida cargo de la situación. No estaba asustado, y, sin embargo, sabía que estaba de nuevo cara a cara con la muerte. Sus ojos buscaron una resquebrajadura, una grieta, una masa de hielo que le ampararan en la lucha que había de sostener en defensa propia y en defensa de *Firefly*. Al recorrer «el fondo de la botella» con la mirada, sus ojos vieron una sombra que le devolvió la esperanza. Corrió hacia aquella sombra con *Firefly* a su lado. La sombra era producida por un saliente en el muro de hielo, a unos dos metros de elevación con relación al suelo. Era un último refugio, una última esperanza.

Retrocediendo unos diez o quince metros para tomar carrera, cogió impulso y dio un salto que le permitió colocarse sobre el saliente de hielo. Ésa era la única manera de decir a *Firefly* lo que tenía que hacer, y una vez él en el saliente, aulló para invitar a *Firefly* a que se colocara a su lado antes de que fuera demasiado tarde. Las pisadas de *Wapusk* sobre el hielo sonaban cada vez más cercanas, y desesperadamente *Firefly* hizo el esfuerzo. Pero dio el salto demasiado corto, y chocando medio metro más abajo de lo necesario cayó exhalando un aullido de dolor y espanto. Probó por

segunda vez fortuna, y gracias a un esfuerzo todavía mayor, llegó esta segunda vez hasta el mismo borde del saliente, de tal modo que durante un par de segundos estuvo forcejeando para sostenerse; pero concluyó por resbalar de nuevo y *Centella* hubo de lanzar un gruñido de rabia y pena, porque vio el enorme cuerpo de *Wapusk* precipitándose sobre la pobre perra escocesa. *Centella* se preparó entonces a saltar sobre *Wapusk*. Veinte segundos más tarde y la terrible lucha hubiera dado principio. Pero, en aquel trance supremo, el miedo y la visión cercana de la muerte puso en los músculos de *Firefly* la fuerza que hasta entonces le había faltado, y realizando una última tentativa logró colocar sobre la saliente plataforma de hielo las dos terceras partes de su cuerpo, y *Centella*, entonces, agarrándola con la boca por su sedoso pelo, la ayudó con tal eficacia que esta vez logró verse en el saliente protector.

Un instante más tarde, y la demora le hubiese costado la vida, porque apenas *Firefly* logró colocarse al lado de *Centella*, una zarpa gigantesca golpeó con pasmosa fuerza el lugar en donde había estado el cuerpo de la linda perra escocesa. *Wapusk*, al verla fuera de su alcance, se alzó adelantando las manos para ver si la pillaba. *Centella* le arreó un mordisco en el hocico y el gruñido de dolor y cólera que dio *Wapusk* retumbó como un trueno en los espacios infinitos. Acurrucada sobre el saliente protector, *Firefly* contemplaba la valiente defensa de su esposo. En sus ojos brillaba la llama de un nuevo fuego. Perra de lujo y mimada, no sabía lo que era luchar. No obstante, por sus venas corría la brava sangre luchadora de los perros escoceses. De repente *Centella* representó para ella todo su mundo. Vio los monstruosos brazos blancos de *Wapusk* adelantarse amenazadores. Vio cómo uno de ellos golpeaba a *Centella*, y a éste gimiendo debajo de la temible zarpa, y, sin pensarlo, se lanzó como una exhalación contra aquella manaza. Sus dientes, agudos como navajas, se hundieron hasta las encías en la zarpa de *Wapusk*, y éste dio un gruñido de dolor intenso. Porque *Firefly*, mordiendo con furia loca, le había seccionado el tendón más delicado e importante de aquel cuerpo de setecientos u ochocientos kilos de peso.

Ensangrentado y medio aplastado, *Centella* retrocedió. *Firefly* saltó a su lado. Sus encías brillaban, hermosas como todas las partes de su cuerpo. Retiráronse *Centella* y *Firefly* al otro extremo del saliente, mientras *Wapusk* se rehacía y reincorporaba, y allí encontraron en el hielo una grieta de poco más de un metro de ancho. *Centella* hizo que *Firefly* penetrara antes que él, y *Wapusk* llegó a la entrada de la grieta cuando *Centella* estaba ya unos tres metros más adentro. La grieta se estrechaba cada vez más. Se estrechaba tan rápidamente que, unos seis metros más adentro, el gran cuerpo de *Wapusk* no podía pasar, y el oso, en su despecho, hizo temblar con sus gruñidos las paredes de aquel estrecho callejón. *Firefly* continuó remontando el estrecho pasillo, y *Centella* la siguió hasta que, al fin, ambos llegaron a la gran meseta de hielo que se extendía al extremo de aquella estrecha cuesta. Estaban a buena altura sobre el mar y

sobre la blanca llanura. En el otro extremo del helero estaba la pendiente hacia las áridas soledades. Alrededor de *Centella* y *Firefly* el mundo parecía inmensamente bello, iluminado por el glorioso resplandor de la luna y de las estrellas, y con un aullido, que hubiera podido ser una plegaria de gratitud y acción de gracias, *Centella* se tumbó sobre su vientre al borde de aquella pendiente de hielo, y contempló la bella inmensidad que se extendía delante de él. Había dejado un rastro de sangre tras de sí. Y continuaba sangrando. *Firefly* husmeó la sangre y púsose a temblar, porque con el alma canina que Dios le había dado, la pobrecilla comprendió. Y se aproximó a su compañero, echándose al lado de él, con su cálido y suave cuerpo bien arrimado al de *Centella*. En su garganta temblaba un débil aullido de comprensión, simpatía y promesa. Con gran ternura y cuidado comenzó a lamer la herida de *Centella*.

Y *Centella*, con la mirada siempre fija en la inmensidad cubierta de nieve y hielo, no vio ya la soledad, y el vacío, y la fría desolación de su mundo. Porque después de varias generaciones de lobos, su herencia perruna había resurgido dentro de él potente y avasalladora. El espíritu de *Scaguen*, el gran danés, había triunfado al fin. El milagro estaba ya realizado y su mundo ya no era lo que había sido.

Capítulo 6

Centella responde a la llanada

Más poderosos que todas las fuerzas de la Naturaleza, más poderosos que las olas y las tempestades son los hielos. Tienen ellos también su misión en la Tierra. En los siglos pasados han ido formándose y creciendo sobre la superficie de las regiones polares, fabricando un lugar habitable para el hombre. Han socavado sus lagos y sus ríos; han apretado y prensado y dispuesto los estratos de las capas terrestres; han cambiado de un modo radical el curso de las aguas, y han representado a maravilla el papel que se les distribuyó en el bello y complicado espectáculo de la creación. Mas, en los momentos a que nos referimos, después de haber cumplido admirablemente su misión, comenzaban a rendir su tributo a la muerte.

En el extremo del Océano Ártico, la misión de los hielos se reducía a pagar todos los años al océano la contribución de millones de carámbanos. Desde tiempos inmemoriales el Ussisooi, llamado también el Ice Chisel, era una enorme montaña de hielo, que se movía lentamente y que libraba de tarde en tarde alguno de sus secretos al mundo, dejando descubrir en sus entrañas, al disgregarse, los enormes esqueletos de los mastodontes.

La ladera del Ussisooi que daba al mar estaba resquebrajada y agrietada, llena de cavernas y de hendeduras; durante las tormentas veraniegas las mareas chocaban contra él con voz de trueno, y las hendeduras acababan de rajarse con terribles detonaciones, lanzando al mar algún témpano flotante.

Pero por la parte que miraba a la tierra, el Ussisooi era llano en su cima, como una meseta.

Aquella noche, el inmenso depósito de hielo relucía majestuoso a la luz de la luna invernal y de las estrellas. La aurora se había desvanecido. En el cénit brillaba el resplandor rojizo de las noches polares, como un reflejo sangriento de los inmensos desiertos de hielo. La temperatura se había elevado, no estando ya el termómetro sino a unos veinte grados Fahrenheit por debajo del cero.

En el centro de la meseta de hielo, *Centella*, el lobo con sangre de perro, conductor, hasta entonces, de los lobos blancos, y el más formidable de todos los lobos árticos, manteníase en pie. Y al lado de él, con su hermoso cuerpo de un rubio dorado, resplandeciendo a la luz de la luna y de las estrellas, estaba *Firefly*, la perra escocesa que había vagado por los desiertos de hielo después de haber abandonado el barco detenido por los hielos. Durante algunas horas el milagro había continuado operando su decisiva influencia en la sangre de *Centella*, sin cesar ni un instante de operar, desde el momento mismo en que *Centella* había comenzado a seguir el rastro de la perra escocesa, y había luego buscado con ella el lugar oportuno para luchar con *Wapusk*, el oso blanco. Las heridas de *Centella* ya no sangraban; ya no le quemaban

ni dolían, porque, al fin, el alma de *Scaguen*, el gran danés, se había encarnado dentro de su cuerpo, y su corazón no le latía más que para hacerle sentir la felicidad de sus desposorios. Dentro de él, después de varias generaciones, las gotas de sangre de perro habían vencido a la sangre de lobo. En la cima del Ussisooi, *Centella* sintió los latidos de una nueva vida. Esta nueva vida bullía dentro de su gran cuerpo gris; gris, mientras el de los demás lobos polares era blanco. Los nuevos latidos de su corazón le calentaban la sangre, y en sus ojos brillaba un nuevo fuego. Y *Firefly* le aullaba dulcemente, sin darse gran cuenta de lo que pasaba por su alma, pero comprendiendo que había hallado, por fin, al compañero de su vida en aquel mundo helado.

Centella respondió a los afectuosos aullidos, tocando cariñosamente con su hocico el sedoso pelo de *Firefly*. Y luego sondeó de nuevo, con la mirada, las inmensidades heladas, desde la agonizante montaña de hielo. Del lado del mar se extendían los inacabables campos de hielo. Del lado de la tierra se extendían las blancas llanuras no cortadas sino por las escasas sinuosidades que rompían de vez en cuando la mortal monotonía de la nieve. Desde que nació, hacía unos tres años, *Centella* no había conocido más mundo que aquél. Había vivido en él, luchado en él, se había desarrollado en él, hasta adquirir el gran tamaño y la fuerza de que tan orgulloso podía estar; pero siempre había sentido el estímulo y la atracción de algo que él nunca había visto, y que no sabía a ciencia cierta en qué consistía. Eran los efectos de su herencia de *Scaguen*, el perro servidor del hombre blanco, su antepasado.

Y era también una perra, servidora del hombre, o mejor dicho, servidora de una mujer, la que estaba a su lado aquella noche, en la cima del Ussisooi. Alerta y esbelta, con la belleza y la esbeltez de un ejemplar de lujo, *Firefly* era la perfecta encarnación de los ensueños y anhelos que habían distinguido a *Centella* de todos sus hermanos los demás lobos polares. Los recuerdos de *Firefly* se conservaban perfectamente frescos y vivos en su memoria. No hacía tanto tiempo, en realidad, que la suave y blanca mano de una dama la había acariciado millares de kilómetros más al Sur; la mano de una dama en cuyo rostro se retrataba a la vez la pena y el orgullo, el dolor y el amor, el día en que ella entregó a *Firefly* al amo que partió con la perra a bordo del ingente buque. Luego la perra había ido con su amo al mundo vacío y helado de las regiones boreales; y el hombre la había llamado, desde el momento de la separación, *Firefly*, porque éste era el nombre favorito de la mujer. Mas luego el amo murió, y a unos cuantos centenares de metros de la costa se levantaba el túmulo de piedras bajo el cual descansaban los restos del infortunado. La mujer, el ama que la perra escocesa había adorado, estaba a miles de kilómetros de distancia, esperando, soñando y rezando, sin saber una palabra de lo ocurrido. *Firefly* se acordaba siempre de la mujer con profundo cariño. Estaba convencida de que vivía, acordábase también de ella, pensaba en ella, pero no sabía dónde estaba. Únicamente comprendía que tenía que

haber quedado atrás, muy lejos. Y con relación al amo comprendía que estaba muerto, que no volvería a salir más de debajo del túmulo en donde había quedado enterrado, que ella no volvería a oír nunca más el tono de su voz. Debajo de aquellas piedras todo el mundo de *Firefly* había quedado sepultado y roto. Muchas veces se había echado *Firefly* delante de aquellas piedras, pasando allí horas y horas entregada a su dolor y a su soledad. Cada vez con más y más frecuencia, había salido del buque para ir a colocarse delante del túmulo que cubría la sepultura de su amo. Y luego la misteriosa mano del destino que rige la vida de las bestias la había impulsado a remontar la costa, buscando, buscando..., ¡llena de extrañas esperanzas! Y *Centella* había acertado a encontrar su pista, y se había puesto a seguirla, iluminada también el alma de una nueva esperanza. Y ella y él se habían encontrado, y juntos habían luchado con *Wapusk*, el oso blanco, y por fin estaban reunidos en la cima del Ussisooi, llenos de calor y de la vital alegría que da el compañerismo.

No obstante, a pesar de su felicidad, *Firefly* tenía miedo. Menos de dos horas hacía que habían luchado con *Wapusk* a la orilla del mar, y habían escapado a la muerte encaramándose al Ussisooi, por una estrecha hendedura practicada en el hielo. Temblaba *Firefly*, mientras permanecía al lado de *Centella*. En el dulce aullido de su voz había interrogación e incertidumbre. Los suaves sonidos que salían de su garganta tenían la virtud de poner todos los músculos de *Centella* en tensión. Las regiones polares constituían para *Centella* todo su mundo. Él lo sabía. Él sabía que, para él, vivir era lo mismo que luchar. Durante toda su vida no había hecho otra cosa que luchar y matar. Y necesitaba volver a luchar con algo. El deseo le quemaba la sangre. Este deseo era en él más vivo a causa de la bella compañera que estaba con él. En la irresistible exuberancia de aquellas horas de su luna de miel necesitaba exhibir y demostrar su empuje, su valor y su fuerza. Y en el mundo en que vivía no había para él mejor modo de exhibirse que luchando, venciendo y matando. No había quedado satisfecho con su lucha a la defensiva sostenida con *Wapusk*. Así, pues, se apartó unos pasos de *Firefly*, con su cabeza erguida, con sus pelos erizados, su paso airoso y gallardo.

«Mírame. *Firefly*», parecía decir. «No tengo miedo de nada en la Tierra: ni siquiera temo a *Wapusk*. Puedo vencer a cualquier lobo, y corro más de prisa y durante más tiempo que ningún otro individuo de mi raza. Si quieres, retrocederé para volver a encontrar a *Wapusk*, con el fin de luchar con él y vencerle».

Y *Firefly* le miraba. La salvaje y magnífica belleza de aquella bestia, que hacía ostentación de su fuerza delante de ella, la fascinaba. Corrió hacia él, y exhaló unos aullidos de aprobación.

La sangre circulaba con tal presión por las venas de *Centella* que parecía iba a concluir por buscar salida a través de los poros. ¿Por qué no se le presentaría alguna aventura? Volvió a la hendedura que les había facilitado la ascensión a la cima del

Ussisooi y allí dio algunos aullidos. Pero *Wapusk*, en aquellos momentos, estaba empeñado en otra contienda. Desde el borde de la hendedura *Centella* y *Firefly* oyeron una gran baraúnda: ladridos de perros y gritos humanos mezclados con los gruñidos espantosos de *Wapusk*. Durante uno o dos minutos *Centella* escuchó. Dobló luego las orejas hacia atrás, e inició un trote aullando para rogar a *Firefly* que le siguiera. Habían cubierto doscientos o trescientos metros cuando la superficie del Ussisooi comenzó a descender hacia el mar. *Centella* bajó por la pendiente, tomando más precauciones hasta llegar al borde de un precipicio de unos quince o veinte metros. *Firefly* se pegó a su costado y ambos animales dirigieron sus miradas al fondo del precipicio.

Debajo de ellos se desarrollaba una gran batalla a la luz de las estrellas. Pudieron distinguir perfectamente a los luchadores: el enorme cuerpo blanco de *Wapusk*, una docena de perros, y las sombras de los esquimales moviéndose rápidamente. Instintivamente, olvidándose de sus deseos de aprovechar cualquier oportunidad que le permitiera mostrar su valor, *Centella* se agazapó sobre su vientre. *Firefly*, en cambio, permaneció en pie, con su silueta destacándose claramente del fondo tenuemente iluminado del cielo. Lo que veía había paralizado en ella todo movimiento. Había allí tres hombres, y los tres vociferaban y gritaban, yendo de aquí para allá, entre su jauría de perros feroces, y agitando en el aire sus arpones de relucientes puntas. *Wapusk*, con la montaña de hielo detrás de él, se defendía como un monstruo. Había rechazado ya a un perro, sacándole los intestinos de un zarpazo. Otro perro yacía por tierra con unas cuantas vértebras y costillas rotas. Y mientras *Centella* y *Firefly* contemplaban la lucha, *Wapusk* alcanzó a un tercer perro y lo aplastó lo mismo que un gigante hubiera podido aplastar a un niño. A *Firefly* se le heló de espanto la sangre en las venas al oír el aullido de agonía del perro derribado. En aquel mismo instante uno de los esquimales dio un salto y hundió su arpón en el pecho de *Wapusk*. Dando un feroz gruñido se inclinó *Wapusk* hacia su enemigo, y en aquel mismo instante otro esquimal se acercó a él asestándole otro golpe todavía más certero. *Wapusk* vaciló unos segundos, y los nueve perros que quedaban aprovecharon la vacilación de su enemigo para lanzarse todos juntos sobre él, en el mismo momento en que un tercer cazador se acercó tanto a *Wapusk* que casi le tocó la piel con las manos al hundirle con feroz saña el tercer arpón en el cuerpo.

Todavía, a pesar de tan graves heridas, se levantó *Wapusk* sobre sus patas traseras, tratando de acometer a los perros. Ya no gruñía. No habiendo hecho durante toda su vida otra cosa que matar y vagar por los desiertos helados alimentándose de toda clase de carne, incluso de carne humana, le había llegado, por fin, el momento de pagar sus culpas. Los esquimales se le acercaron de nuevo provistos de nuevos arpones, mientras *Wapusk* se defendía golpeando ciega y débilmente. Y llegó el instante en que ya ni siquiera tuvo fuerza para rechazar a los perros. *Wapusk*,

entonces, rodó por tierra. Los gruñidos de dolor y agonía fueron apagándose en sus fauces, y los cazadores, usando los arpones a guisa de estacas, ahuyentaron a los perros a estacazos. *Wapusk* había dejado de existir.

Durante esta espantosa lucha, *Firefly* apenas se había atrevido a respirar. Dentro de ella las visiones y los recuerdos de otro mundo más grato se desvanecían ante las truculentas realidades que presenciaba. Ni siquiera a bordo del buque le habían faltado nunca a ella la protección ni los mimos. Pero en aquellos momentos contemplaba la muerte bajo la luna y las estrellas, y olía el olor de la sangre roja y caliente. Este olor se hizo más penetrante cuando los tres esquimales se pusieron a descuartizar con sus cuchillos el cuerpo de *Wapusk*, antes de que el calor desapareciera de los tejidos y de las vísceras. Comenzaron por quitarle la piel, amontonando la carne, después de bien cortada, y echando las partes menos delicadas a los perros, como premio de su colaboración. Después de un rato, uno de los esquimales levantó la vista y vio a *Firefly* destacándose su silueta sobre el azul del cielo. En su excitación, ni siquiera los perros habían notado su presencia. El cazador balanceó su cuerpo y arrojó un arpón con la fuerza de una flecha. El arpón fue a clavarse en el hielo a unos treinta centímetros del sitio en donde se encontraba *Firefly*. Un poquito más de fuerza y el arpón hubiera atravesado el cuerpo de la perra escocesa. Este suceso despertó en *Firefly* el sentido del peligro, y el prudente animal retrocedió. En el mismo instante *Centella* se reunió con *Firefly*, y la condujo al trote lejos del lugar donde se había desarrollado la truculenta escena que acababan de presenciar.

Tal escena, sin embargo, distaba mucho de ser una tragedia para *Centella*. Para él, aquello no había sido sino una contienda, el más común y frecuente de los acontecimientos. No sentía él las emociones que conmovían a *Firefly*, porque no estaba temeroso ni asombrado como ella. Estaba pura y simplemente descorazonado. Había presenciado una lucha, precisamente lo que él había estado ambicionando, y no había podido tomar parte en ella. Esto era lo que más le disgustaba de todo lo referente a la muerte de *Wapusk*. Cuando dejaron la parte del Ussisooi que daba al mar, muy lejos detrás de ellos, volvió a calentarse la cabeza con el deseo de dar a su espléndida compañera alguna prueba del valor que le animaba. Para presentar las cosas tal cual eran, diremos que *Centella*, por primera vez en su vida, se sentía dominado por el vanidoso prurito de exhibir sus méritos. Así como el vino excita el cerebro, así la dicha había excitado en él la vanidad, y esta vanidad había tomado la forma de un vehemente deseo de exhibir su valor.

Imbuido de tales sentimientos condujo a *Firefly* a la extremidad del Ussisooi que se inclinaba del lado de la tierra. Por este lado la montaña de hielo conducía en suave pendiente a las inmensas llanuras heladas. En cualquiera otra ocasión hubiera tomado más precauciones para bajar la pendiente que conducía al inmenso llano blanco; pero

en aquel momento *Centella* era una especie de diablo desdeñando todos los peligros, y avanzaba con la confianza de quien cree que el destino no puede jugarle ninguna mala pasada. A *Firefly* no le parecía que aquella pendiente coruscante pudiera ocultar ningún peligro. Nada había para ella en la pendiente que pudiera justificar la alarma. Al mirarla a la luz de la luna y de las estrellas le pareció muy fácil de descender.

Y no obstante, el accidente ocurrió. *Centella* dio un resbalón. Toda la parte anterior de su cuerpo se precipitó sobre sus patas delanteras y durante algunos segundos se mantuvo firme únicamente gracias a los desesperados esfuerzos que hizo con sus patas posteriores. Luego fue resbalando poco a poco, y sin poder frenar inició una humillante caída ante los ojos asombrados de *Firefly*. Durante unos diez o doce metros resbaló lo mismo que un trineo. Después tropezó con un trozo de hielo que se movió bajo su peso; perdió entonces el equilibrio, y desde aquel instante ya no pudo darse cuenta de lo que le ocurría. Lo último y lo primero que vio fue a *Firefly* mirándole extrañada desde la parte alta del Ussisooi. Durante un centenar, o más, de metros, fue dando tumbos y volteretas cada vez con más velocidad a medida que el hielo se le presentaba más inclinado y resbaladizo. Cuando llegó al final de la pendiente parecía un monigote apaleado, hasta el punto de haber perdido la forma. Púsose en pie con dificultad. Tenía todo el cuerpo magullado. En el estómago, todos los jugos se le habían revuelto. Pero no había quedado ciego, y lo que vio le devolvió en seguida el sentido de la realidad. El resbalón le había hecho caer en medio de un grupo de enormes liebres blancas. Las enormes criaturas habían quedado sin movimiento, como paralizadas por el terror que les había producido la rápida e inopinada presencia de *Centella*. Quizá creyeron que era un témpano de hielo que se desprendía. Antes de que las liebres tuvieran tiempo de darse cuenta de que era un lobo lo que había caído como un bólido entre ellas, *Centella* ya tenía uno de los pobres animales entre sus dientes. Lo mató, y echándose luego sobre el vientre, cogió a la liebre entre sus patas delanteras y respiró para reponer sus fuerzas.

Había capturado a la liebre instintivamente. Fue un fenómeno producido como si el cuerpo de *Centella*, educado para la caza, hubiese respondido en sus movimientos al impulso de algún resorte, lo mismo que una máquina. Una vez el cerebro de *Centella* comenzó a despejarse, nuestro lobo paró mientes en la liebre que tenía entre sus patas. Lo primero en que pensó fue en llevar la liebre a *Firefly*, como una compensación a su ridícula caída. Su orgullo y su dignidad habían recibido un duro golpe; pero fue recuperando su presencia de espíritu a medida que el dolor de la caída fue desapareciendo y pudo contemplar con más tranquilidad la magnífica liebre que había cazado. Tomó la determinación de volver con aquella presa a *Firefly*, para ofrecérsela. Y le daría a entender que, para apoderarse de la liebre, había tenido que dejarse caer de aquel modo tan aparatoso y ridículo por la pendiente del Ussisooi. Trotó en dirección de la helada pendiente, y al llegar allí se detuvo de pronto. De

nuevo todos sus planes fueron por tierra. Oyó unos sonidos que le llenaron de sobresalto.

Dejó caer la liebre al suelo y permaneció un rato inmóvil como una estatua de hielo. Oía a *Firefly*, sin verla. Oyó sus aullidos de terror, y a los pocos segundos la vio resbalando como una pelota, lo mismo que él había resbalado y caído por la pendiente. Cuando *Firefly* llegó abajo. *Centella* cogió la liebre con los dientes y trotó para ofrecérsela a la perra escocesa. *Firefly* estaba ya de pie, describiendo torpemente amplios círculos en el suelo.

Centella corrió a ponerse en la parte exterior de estos círculos. «Mira, *Firefly* — parecía querer decir— esta liebre es lo que me decidió a tirarme por la pendiente. La he cazado para ti».

Mientras *Firefly* fijaba la mirada en él, él se le acercó dando saltos y cabriolas. El minuto siguiente fue el minuto más trabajoso de su vida. Sin obedecer a otras consideraciones más que a sus impulsos de momento, *Firefly* se lanzó contra él con toda la irreflexión y todo el atrevimiento propios de su sexo. Fueron treinta segundos durante los cuales *Centella* recibió la sensación de que le descuartizaban. No obstante, salió de la acometida sin recibir gran daño. Es verdad que sintió que le arrancaban mechones de pelo; pero los mordiscos de *Firefly* no pasaban de la superficie, y así, tan pronto como a *Firefly* le pasó el arrechucho, *Centella* sintió lo mismo que si le hubieran dado una paliza, pero sin haber salido herido. *Centella* no hizo nada para rechazar el inmotivado ataque. En su asombro y desconcierto ni siquiera había abierto la boca dejando caer la liebre. Al cabo de los treinta segundos que duró el ataque, *Firefly* comprendió la injusticia de su arrebató precisamente a causa de la mansedumbre y paciencia de *Centella*. Retrocedió unos pasos, y le miró. *Centella*, con la gran liebre siempre entre sus dientes, miraba a *Firefly* sin rencor. Los gruñidos de *Firefly* fueron apagándose en su garganta. Miró en frente de ella, y volvió a mirar luego a *Centella*. Éste continuaba mirándola dispuesto a reconciliarse. La perra se dignó menear un poco su hermosa cola. Luego, de repente, corrió hacia el lobo y le colocó el hocico en su cuello. Con un aullido de alegría *Centella* dejó caer su ofrecimiento a los pies de *Firefly*. Y en seguida, olvidando lo que había ocurrido, se comieron la liebre, juntos y en buena compañía.

Durante las primeras horas de su unión, *Centella* y *Firefly* vagaron sin rumbo ni método. Únicamente cuando comenzó *Firefly* a cansarse de corretear, empezó a fijarse en su mente una idea determinada. *Firefly* había seguido a *Centella*, sin querer, no obstante, internarse excesivamente por los desiertos helados. Las inmensas llanuras la aterraban y dondequiera que se detenía no dirigía sus miradas hacia el lado del mar, sino hacia el Sur, hacia las regiones de la vegetación y del sol, del calor, de la luz y de la abundancia. Las regiones en donde habían quedado su hogar, su casa. Pero el cansancio la hacía pensar más bien en lo más próximo: la tumba de su amo y

el buque.

Apenas hubo *Firefly* dado algunos pasos en dirección del túmulo y del buque, cuando *Centella* comprendió el peligro que para ellos entrañaba la resolución de su linda compañera. El instinto le advirtió que en aquella dirección les amenazaba un peligro no menos serio que el que para ellos había representado antes la presencia de *Wapusk*, el enorme oso blanco. No obstante, no era el peligro lo que le hacía odiar aquella dirección, sino la posibilidad de perder a *Firefly*, si a ésta le entraban deseos de volver al buque. *Firefly*, en cambio, consideraba la situación desde muy distinto punto de vista. Había en el buque muchas cosas que ella abominaba, y estas cosas se habían vuelto mucho más aborrecibles después de la muerte de su amo. Lo más aborrecible del buque era la jauría de perros esquimales. Pero, durante muchos meses, el buque le había servido de refugio y de hogar. Allí había alimento y calor, una buena yacija y horas descansadas durante las cuales nada le impedía dormir. Y, por añadidura, no veía *Firefly* que hubiese razón alguna que impidiese a *Centella* acompañarla en su vuelta al buque. No tenía la intención de abandonar a *Centella* y en sus femeninos medios de persuasión, a veces, cuando *Centella* quedábase algo rezagado, le aullaba llamándole con mimo hasta que *Centella* se decidía a continuar marchando al lado de ella. Otras veces, en vez de llamarle, zalamera, alejábase fingiendo indiferencia, para hacer sentir a su compañero la amenaza del abandono. Temeroso entonces *Centella* de quedarse solo, pegaba una carrera loca para dar alcance a *Firefly*.

De esta manera llegaron por fin, otra vez, frente a la tumba de John Braine, y allí *Firefly* se acostó en uno de los huecos formados por su mismo cuerpo en anteriores ocasiones. De su garganta salía un aullido lastimero y ahogado. Muchas veces había llamado a su amo, rogándole con aullidos que saliera de debajo de aquel montón de piedras, hasta que, al fin, había logrado entender que su amo estaba muerto. Para ella la muerte era una cosa misteriosa e intangible. Había tardado mucho en comprenderla; pero al fin la había comprendido. Comprendía que su amo ya no se levantaría, ya no saldría jamás de debajo de aquel túmulo; que las rocas y las piedras que los hombres habían amontonado sobre él le mantendrían allí prisionero hasta la consumación de los siglos, y en sus aullidos había la desesperada pena de tal convicción. Tal vez no haya lenguaje entre los animales; pero hay entre ellos buena inteligencia, y *Centella* comprendió lo que aquel montón de piedras significaba. Aquellas piedras estaban también asociadas, como el buque, a la vida, a la suerte y al destino de *Firefly*. Y la milagrosa inteligencia de las bestias le hizo comprender a él que aquellas piedras ocultaban la muerte.

Se echó al lado de *Firefly*. Le pareció que *Firefly* escuchaba, como si esperara oír alguna voz que hubiera de salir desde el interior de la tumba, y también él escuchó. Durante muchos minutos *Firefly* permaneció vigilante y en silencio. Se levantó luego

y trotó en dirección al mar. *Centella* la siguió un trecho, deteniéndose luego. *Firefly* le invitó a continuar siguiéndola. Ya no era el antiguo *Centella*, porque ni alzaba la cabeza con arrogancia, ni adoptaba ninguna de las actitudes gallardas de antes. *Firefly* regresaba al buque y esto le tenía mohíno. *Firefly* le abandonaba. Incapaz de razonar, la inminencia del abandono le ocasionaba una tristeza y un abatimiento que no tenía fuerzas para contrarrestar. Por fin *Centella* se detuvo a una distancia desde la cual podía sentir perfectamente el olor del buque. Oyó las voces de los hombres, y percibió el olor de los perros. Haciendo un esfuerzo para expresarse, trató de dar a comprender a *Firefly* que le era imposible seguir adelante, so pena de muerte. No obstante, *Firefly* no comprendió la nota de desesperación que *Centella* puso en sus aullidos. Y le rogó la siguiera. Tres veces trotó enfrente de él, y tres veces volvió a recogerle en donde le había dejado, inmóvil y plantado como una estatua de nieve, echado en el suelo, con la cabeza entre sus patas delanteras. Luego, por cuarta vez, se separó de él y ya no volvió más.

Y *Centella* esperó y esperó hasta que su cuerpo quedó rígido y congelado por el frío y la inmovilidad. Cuando perdió la última partícula de esperanza, se levantó y volvió a andar en dirección de la costa. Veíase de nuevo reintegrado a su antiguo mundo. La belleza de la noche había desaparecido. Una vez más la noche no era sino un oscuro y vacío caos de desdicha, un vasto, inacabable espacio, lleno de locura y de soledad. Nunca había pesado esta soledad sobre él como un peso físico, más que en aquellos instantes. Gracias a que *Centella* carecía de la facultad de razonar, su desgracia era más llevadera. No obstante, su vida era negra, desesperadamente negra.

Volvió a la tumba de John Braine, y se echó en el lugar mismo en donde había estado echada la perra escocesa. Sentíase cansado; sin embargo, al lado de *Firefly* no hubiera sentido el cansancio. Durante varias horas había caminado sin descanso, hasta llegar a encontrar a la perra escocesa, y después había vagado y viajado mucho con ella. Durante más de veinticuatro horas seguidas sus infatigables músculos habían trabajado sin darse un minuto de reposo. Lentamente el sueño del cansancio fue rindiéndole. Luchó, sin embargo, contra el sueño. No quería dormirse. Quería permanecer despierto y vigilante, a fin de ver a *Firefly*, en caso de que se decidiese a volver. Doce veces se levantó antes de caer finalmente rendido al sueño. Durmió inquieto y su sueño se vio turbado por numerosas pesadillas. De nuevo creía estar a la cabeza de su gran manada de lobos blancos, persiguiendo al rebaño de los renos de Olee John; de nuevo creyó estar frente a la cabaña que se levantaba al borde de la cañada, y de nuevo creyó estar corriendo con el viento, a la luz de la luna y de las estrellas, y después de esto, creyó estar en medio de las tinieblas y de los horrores de una tempestad. En imágenes fragmentarias los sucesos que le habían ocurrido volvían a surcar las circunvoluciones de su cerebro. Las vio y las sintió. Si John Braine hubiese podido salir de su tumba hubiera presenciado los mayores lamentos de

soledad que hubiera podido haber oído en toda su vida. Porque aun en sueños lloraba *Centella* la desdicha de su soledad y su desolación.

Durmió durante varias horas. Cuando se despertó, las tinieblas más espesas envolvían la superficie de la Tierra. Las estrellas se habían apagado. La aurora se había extinguido. El rojizo resplandor del cielo había desaparecido. Alrededor del túmulo de piedras dejaba oír el viento plañideros sonidos, como si el alma de la mujer que había quedado a miles de kilómetros de distancia se hubiese trasladado milagrosamente junto al túmulo de John Braine para llorar su muerte. Cuando *Centella* se despertó y se levantó, la presencia de aquel muerto era una especie de consuelo para él. Lejos de repelerle, le atraía. Se acercó todo cuanto pudo a las piedras del túmulo. Debajo de aquellas piedras yacía el ser que *Firefly* había amado. *Centella* aulló llamando a aquel ser oculto bajo el montón de piedras. Permaneció un rato con el cuerpo reclinado contra las piedras, escuchando, atisbando, sondeando con ojos brillantes la oscuridad, mientras el corazón le latía con fuerza y la sangre le quemaba las venas. Y en su fiebre sintió como si una mano fría e invisible saliera de aquel túmulo para tocarle con el afecto y el imperio de un amo. El tacto de aquella mano sofocó los efectos de la sangre lobuna, y *Centella* permaneció delante del túmulo, absolutamente convertido en un perro al servicio del hombre de raza blanca: Se sentó sobre sus ancas, levantó la cabeza y lanzó a los aires un aullido. Volvió a aullar y se levantó para alejarse de la tumba de John Braine y sumirse en la noche oscura.

Volvió de nuevo a describir anchos círculos en dirección del barco. El viento le azotaba la cabeza y el cuerpo con furia, con las partículas de hielo y viento que arrastraba, de tal modo que llegó a obscurecerle la visión y a suprimirle el olfato. Con aquel viento era inútil olfatear rastros, e imposible cazar. Sin embargo, aquella noche, aquel viento producía en *Centella* un efecto consolador. El instinto le decía que no corría peligro en acercarse al barco. Porque para los brutos no existe más peligro que el que puede verse con los ojos, oírse con los oídos, u olerse con el olfato. A unos seis metros del buque estaba, cuando divisó su silueta a través de las tinieblas de la noche.

Despacio, parándose con frecuencia para olfatear y escuchar, dio *Centella* algunas vueltas alrededor del buque, llegando hasta la rampa o puente de hielo que se levantaba desde la superficie del mar, permitiendo el paso hasta la cubierta del buque. Por este puente entraban en el barco y salían de él los hombres y las bestias que pertenecían al ballenero. Por aquel puente habían pasado los hombres, los perros y las pieles de las focas y las de los osos, junto con la carne producto de las cacerías, y el puente, por tal motivo, estaba impregnado de olores que la tempestad más violenta no hubiera tenido fuerza bastante para desvanecer. Estos olores hirieron el olfato de *Centella*, y produjeron en el alma de este animal, mitad perro, mitad lobo, una mutación mágica y prodigiosa. *Centella* sintió el deseo de subir al buque. Sintió el

deseo de penetrar en donde *Firefly* había penetrado. Sintió el deseo de trepar al pasadizo de hielo, lo mismo que antes había sentido el deseo de mirar al interior de la cabaña que se levantaba al borde de la cañada.

Y luego, cuando creyó que podía aventurarse a seguir algo más adelante, el viento cesó de repente, las nubes se disiparon y la luna hizo su aparición en todo su esplendor, rielando en el mar como un faro gigantesco. Y la silueta del barco se presentó súbitamente ante los ojos de *Centella* a tan poca distancia, que nuestro lobo no pudo evitar un estremecimiento de sorpresa.

Y con la súbita aparición de la luna vio, además, a muy pocos metros de distancia, la figura de un hombre que le miraba desde lo alto del pasadizo o puente de hielo. Era Bronson, conocido con el apodo de «Esquimal Blanco», porque de los cuarenta años que tenía había vivido veinte en el Polo. El esquimal reconoció al instante en *Centella*, a pesar de su color, al lobo. Y era el primer lobo gris que veía en las regiones polares. Bronson, por natural afición, y por instinto de cazador, se interesaba científicamente por todos los seres vivos de la creación. Al ver al lobo, retrocedió rápidamente; pero sin efectuar ningún movimiento que acreditase la precipitación del miedo. Se fue inmediatamente al lugar en donde tenía atados a los perros.

Centella oyó en su retirada el ruido del acero helado. El olor, lo mismo que el sonido, llegaban netamente perceptibles hasta él. Sentía a la vez el olor de los hombres y de los perros. Oyó el movimiento de estos últimos y el ruido de sus cadenas. Pero no corrió. No tenía miedo a los lobos ni a los perros, y en su interior empezaba a sentir las ganas de luchar con las odiosas bestias que estaban promoviendo todo aquel ruido. Su gran soledad y sus tristezas de algunos minutos antes se trocaron en un fuego intenso de animosidad y odio. Trotó despacio alejándose del buque unos doscientos metros. Se desvió luego a un lado, como suelen hacer los lobos, y esperó. Sabía que los enemigos se le acercaban. Oyó claramente el chocar de las uñas contra el hielo. Aparte el leve ruido de las pisadas, los perros de Bronson no producían otro sonido. Pero detrás de los perros oíase la voz de Bronson, azuzándolos, lanzándolos a la caza.

Centella dio la vuelta y se alejó corriendo sobre el hielo. No corría para escapar, sino para elegir el lugar de la batalla. Quería luchar en un campo elegido por él. Ni el reluciente hielo ni la dura nieve helada le agradaban, y corrió sin detenerse hasta encontrar un lugar cubierto por espesas capas de nieve esponjosa.

Bronson le iba al alcance con ocho de sus perros, adiestrados en guardar silencio y en morder y atacar sin hacer ruido. Estos perros no tardaron en percibir el olor de *Centella* y en comprender la seriedad del negocio a que su amo les invitaba.

En el borde de un montículo de nieve *Centella* aguardaba echado sobre su vientre. Cuando la jauría enemiga estaba a unos cinco o seis metros, *Centella* se lanzó, con la fuerza del rayo, sobre el primero de los perros, lo mismo que hubiera podido lanzarse

sobre un reno. Con el empuje de una masa de sesenta kilos fue a chocar contra un perro de unos cuarenta kilos, mordiéndole de tal modo que el mejor luchador de la jauría de Bronson apenas tuvo tiempo de exhalar más que un aullido de dolor cuando *Centella* le desarticuló las vértebras cervicales y le deshizo el cuello en la furia de su venganza. Así como la joven loba le había hecho luchar, mucho tiempo antes, con *Baloo*, así en aquella ocasión el recuerdo de *Firefly* encendía su sangre aumentando en él los deseos de destrozar y matar. En su salvaje modo de entender las cosas, presumía que aquellos perros formaban la manada a la que *Firefly* pertenecía, y que ellos eran los que se la habían secuestrado. No hacía en esto distinción entre individuo e individuo, antes bien, atribuía la responsabilidad a la manada entera, a la que suponía autora del despojo de sus derechos, y en su deseo de venganza se veía obligado a luchar como no había luchado aún en toda su vida. Veinte segundos después de haber dado muerte al primer perro, debatíase *Centella* en el centro de una caótica masa de seres que se revolvían, agitaban, mordían y atacaban como diablos. En vez de luchar como los lobos, los perros de Bronson se amontonaron encima de *Centella* como sobre un gato. La fuerza del número logró mantenerlo debajo; pero este mismo número, que en sí mismo era una contrariedad, representaba también, por otra parte, para *Centella*, una gran ventaja, porque no daba nuestro lobo tarascada que no causase alguna víctima. Sus mandíbulas se cebaban en patas que se rompían como cañas, sus afilados colmillos se hundían como cuchillos en los vientres de sus enemigos, que caían con las tripas afuera: se retorció y defendía con gran coraje, y cada dentellada que daba era una tremenda herida que abría en el cuerpo de alguno de sus enemigos. El ruido de la batalla llegaba hasta el buque. Bronson, armado con un arpón, se dirigía corriendo al lugar de la lucha. Por una de las ventanillas del buque salió un chorro de luz. Pronto se oyeron los ladridos de otros perros, y una veintena de bestias de refuerzo entró en combate.

Centella no pensó que todo el buque estaba pendiente del resultado de la refriega, porque ya no se acordaba del buque ni de sus tripulantes. Continuaba simplemente luchando con furia ciega debajo de una masa terrible de asaltantes. Ni veía, ni oía nada más que a los perros con quienes luchaba. Tenía encima de sí numerosos cuerpos enemigos, y él hundía ferozmente sus colmillos en la carne palpitante. Varias veces sintió también el agudo dolor de otros dientes y de otros colmillos que le rasgaban los costados, le laceraban la carne y se le hundían en el cuello. La nieve que cubría el suelo absorbía la sangre como una esponja, y del centro de toda aquella masa de cuerpos que se pisoteaban salía un vaho cálido de degollina y matanza. Otro de los perros de Bronson había hallado la muerte en la refriega y todos los demás estaban perniquebrados y maltrechos. *Centella* tenía a otro perro agarrado por el pecho, con los dientes, cuando la veintena de perros de refuerzo llegó al lugar de la batalla.

A aquellos perros les gustaba tanto la lucha como a los niños les gusta el juego, y no necesitaban ser azuzados. Hubieran luchado con sus propios hermanos, con sus mejores amigos, con todos los demás perros de su raza, y así, cuando se arrojaron sobre el montón de cuerpos que luchaban con *Centella*, el carácter de la lucha cambió por completo. Ellos no podían distinguir, en aquella confusión, al amigo del enemigo, y el primer perro de refuerzo clavó, por primera providencia, sus colmillos en el cuello de uno de los perros que estaban luchando. El segundo perro que llegó hizo lo mismo, y lo propio hizo también el tercero, de tal modo que medio minuto después aquello era una lucha caótica en que cada cual luchaba en defensa propia, asestando mordiscos a diestro y siniestro. En medio de aquella gran tremolina *Centella* oyó la voz del hombre. Era la voz de Bronson, que intentaba sujetar los perros a la obediencia, mientras se preparaba a lanzar el arpón. Otros hombres habían salido del buque, y cuando *Centella* pudo, por fin, escurrirse hacia la periferia de la informe y agitada masa, una docena de látigos chasqueaban por encima de aquellos cuerpos endemoniados. El extremo de uno de dichos látigos le hirió en la punta del hocico en el preciso instante en que él estaba tratando de zafarse de aquella gran baraúnda. Otro látigo restalló encima de él, segándole la piel del cuerpo en el instante mismo en que *Centella* lograba escabullirse por entre dos cuerpos, lanzándose precipitadamente a correr en la obscuridad de la noche. Durante algún tiempo continuó oyendo los gritos de los hombres y los chasquidos de los látigos. Pero cuando llegó delante del túmulo de John Braine y se sentó allí sobre las ancas, al gran tumulto había sucedido un gran silencio.

En medio de aquel silencio *Centella* se sentó y aguardó, y mientras aguardaba, la sangre le manaba de sus heridas cayendo sobre la nieve, coagulándose y helándose allí. Tenía el cuerpo magullado y no temía a ninguno de los seres con quienes había luchado, a pesar de lo cual no le acuciaba para nada el deseo de venganza. Sus sueños estaban rotos. La esperanza que los había alimentado se había desvanecido. Dos o tres veces rodeó el túmulo olfateando las pisadas de *Firefly* y los lugares en donde ella había dormido, después de lo cual dirigió sus miradas hacia el Sur. Muchas veces había sentido la atracción del Sur, sin que nunca se hubiera decidido a responder a la misteriosa llamada que le llegaba desde allá. Pero en aquellos instantes no estaba en él el fiero instinto de conductor de la manada, que hubiera podido retenerle en las regiones nórdicas. Únicamente la sangre de *Scaguen*, el gran danés, corría aquella noche, dominadora, por sus venas, y a través de las negruras de su pena y de su soledad, *Centella* vislumbró las extrañas visiones de otro país y otro mundo iluminados por el Sol. Y lentamente trotó en dirección al Sur. Dos veces durante los primeros doscientos o trescientos metros se detuvo y miró atrás. Mas luego miró adelante, y marchó ya sin volverse a detener hasta el lugar en donde *Firefly* se había separado de él para volver al buque. Pasó por allí mitad por casualidad, mitad por la

atracción que todavía ejercía en él aquel sitio, en donde la tempestad no había logrado borrar completamente las huellas de *Firefly*.

Centella aulló después de olfatearlas. Y volvió su cabeza y escuchó, mientras su corazón latía con una postrera esperanza; con la esperanza de la bestia que carece de razón. Había vencido ya, no obstante, la tentación de permanecer en aquellas regiones. Más fuerte que todo otro estímulo, sentía ya dentro de sí la llamada de los países tibios y soleados del Sur.

Trepó por la pendiente que se elevaba delante de él, y una vez arriba se detuvo en silencio una vez más, antes de continuar definitivamente su camino. Mientras miraba hacia el lugar en donde habían quedado, medio borradas por la tempestad, las delicadas huellas de *Firefly*, un ser viviente hizo su aparición a cierta distancia de él y se paró. Un rato, destacando su bella silueta del fondo débilmente iluminado que se extendía por la inmensidad sin límites. *Centella* no se movió; parecía haberse convertido, de repente, en una estatua de duro y frío hielo. La criatura que se le había aparecido a lo lejos fue acercándose despacio y majestuosamente. Aquel ser maravilloso no era una zorra, ni un lobo, ni un perro esquimal: era *Firefly*, la linda perra escocesa que tan honda impresión había hecho en el corazón y en el alma de *Centella*.

La luna y las estrellas se reflejaban en el hermoso pelo rubio de la perra, mientras ésta se acercaba, dando a su cuerpo la belleza encantadora de una visión. Cuando los dos animales volvieron a estar reunidos, *Firefly* colocó su hocico en la espaldilla de *Centella*, en señal de afectuoso saludo. Quizá si la perra hubiera podido hablar, habría contado que había tenido un sueño, y que la lucha de *Centella* y los perros la había despertado, añadiendo que, harta de aquel ambiente de inclemencia y lucha, estaba por fin dispuesta a seguir a *Centella* a donde quiera que éste deseara llevarla. *Centella* dejó escapar un amable aullido de su garganta, y al poco rato emprendía decididamente su marcha al Sur.

Y *Firefly*, rechazando las vacilaciones, púsose a trotar contenta y satisfecha a su lado.

Capítulo 7

El diluvio

Había llegado el recrudecimiento del frío, los días de impudente miedo, en que los más esforzados cazadores se quedaban encerrados dentro de sus viviendas subterráneas, como si temieran que el aire exterior contuviese algún veneno mortal; los días en que los esquimales se murmuraban uno al oído del otro: «Los tres están helados», refiriéndose al cielo, a la tierra y al aire. Los días en que hombres y mujeres pronunciaban ensalmos, y quemaban a sus dioses mechones de pelo en la llama de las lámparas de aceite de foca, a fin de que las divinidades se dignasen salvar la vida a los amigos a quienes hubiese sobrecogido tan terrible frío.

Porque aquel aire helado era más terrible y traidor que el más mortífero veneno. Un termómetro quizá no hubiera señalado el peligro, porque los hombres no mueren siempre necesariamente a la temperatura de cincuenta o sesenta grados bajo cero, y los termómetros no registran los increíbles fenómenos de los fríos árticos. El aire estaba completamente seco, y tan quieto que si alguien se hubiese atrevido a mojar un dedo poniéndolo después en contacto con el aire, este dedo se le habría helado simultáneamente desde la punta a la base. Aquel silencio tan completo permitía a todos los sonidos viajar de un modo insólito. Para el oído, los kilómetros se convertían en hectómetros o decámetros. El ruido producido por un reno al andar sobre la nieve helada podía oírse a un par de kilómetros de distancia; la tos de un hombre también podía oírse, igual que las pisadas de un reno. El horizonte parecía haberse encerrado dentro de una bóveda de resonancia. Hubiérase podido oír perfectamente, a poco menos de un kilómetro, una conversación sostenida en voz natural. Un tiro se hubiera oído a quince o veinte kilómetros.

La noche polar marchaba hacia sus postrimerías. Era noche y no era noche. No había sol, ni luz diurna. La Tierra tenía que dar todavía muchas vueltas antes de que el sol se levantara sobre el horizonte en las regiones árticas. Pero el cielo boreal estaba cubierto de estrellas, y en él lucía la luna, iluminándolo todo de un modo fantástico. Hubiérase podido leer perfectamente al resplandor de la clara bóveda celeste.

Pero bajo aquella claridad ningún ser humano podía vivir. Los esquimales, después de tapar perfectamente todas las rendijas de la entrada de sus túneles, permanecían encerrados en sus viviendas subterráneas. En el interior de estas viviendas ardían las lámparas alimentadas con aceite de foca, y los esquimales comían —cuando no carecían de provisiones— y aguardaban elevando plegarias y votos a sus divinidades mitológicas, a fin de que los que faltaban pudiesen volver sanos y salvos. Porque faltaban muchos esquimales de sus viviendas. El recrudecimiento del frío se había presentado inopinadamente, como un pájaro. A

muchos cazadores los había pillado fuera de casa. Estos cazadores se habían construido refugios, socavándose cavernas en la nieve helada. Los que estaban en las cercanías del mar se construyeron refugios con carámbanos, y unos y otros se sepultaban materialmente, en vida, dentro de estos refugios, tapando cuidadosamente con nieve todos los orificios y rendijas. Todo con el fin de salvar los pulmones. Porque eran los pulmones lo que primero sucumbía al frío, y nadie sabía que los había perdido hasta el instante mismo en que ya se sentía morir. Aquel frío extraordinario hería de un modo insidioso y terrible: insidioso, porque nadie sentía la herida sino bastante tiempo después de recibida, y terrible, porque el herido concluía por echar indefectiblemente sus pulmones, a trozos, por la boca, entre borbotones de sangre negra.

Bajo aquel frío intensísimo, las bestias todavía podían vivir y viajar, porque la Naturaleza las ha dotado de medios de defensa de que el hombre carece. Así, el gorrión no se muere en las noches más frías del invierno porque su corazón late tres veces más aprisa que el del hombre. La sangre de una golondrina es tan caliente, que su temperatura en las venas de un hombre significaría fiebre y muerte. Los renos y los toros lanudos, las zorras y los lobos, los grandes búhos y las enormes liebres blancas continuaban realizando sus correrías en busca de alimento, sin temor al frío, porque los pulmones de todos estos animales están doblemente protegidos. La sangre de la zorra ártica y del lobo tiene seis grados más de temperatura que la sangre de los esquimales, que temen la congestión pulmonar ocasionada por el frío, y la sangre de los búhos tiene todavía un par de grados más que la sangre de las zorras y de los lobos. En las venas de los renos y de los toros lanudos la sangre circula a una temperatura de ciento dos grados Fahrenheit, mientras que en las de los hombres circula sólo a una temperatura de noventa y ocho y medio. Las bestias de mayor tamaño suelen estar todavía más protegidas, porque la radiación de sus narices es enorme, y respiran libre y profundamente el oxígeno que necesitan, en cantidades y a temperaturas capaces de matar a un hombre; pero no les sucede nada, porque el aire se calienta por las vías respiratorias y su temperatura es normal cuando llega a los pulmones.

Bajo semejante frío viajaban *Centella*, el lobo con gotas de sangre de perro, y *Firefly*, la linda perra escocesa que había perdido a su dueño, y que había abandonado el helado buque de los compañeros de su amo para seguir a *Centella*, como la mujer a su esposo. Veinticuatro horas llevaban ya de camino cuando el frío recrudeció, de pronto, tan intensamente. En dichas veinticuatro horas habían avanzado unos setenta y cinco u ochenta kilómetros, y *Firefly* comenzaba a sentir el cansancio en todo su cuerpo. A veces se acostaba, para descansar, y se ponía a dar tiernos aullidos en demanda de su barco, de la caliente yacija que allí tenía y del alimento que allí se le daba y al que ella había renunciado, como a todas las demás ventajas y comodidades,

a trueque de seguir a aquel esposo salvaje, que la había salvado de las zarpas de *Wapusk*, y que había luchado por ella con los perros del buque.

Centella, en vez del cansancio, sentía un entusiasmo y una animación crecientes, una satisfacción y una alegría sin límites por verse el indiscutible dueño de *Firefly*. Su magnífico cuerpo no sentía la fatiga. Detrás de él no dejaba nada que pudiera interesarle. Ya no deseaba correr con los demás lobos, ni conducir la manada. No sentía ya ningún orgullo pensando que él era el mayor de todos los lobos. Era una bestia que había hallado, al fin, el medio de huir de algo desagradable. El Sur le atraía más que nunca; el país meridional en donde sus antepasados habían vivido familiarizados con las perreras, los mimos y todas las comodidades reservadas a las bestias que viven en sociedad con el hombre. Si no hubiera sido por *Firefly* hubiera marchado más de prisa. Habría recorrido ciento cincuenta kilómetros en el tiempo que ella y él habían empleado en recorrer setenta y cinco. Hubiera corrido hasta que sus piernas se hubieran negado a sostenerle. Pero *Firefly*, la perra civilizada que había llegado al Norte con un amo que se le había muerto, le contenía. Su débil y suave lamento bastaba para contener los impulsos de *Centella*. Las tiernas patas de la perra, no acostumbradas al hielo y a la nieve, habían empezado a sangrar a los pocos kilómetros de marcha, y cada vez que la feliz pareja hacía un alto para descansar, *Centella* lamía las ensangrentadas patas con su lengua cálida, y acariciaba con su hocico a *Firefly*, del mismo modo que el ama de ésta la había acariciado, multitud de veces, con sus suaves y blancas manos. *Firefly* no podía olvidar a su ama ni al amo difunto. Una y otro habían constituido para ella todo su mundo. Bajo su túmulo de grises piedras frías yacía el amo, y *Firefly* no sentía ya sino la atracción del ama. Del ama que aún vivía y respiraba, del ama que en aquellos momentos estaría pensando en el amo, creyéndole todavía vivo, y esperando volver a verle, del ama hacia la cual, según su instinto le decía, caminaban en aquellos instantes ella y *Centella*.

Hacía ya algunas horas que habían salido de la última sinuosidad del terreno desigual y laberíntico que habían tenido que cruzar al alejarse de la costa y estaban en mitad de una amplia y monótona llanura fantásticamente iluminada por el resplandor del cielo. Mientras trotaban, de sus cuerpos recalentados salía un tenue y vaporoso vaho que flotaba detrás de ellos, a causa del extremado frío, a lo largo de unos cuantos centenares de metros. Un rebaño de renos hubiera dejado tras de sí este mismo vaho, a una distancia cinco veces mayor. Y el que despedían sus cuerpos también llegaba, con el frío, mucho más lejos que de ordinario. Flotaba este olor en el aire, fuerte y penetrantemente. En la época de estos grandes fríos, el olor de un rebaño de renos es capaz de herir la nariz de un hombre a una distancia de tres kilómetros, siendo así que, corrientemente, el hombre no es capaz de percibir el olor del rebaño a más de trescientos o trescientos cincuenta metros. Este olor intenso y penetrante de un rebaño de renos vino a herir de repente el olfato de *Centella*.

Inmediatamente nuestro lobo se detuvo, y dirigió sus miradas hacia el lado de donde partía el olor. Para *Firefly* aquel olor carecía de significación. Tenía hambre, porque habían transcurrido ya quince horas desde que había engullido la última liebre con que le había obsequiado *Centella*; pero el olor que flotaba en aquel momento en el aire no era para ella una promesa de alimento. Era como el olor que despiden el cuerpo de una vaca o de un toro; ella conocía ya estos olores, mas nunca habían representado para ella el anuncio de un banquete. Pero *Firefly* veía que aquel olor había llenado a *Centella* de alborozo y le había hecho cambiar la dirección.

Firefly le siguió, comprendiendo que alguna razón tendría *Centella* para alborozarse del modo que se alborozaba con aquel tufillo. Los renos estaban a unos dos o tres kilómetros al Oeste, ocultos por una elevación del terreno que se interponía entre ellos y *Centella* y *Firefly*. A la luz del día, desde lo alto de aquel cerrito se hubiera podido ver el vaho que salía del rebaño, a manera de neblina. Pronto el oído agudo de *Centella* y *Firefly* percibió el sonido producido por los renos al socavar en la nieve con objeto de desenterrar las muscíneas que les servían de alimento. También se podía oír perfectamente el ruido de sus pisadas en la nieve helada.

A causa de la aparente proximidad del rebaño. *Centella* se movió despacio y con grandes precauciones. Tardó media hora en llegar al cerro, que subió con *Firefly* a su lado. En la cumbre del cerro se acurrucó hasta casi tocar el suelo con el vientre, y *Firefly*, comprendiendo la importancia del movimiento, le imitó. Frente a ellos, en la llanura que se extendía al pie del cerro, estaban los renos. Habría en junto unas cincuenta o sesenta cabezas, la mayoría hembras con sus crías. Un reno jovencito estaba algo separado del rebaño, y *Centella* midió rápidamente con la vista la distancia que le separaba del succulento animal. Sin pérdida de momento se arrojó sobre él y le dio alcance. Tan repentino fue el ataque que *Firefly* quedó inmóvil en el suelo, paralizada por la sorpresa. A la luz de la luna y de las estrellas pudo contemplar un espectáculo asombroso. Había visto a *Centella* luchando con *Wapusk*, el oso blanco; pero aquella lucha había sido una lucha defensiva. La que presenciaba en aquellos momentos, por el contrario, le permitía apreciar todo el empuje y brío que *Centella* desplegaba en el ataque. *Firefly* vio a *Centella* mordiendo a una bestia tres veces mayor que él, y vio cómo en la lucha los dos animales rodaron por el suelo. La pobre perra escocesa no pudo menos de ponerse a temblar cuando oyó el trueno producido por un centenar de pezuñas que golpeaban a la vez la nieve helada como martillos. Pero los gigantescos renos no atacaban, como *Wapusk*, el oso blanco, antes bien habían iniciado una precipitada fuga. *Firefly* irguió la cabeza. Ante ella, *Centella* y el reno jovencito se debatían sobre la revuelta nieve. La preciosa perra sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Oyó, en el silencio de la noche, el aullido de *Centella*, y los dientes se le afilaron y los ojos se le encendieron con un fuego extraño. En seguida su bonito cuerpo rubio como el oro descendió como un alud la

pendiente del cerro. Pero llegó demasiado tarde para poder prestar ninguna ayuda a *Centella*. El reno jovencito agonizaba. Pocos segundos después la lucha había terminado y *Centella* se puso en pie, como un campeón. Los ojos brillantes de *Firefly* le miraban fijamente. En aquellos instantes sentía, quizá, el orgullo y la satisfacción de la hembra que envía a su galán a la batalla y le ve regresar vencedor. Durante uno o dos minutos permaneció con su hocico pegado al cuerpo de *Centella*. Al poco rato *Centella* descuartizó con los dientes el cuerpo del joven reno.

Juntos comieron *Firefly* y *Centella*. Después del festín, *Firefly* permaneció echada junto a los cálidos despojos y no tardó en dormirse.

Y algún tiempo después, *Centella* también se durmió, para despertarse una hora más tarde y volver de nuevo a clavar sus dientes en la carne del joven reno. La carne se había congelado ya, y estaba más dura que una piedra. *Centella* dio un aullido, y *Firefly*, con los miembros ateridos por el frío, se despertó y se puso perezosamente en pie. Tenía todo el cuerpo entumecido, y debajo de su boca, su aliento había depositado unos cuantos cristales de hielo que ella despegó frotándose con las patas.

Centella indicaba el camino. Su instinto le dijo que habían dormido todo lo que podían dormir bajo aquel frío tan terrible. Su cuerpo estaba aterido. Cuando intentó frotar, *Firefly* vio que su cuerpo apenas podía moverse. Hacía aún más frío que antes. El aire que respiraban se transformaba en escarcha tan pronto como abandonaba los pulmones. Durante un buen rato, *Centella* y *Firefly* anduvieron sin dejar detrás de sí el rastro de vaho tan característico de los grandes fríos, porque tenían todos los poros de su cuerpo opilados a causa del rato que habían estado sometidos, durante su descanso, a la acción de una temperatura tan extraordinariamente baja. Pero la temperatura cambió de repente, ascendiendo de prisa. La sangre volvió a circularles con rapidez. Sus cuerpos fueron perdiendo paulatinamente la rigidez del frío, y un cuarto de hora después las dos bestias trotaban con perfecta libertad de movimientos hacia el Sur. Aunque *Firefly* había comido y descansado lo suficiente para poder trotar de prisa, *Centella* no quiso apresurar el paso. No razonaba, sin embargo, su determinación, porque no era con la razón como resolvía los problemas de la vida y de la muerte, sino con algo más útil que la razón en estos casos: el instinto. No solamente le decía el instinto dónde estaba el Sur, sino que le aconsejaba no corriese velozmente, como solía correr, tan sólo por divertirse, en otras ocasiones, sino despacio, al trote corto, pero seguido; porque correr hasta jadear, como antes, o hasta sudar, hubiera sido lo mismo que buscar la muerte bajo la acción de un frío tan extraordinariamente intenso. Marcharon horas y horas, interrumpiendo de cuando en cuando, la marcha para descansar. Tres veces se tumbó *Firefly* en la nieve, pero las tres *Centella* permaneció de pie a su lado, y poco tiempo después la obligó a levantarse y a seguir. Cuarenta horas transcurrieron desde que *Centella* y *Firefly* abandonaron la costa, antes de que el frío comenzara a atenuar sus rigores. La

temperatura se elevó lentamente al principio, y luego, de repente, los termómetros marcaron en dos horas veinte grados más. Hubiérase podido ver el mercurio subiendo. Entonces fue cuando *Centella* permitió que *Firefly* tomara todo el descanso necesario. Echáronse ambos sobre la nieve y durmieron muchas horas.

Ni *Centella* ni *Firefly* notaron el lento pero continuo cambio que iba operándose, a medida que marchaban, cuando continuaron luego la marcha. Las estrellas parecían ir apagándose y disminuyendo de tamaño. El fantástico resplandor del cielo también parecía ir amortiguándose. Su visión parecía haberse debilitado y ya no podían ver desde tan lejos como antes. Porque *Centella* y *Firefly* estaban penetrando en esa misteriosa y extraña faja de terreno que rodea las regiones polares, pasada la cual, las largas noches árticas se truecan en la sucesión de días y noches de duración corta y aproximadamente igual. Cada hora de marcha añadía un nuevo cambio, porque las estrellas iban apagándose y desapareciendo una a una. Volvieron a dormir otras dos veces, y luego llegó un momento en que ya no quedó en el cielo ninguna estrella, no siendo el mundo sino un enorme caos de luz crepuscular.

Otras veinticuatro horas más, y *Centella* y *Firefly* se despertaron por cuarta vez para presenciar el gran fenómeno. El sol asomaba por el extremo meridional de la tierra.

El sol, sin embargo, no era más que un disco carmesí que enrojecía el horizonte, como si una gran hoguera estuviese ardiendo detrás de las colinas. Temblorosos y palpitándoles el corazón, *Centella* y *Firefly* contemplaron aquel espectáculo sublime. El carmesí acentuó su brillo, y luego desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. Aquella luz rojiza había iluminado el cielo, quizá durante diez minutos, dejando, al desaparecer, hondamente conmovidos a *Centella* y *Firefly*. Éstos, en su emoción, olvidaron su cansancio, el dolor de sus patas y el hambre. ¡Habían visto el sol! Lo habían visto por primera vez en muchos meses, y este espectáculo había causado en ellos la misma impresión que recibiría un ciego de nacimiento que viese por primera vez la luz del día. Era su primer día; un día de diez minutos de duración, seguido de una noche de veintitrés horas y cincuenta minutos.

Centella y *Firefly* trotaron rápida e ininterrumpidamente hacia el punto por donde había aparecido el sol. *Firefly* mató, ella sola, una gran liebre blanca. Algo más tarde. *Centella* mató otra liebre. Devoraron éstas; pero no se detuvieron a descansar y dormir. Viajaron durante muchas horas de la noche, una noche que no era como la del borde del mar helado. Porque las estrellas no aparecían tan grandes ni tan cerca, y la luna brillaba diez veces más lejos, permaneciendo gran parte del tiempo detrás de las nubes. Al cabo de treinta kilómetros, el cansancio obligó a *Firefly* a tumbarse en la nieve. No hacía extraordinario frío. La temperatura no estaba sino a unos ocho o diez grados bajo cero. Y por quinta vez durmieron.

Centella, después de algunas horas de sueño, despertó a *Firefly* con un aullido

que salió de su garganta como no había salido aullido alguno hasta entonces. Y *Firefly* abrió los ojos, levantó la cabeza, y se encontró con el sol brillando frente a sus ojos. Esta vez era el verdadero sol. No calentaba, como no fuera con el calor que todo ser viviente tenía que sentir no más como resultado de la satisfacción de contemplarle. Era como un gran globo de fuego, un globo monstruoso. Ni *Centella* ni *Firefly* habían visto nunca un sol tan grande. No se levantaba; pero, si bien permanecía pegado a la línea del horizonte, durante cerca de media hora quedó suspendido en el espacio, y aun después de desaparecido el globo de fuego detrás del horizonte, el glorioso resplandor quedó flotando un buen rato en la atmósfera, de tal modo que aquel segundo día duró una hora y media.

Y más tarde ocurrió un nuevo cambio. La llanura ya no continuó siendo lo que era unos setenta u ochenta kilómetros más cerca de la costa. Aquí y allá se levantaban pequeños grupos de árboles. Los enebros y alerces de las regiones más nevadas iban entremezclándose con los abetos blancos, y, poco después, con los álamos, los abedules, los cedros y las balsaminas. Cuando *Centella* y *Firefly* se detuvieron por sexta vez para descansar y dormir, pudieron cobijarse debajo de una espesura. Después, a medida que marchaban, los días iban alargándose, y las noches acortándose. Y las espesuras y grupitos de árboles fueron convirtiéndose en verdaderos bosquecillos. Y los bosquecillos, en selvas, y en grandes bosques, hasta que, al fin, *Centella* conoció que estaba en un mundo muy distinto del que hasta entonces había conocido, habiéndose realizado una parte de sus sueños.

Cuando llegaron a la región de los bosques fue *Firefly* la que infundió a *Centella* valor y confianza en su mundo, porque habiendo éste vivido siempre en los desiertos cuya inmensa monotonía no estaba nunca interrumpida por bosques, ni paúles, ni pantanos, todas estas cosas, nuevas para él, le desconcertaban. A *Firefly*, en cambio, estas cosas le eran tan familiares, como familiares son al hombre. Pronto encontraron el primer alce, un gran animal con maciza y magnífica cornamenta de casi un par de metros de punta a punta, y mientras examinaban al monstruo desde unos seis u ocho metros de distancia, *Firefly* no estaba menos asombrada que *Centella*. Éste no había vacilado nunca en atacar a los toros lanudos, a pesar de sus cuernos; pero *Mooswa*, el gigantesco alce, le causaba una impresión singular, y por primera vez en su vida. *Centella* describió prudentes círculos alrededor de un bicho con pezuña hendida.

Después de este desagradable encuentro marcharon despacio, porque *Centella* no sentía ya, como antes, la atracción del Sur. Los días se sumaban, y las semanas también, y por fin llegaron al país de los grandes bosques, cruzado de ríos y salpicado de lagos y paúles. *Centella* sintió el júbilo de una nueva vida. Más de una vez oyó las voces de los suyos; pero los lobos que le aullaban no eran blancos, como los del Norte, sino grises. Y en aquellos bosques había alimento del que él había visto, incluso en sueños, durante toda su vida. Las orillas de los pantanos y paúles estaban

llenas de animales. Con la caza efectuada únicamente en un día, junto a un pantano, pudieron alimentarse durante más de dos semanas. En la nieve abundaban las huellas de las liebres. Habían miles y decenas de miles, y centenares de miles de conejos. En algunos lugares, las repetidas pisadas de las liebres y de los conejos habían llegado a endurecer la nieve hasta darle la consistencia del hielo. Por la noche, bajo la luz de las estrellas, podían oír los pasos de los tímidos animalejos en sus correrías en busca de alimento. Cazarlos dejó ya de ser para *Centella* y *Firefly* una emoción. Y mientras el sol ascendía cada día a mayor altura en el firmamento, *Centella* y *Firefly* ganaban cada día en peso y redondez de líneas.

Incluso *Firefly* llegó a perder las ganas de abandonar aquel delicioso país. Cifraba ella, en aquellos deliciosos días, todo su deseo en estar al lado de *Centella*, y una vez que por casualidad se alejó bastante de su lado le llamó, al cabo de un rato, con ladridos y aullidos de ansiedad. Tres veces se acercaron a los ranchos de los hombres, y veinte o treinta veces hallaron las huellas dejadas en la nieve por la planta humana. *Firefly* mostró dos veces el deseo de llegar hasta los mismos ranchos; pero las dos veces *Centella* la retuvo. La tercera vez, comprendiendo por la insistencia de *Centella* que los ranchos encerraban algún peligro, *Firefly* ni siquiera intentó aproximarse.

E insensiblemente llegó la primavera.

Firefly se había convertido ya en una criatura de la selva. Su pelo rubio era más largo y lacio. Muchas veces había dado muerte a otros animales para poder comer y no ignoraba ya lo que era la embriaguez de la caza. Los tres meses de camaradería con *Centella* habían sido para ella como tres años. No había olvidado al amo que había perdido; pero le parecía haberlo perdido muchos años antes. *Centella* llenaba toda su vida y todo su mundo. No obstante, recordaba muchas veces con gran viveza al hombre y a la mujer, y a las demás personas y cosas que había conocido. Y aquellos recuerdos la hacían prorrumpir en melancólicos aullidos, y *Centella*, entonces, se acercaba a ella para consolarla.

Los días que precedieron al gran aguacero. *Centella* y *Firefly* los pasaron al Sudoeste del lago conocido con el nombre de Great Slave, en las yermas comarcas comprendidas en el gran meandro formado por el río Rocher y el innominado curso de agua que desemboca en él. Junto a esta corriente de agua señalada, aun en los mapas oficiales del Estado, por una línea insegura e imprecisa. *Centella* y *Firefly* hallaron abundante caza. Aquel país era el más hermoso que *Centella* había visto. Un país pintoresco, lleno de sinuosidades, profundas gargantas, lagos, ríos y maravillosos bosques. Algunas veces los cerros eran tan altos que parecían colinas, y entre ellos se extendían los frescos valles y los arroyos claros y cristalinos que desembocaban en el gran curso del agua que corría hacia el Oeste. Nunca había visto *Centella* hierba más verde y lozana, ni más espesa y abundante, y nunca había oído aire más perfumado.

Porque toda la tierra estaba llena de la alegría y de la plenitud de la primavera. Hasta en los lugares menos soleados la nieve se había derretido. Los abetos y los cedros y las balsaminas se cubrían de nuevo follaje. Las primeras flores habían hecho ya su aparición. Los álamos se cubrían de hojas. Por todas partes el murmullo y los olores y la alegría de una nueva vida llenaban el espacio. Los osos grises salían con sus oseznos a las verdes laderas de las colinas más soleadas, en busca de alimento. En los prados abundaban los renos. Los lagos estaban llenos de aves acuáticas y el canto de los pájaros se unía a las armonías de la Naturaleza.

A *Centella* y *Firefly* les gustaba cazar a lo largo de las orillas del río innominado. Este río estaba constituido por una de esas corrientes de agua que tanto abundan en las regiones boreales, anchas de cauce y con multitud de bancos de arena. Era un río agreste y pintoresco, rico en caza. Sus orillas eran lisas, como las de un lago, llenas de arena, guijarros y pedruscos. En estas anchas márgenes peladas, lo mismo que en los bancos de arena que asomaban su dorso venerable por encima de la clara corriente, se habían amontonado grandes cantidades de troncos arrastrados por la corriente. En algunos puntos, estos troncos y leños blanqueados por la acción del tiempo alcanzaban una altura de cuatro o cinco metros. Antes del aguacero, el río arrastraba escasa agua, y *Centella* y *Firefly* habían pasado varias veces de una orilla a otra, vadeándolo, o nadando a trechos en puntos de poca profundidad. Los grandes acervos de troncos y leños ejercían en ambos animales una gran atracción y ambos disfrutaban encaramándose a ellos para registrar todos sus rincones y explorar sus misterios.

En un banco de arena que se elevaba en mitad del río en un punto en donde el cauce se ensanchaba hasta separar sus orillas a casi un kilómetro, y donde las aguas corrían sobre un lecho de escasísima profundidad, se había formado el Kwahoo, el gran montón de troncos arrastrados por la corriente. Durante diez siglos los indios que se habían aventurado hasta aquellas latitudes, en sus cacerías, le habían designado con aquel nombre. Fuertemente enclavado el gran acervo en mitad del cauce, había resistido y desafiado durante muchos años el empuje de la corriente. Tenía el montón de troncos treinta metros de ancho por sesenta, o más, de largo, y parecía haber sido construido por un ejército de carpinteros especialmente empeñados en dar solidez y perpetua estabilidad a aquel gran armatoste. Centenares y millares de troncos se habían entrelazado y soldado de tal modo que, en su adquirida blancura, parecían formar un monstruoso y enorme esqueleto.

Una tarde, *Centella* y *Firefly* sintieron la atracción del Kwahoo, y a aquel enorme montón de troncos, el mayor de todos, se dirigieron, aprovechando la escasa cantidad de agua que el río arrastraba. La cima del montón, alta de unos cinco o seis metros, era todavía mucho más interesante de lo que a ellos les había parecido desde la orilla. Tan juntos, soldados y compenetrados estaban los troncos, que la superficie del

montón parecía un suelo liso. En uno de los extremos del montón los troncos habían sido atraídos en sentido vertical y formaban un refugio que a *Centella* y *Firefly* les pareció inmejorable. Este refugio era doblemente atractivo, porque el año anterior las aguas lo habían llenado de cañas que, por haber recibido durante todo aquel día los rayos del sol, estaban en aquel momento calentitas y secas. Era un gran lugar para pasar la noche y *Firefly* expresó su satisfacción y su deseo de pernoctar allí, oliscando las cañas y revolviéndolas alegremente con las patas.

Obscureció antes de que *Centella* y *Firefly* pensarán en abandonar aquel montón de troncos y leños. Y apenas se había puesto el sol, trocando el día en noche, cuando desde el Oeste llegó el sordo rumor del trueno, y poco tiempo después, los rayos, los truenos y los relámpagos hacían vibrar la atmósfera a muy poca distancia del Kwahoo, el gran montón de troncos y leños que *Centella* y *Firefly* habían ido a visitar. *Centella* husmeó el aire y presintió la llegada de la tempestad. El instinto le hizo comprender que le convenía ganar la orilla; pero tan pronto como sonó el primer trueno, *Firefly* corrió a refugiarse junto a los troncos que tanta atracción ejercían en ella. A *Firefly* los truenos y los rayos la habían asustado siempre mucho, y unas seis veces *Centella* corrió hacia ella, instándola con el hocico a levantarse y seguirle. *Firefly* le miró con ojos cada vez más brillantes en la oscuridad; pero se negó a seguirle, y al fin *Centella* concluyó por tenderse al lado de su compañera dando aullidos de inquietud. *Firefly*, por el contrario, cuando vio que *Centella* se tendía a su lado, respiró con tranquilidad.

La tormenta avanzó rápidamente, acompañada de rayos y truenos. Al ruido de los truenos se unió bien pronto otro ruido parecido al bramar del viento. Era la lluvia. Caía el agua sobre el montón de troncos como si el cielo se desbordara en cataratas, y *Firefly*, asustada, se arrimó temblando a *Centella*. Las aguas del río aumentaron de volumen, inundándolo todo. Y los millares de sinuosidades del terreno dieron lugar a otros tantos regatos que se reunieron en arroyos, yendo éstos a alimentar estrepitosamente las corrientes hinchadas del innominado río. El aguacero arreció durante una hora, degenerando luego en lluvia monótona y seguida. Toda la noche continuó la lluvia, y a la mañana siguiente todavía llovía. Ya no se deshacía, como antes, el cielo en cataratas; pero continuaba lloviendo con desesperante monotonía, con obstinación, con persistencia.

Centella y *Firefly* salieron de su refugio de troncos y cañas y se dirigieron al río, marchando sobre la superficie lisa y resbaladiza del Kwahoo. Ya no sonaban las aguas con el dulce y suave murmullo del día anterior, sino broncamente, con el ruido amenazador de las aguas desbordadas. Los bancos de arena que tanto abundaban antes, se habían sumergido todos debajo de la superficie de la corriente avasalladora. Recorrieron, *Centella* y *Firefly*, todo el contorno del Kwahoo, y por todas partes las aguas abundantes, impetuosas y profundas obstruían la salida. Estaban prisioneros, y

el Kwahoo se había convertido a la vez para ellos en cárcel y en único refugio posible.

Hora por hora las aguas del río fueron aumentando. Dos veces, aquella mañana, la lluvia volvió a caer a torrentes, y al mediodía el río había subido ya hasta medio metro escaso de la cima del Kwahoo. El ruido del agua era ensordecedor. A pesar de su extraordinaria solidez, el Kwahoo crujía y se tambaleaba. Pero su profunda y misteriosa raigambre le retenía en su sitio, como le había retenido durante muchos años. Asombrados y atónitos. *Centella* y *Firefly* contemplaban el terrorífico espectáculo. Los bosques cedían ramas y troncos a la inundación y la corriente arrastraba toda clase de objetos flotantes. De cuando en cuando algún cuerpo sólido iba a chocar contra los duros costados del Kwahoo, y el gigantesco montón de troncos se estremecía como resultas del golpe. Una vez pasó cerca del Kwahoo un tronco flotante en el que un puerco espín había ido a refugiarse para no perecer ahogado. Más tarde. *Centella* y *Firefly* vieron el cadáver inflado de un alce flotando a la deriva, como un gran saco lleno de viento.

La obscuridad volvió a cubrir la tierra y durante toda la noche el agua continuó cayendo acompasadamente. El tumulto de las aguas desbordadas fue en aumento. Los rugidos de la inundación atronaron el espacio. La *osamenta* del Kwahoo parecía querer deshacerse en piezas; pero la íntima trabazón de los troncos resistió el peligro de disgregación. Ni *Centella* ni *Firefly* pudieron pegar sus ojos en toda la noche. Desde su refugio de troncos y cañas permanecieron todo el rato observando los efectos de la lluvia mientras aguardaban impacientes la vuelta de la mañana. Hízose de día, al fin, y ambos animales salieron a examinar los troncos que todavía asomaban por encima de las aguas. Parte del Kwahoo faltaba, y el resto estaba mucho más metido en el agua que el día anterior. Pero quedaban todavía unos treinta metros cuadrados donde moverse.

La corriente, amontonó en la parte superior del Kwahoo una cantidad de leña, y *Firefly* y *Centella* se adelantaron para examinarla. Habían transcurrido cuarenta horas sin que hubieran tenido ocasión de probar bocado, el hambre se dejaba sentir con fuerza inusitada y el instinto les decía que entre aquella leña podrían hallar acaso algo que comer.

Y, en efecto, allí había algo. Un animal grande, hermoso, con ojos brillantes los miraba fijamente desde su escondrijo de ramas. Desde su llegada a la región de los bosques, *Centella* había visto lince; pero ninguno tan grande como el enorme felino que había llegado al Kwahoo agarrado a algún leño flotante. No había más que ver a *Pisew*, el lince, para comprender que también él estaba atormentado por el hambre. Llevaba sin comer todavía más horas que *Firefly* y *Centella*. *Centella* se aproximó algo al lince en medio de grandes precauciones. Al ronquido amenazador de *Centella*, *Pisew* no contestó más que arrugando la nariz, adelantando los labios y erizando las

patillas. *Firefly* dio un aullido y corrió a colocarse al lado de *Centella*, para correr juntos el peligro que pudiera amenazar a su compañero.

Mas, en aquel momento, aconteció algo asombroso, que absorbió por completo la atención de los tres animales.

Arrastrada por las impetuosas aguas, chocó contra el Kwahoo una canoa, tripulada por un hombre, una mujer y una criaturita desesperadamente agarrada al cuello de la madre. La cara de ésta estaba blanca como la muerte; más blanca todavía a causa de las espesas crenchas de cabellos negros que, empapados de agua, le caían por encima del pecho y de los hombros. Y si el bigote y barba no hubieran ocultado más de la mitad del rostro, la cara de Gastón Rouget hubiera parecido tan pálida y exangüe como la de la mujer. Porque había estado viendo a la muerte amenazándoles hosca y terrible, minuto por minuto, durante todo el tiempo que llevaban de inundación y lluvia. Las aguas, entrando impetuosas en su cabaña, le habían obligado a abandonar el rancho, buscando refugio, con su mujer y su hijita, en una canoa que se había fabricado tiempo atrás con el tronco de un árbol. En vano había procurado Rouget ganar la orilla; la corriente había podido siempre más que él, arrastrando a la canoa por el centro del río.

Y como en el centro del río se alzaba el Kwahoo, hacia él en línea recta se dirigió la canoa. Al verlo, el hombre exclamó bravamente, con ánimo de confortar a su esposa:

—Juana, mi querida Juana, ya nada hay que temer. Aquí está el Kwahoo brindándonos refugio. Agarra bien a Juanita, porque pronto chocaremos con su maciza masa.

Centella, *Firefly* y *Pisew*, el lince, presenciaron, sobrecogidos de asombro y sorpresa, la escena. La canoa volcó al chocar contra la sólida masa, y la mujer cayó al agua sin soltar de ningún modo a la criaturita que tenía entre los brazos; pero Gastón Rouget acudió en ayuda de aquellos dos seres tan queridos para él, y con esfuerzos sobrehumanos y forcejeos inauditos logró colocarlos a salvo sobre el Kwahoo, poniéndose luego también él en salvo, mientras la canoa, aligerada de su carga y vuelta del revés, se alejaba arrastrada por la corriente, después de haber arrojado al agua todas las provisiones de Gastón Rouget, su fusil y sus mantas.

Gastón, al ver perdidos objetos tan preciosos, abrazó, con el terror en el corazón, a los dos seres que tanto amaba. Rápidamente en su imaginación consideró la imposibilidad de salir de aquel refugio en muchos días, y volvió a pensar en la muerte, en la más horrorosa de todas las muertes, en la muerte por hambre, porque al volcar la canoa había perdido el pan, la carne y las demás provisiones que hubieran podido alimentarlos durante muchos días. Después de un rato, al ponerse en pie, vio a *Písete*, el enorme lince, acurrucado entre la leña, y los cuerpos lucios y orondos de *Centella* y *Firefly*. Instintivamente su mano se dirigió al cuchillo que llevaba sujeto al

cinto, única arma que le quedaba. Y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, porque en aquellas tres bestias que tenía delante vio lo que ya consideraba como irremisiblemente perdido: el alimento que había de conservarles, a él y a su mujer e hija, la vida en el cuerpo, durante el tiempo que tuvieran que permanecer en aquel refugio aguardando el descenso de las aguas.

—Alabado sea Dios, Juana —dijo con los ojos clavados en el lince, en el lobo y en la perra—, alabado sea Dios, que no nos dejará morir de hambre sobre estas maderas.

En aquellos momentos, todos los personajes que ocupaban los troncos del Kwahoo se hicieron perfecto cargo de la situación, y *Centella* y *Firefly* comprendieron que sobre ellos se cernía la sombra de una espantosa tragedia.

En *Pisew*, el lince, adivinaron en seguida la presencia de un temible enemigo. Este enemigo los miraba, desde los leños en donde estaba agazapado, con un deseo enorme de saltar al cuello de *Firefly*. El hambre espoleaba este deseo. *Centella* no había pensado todavía de una manera precisa que *Pisew* pudiera convertirse en carne para él y para *Firefly*, a pesar de lo cual era también el hambre lo que le retenía inconsciente junto a *Pisew*. A causa del hambre, *Centella* estaba dispuesto a sostener combate con cualquier ser de carne y hueso, con excepción del hombre. Y *Pisew*, agazapado siempre encima de su leño, aguardaba con paciencia el momento propicio para saltar a la garganta de *Firefly*. Y en aquellos momentos de expectación emocionante llegó al Kwahoo el hombre.

Instantáneamente, la presencia del rey de la creación en aquel enorme montón de maderas llevó al corazón de los animales sentimientos distintos del deseo y del odio. Porque en presencia del hombre sintieron miedo, el miedo invencible de todas las épocas. *Pisew* se acurrucó a fin de no ser visto. Y *Centella* retrocedió aullando, con sus orejas dobladas hacia atrás. Únicamente *Firefly* permaneció sin moverse, mirando con atención al hombre, a la mujer y a la criatura que la mujer tenía asida de la mano. Gastón Rouget fijó sus ojos llenos de asombro en *Firefly*. Nunca había visto Rouget un lobo como aquél. Aquella bestia no era un lobo, era un perro, no cabía duda. Comunicó su convencimiento a su mujer, y seguro de que estaba delante de un animal doméstico, avanzó unos pasos adelantando la mano. Llamó a *Firefly* con la voz, y *Pisew*, al ver avanzar al hombre, se fue a refugiarse en lo más recóndito de los huecos formados por el entrelazamiento de los troncos. A diez pasos de la perra estaba Gastón Rouget cuando aquélla retrocedió, yendo a refugiarse al lado de *Centella*.

Centella era quien le transmitía el recelo que él sentía por el hombre. Y *Firefly* se arrimó al lobo, hasta sentir el temblor de su cuerpo. Vio sus colmillos desnudos, y oyó su característico ronquido de alarma y amenaza. No obstante, acuciábala el deseo

de acercarse al hombre, y, más que al hombre, a la mujer y a la niña. Era para *Firefly* como si su amo se hubiese levantado de la tumba, y, no obstante, sabía perfectamente que su amo no había resucitado. Era como si su ama hubiese ido a encontrarla, y, sin embargo, veía perfectamente que aquella mujer no era su ama. La niña era como una de tantas criaturas con quienes había jugado muchos meses antes; no era, sin embargo, ninguna de ellas. El hombre comprendió lo que pasaba por el espíritu de *Firefly*, y en su cara se retrató una extraña y nueva expresión de alegría. Aquel hombre adoraba a la mujer de largas trenzas lustrosas, y a la dulce criatura de mirada angelical. Había visto la muerte para los tres, y en *Firefly* veía vida para muchos días. En una fosforera, preservados de la humedad, tenía unos cuantos fósforos. Socavando entre la apretada leña, podría encontrar algunas ramas secas. En su cinturón tenía un cuchillo. Y esperaba que la perra rubia que se había ido a correr aventuras con un lobo, se dejaría engañar fácilmente y él podría matarla. No se morirían de hambre, él y los dos seres que tanto amaba, en el Kwahoo. Dios les enviaba comida para que vivieran hasta que las aguas descendieran y ellos pudieran ganar la orilla.

Bajo el incesante gotear de la lluvia, Gastón Rouget, llevando a su mujer de la mano, se adelantó hasta la mitad de aquella isla de troncos. El agua se escurría por entre las crenchas mojadas, y la niña también tenía todo el pelo empapado. El hombre se dirigió hacia el lugar en donde habían estado antes *Centella* y *Firefly*, y cuando vio la especie de refugio que formaban las maderas levantadas, lanzó una exclamación de alegría. Desde corta distancia, *Firefly* y *Centella* miraban a los intrusos. Los vieron entrar en su refugio de troncos, y *Centella* lanzó unos gruñidos de amenaza. Una vez dentro del pequeño refugio, el hombre desnudó a la niña, para librarla de la humedad de sus vestidos mojados, mientras la mujer le retorció las hermosas crenchas de pelo para escurrirle toda el agua. Luego, de repente, se inclinó la mujer hacia el hombre y la niña, y, pasándoles a uno y a otro un brazo alrededor del cuello, besó a ambos. Gastón Rouget se rió con cariño, y poco después comenzó a cortar astillas secas con su cuchillo. Transcurrido algún tiempo, *Centella* y *Firefly* vieron salir de su antiguo cubil una columna de espeso humo, y *Pisew*, el lince, percibió el olor del fuego en el aire.

Todo aquel día el Kwahoo estuvo crujiendo y vibrando bajo la fuerza de la corriente, pero la misteriosa raigambre que le sujetaba al firme suelo con la incontrastable tenacidad de los años y de los siglos, le impidió ser arrastrado a la deriva. Una y otra vez el hombre intentó acercarse a *Firefly*. Tres veces la mujer le acompañó y *Firefly* se dejó aproximar tanto una vez, que la mujer casi pudo tocarla. En la voz de la mujer no había la traición de la muerte, porque Gastón no le había comunicado sus proyectos. Su voz era dulce y suave. Si deseaba tocar a *Firefly*, era únicamente para acariciarla, para amansarla. No obstante, *Firefly*, advertida por los ronquidos de alarma y precaución de *Centella*, se mantuvo siempre prudencialmente

fuera del alcance de los intrusos. *Centella* y *Firefly*, para evitar el contacto con Rouget, retrocedieron varias veces hasta el mismo montón de leños en donde se había guarecido *Pisew*, el lince. El gran felino los miraba cada vez con la ansiedad del hambre, obligando a *Centella* a prepararse para el combate.

Volvió a hacerse de noche. La obscuridad era total; pero la lluvia había cesado. *Pisew* salió de su escondrijo, y sus uñas se clavaron en la madera, como preparándose al combate. *Centella* vigilaba y miraba con sus ojos verdes, y husmeaba el aire con precaución y cuidado. En su refugio de leños, únicamente dormían la mujer y la niña. El hombre estaba despierto y preparado para la batalla. Su mano descansaba en una porra que había elegido entre los varios leños que podían servir de arma defensiva. Mientras dormía, Juanita, la hermosa niña, sollozaba y gemía. Gastón comprendió lo que tenía. Tenía hambre; gemía y se quejaba de hambre. Levantó entonces la cabeza y escuchó. El ruido del agua apagaba todo otro sonido; pero observó el brillo de dos ojos verdes, y sintió débilmente las pisadas de una bestia que se acercaba. Agarró en seguida, fuertemente, la porra que guardaba a prevención. Pero la bestia no se puso al alcance de sus golpes. Transcurrido algún tiempo, sin embargo, *Firefly* volvió a sentir con vehemencia el deseo de acercarse a la mujer.

En las primeras horas de la madrugada, y en medio de una obscuridad absoluta, se aproximó al grupo de seres humanos. A unos tres metros de distancia estaba cuando el hombre oyó el sonido de sus uñas sobre los troncos, y soltando la cachiporra asió el cuchillo y contuvo la respiración, aguardando. *Firefly* se aproximó más y más, a pesar de que a diez pasos de ella quedaba *Centella* llamándola con aullidos de alarma. Para el hombre los minutos de indecisión se convirtieron en largas horas de espera. *Firefly*, lentamente y con precaución, metió la cabeza en su antiguo cubil y el hombre sintió la proximidad de su aliento. Tras la cabeza entraron las patas delanteras, y el hombre, aun en la obscuridad, conoció que la perra tenía medio cuerpo dentro del cubil. Con una mano la agarró solapadamente del pelo, mientras con la otra esgrimía el cuchillo. Y en seguida, rápido, con la rapidez de *Pisew*, el lince, pegó una cuchillada en la obscuridad. El cuchillo chocó con hueso después de desgarrar piel y carne, y *Firefly* huyó dando un aullido de agonía. La mujer se despertó sobresaltada, y el hombre dio todavía dos cuchilladas en el aire; pero la perra se había marchado dejándole un puñado de pelo en la mano. *Firefly* estaba herida en la espaldilla y perdía sangre en abundancia, al lado de *Centella*, donde había ido a refugiarse.

Unos cuantos minutos después, *Pisew*, el lince, salió de su escondrijo, atraído por el reguero de sangre, hasta que al fin se encontró frente a frente con los ojos relucientes de *Centella*. Éste fue quien dio el primer salto. En mitad del Kwahoo, mientras buscaba a la perra, que él creía haber sido herida de muerte, Gastón Rouget oyó el tumulto de la batalla mezclándose con el ruido del agua. La esperanza volvió a

llenar su corazón, porque pensó que la perra había ido a morirse lejos de él, y que el lobo y el lince se Hisputaban el cadáver. Se acercó cautelosamente con la cachiporra en la mano, y cuando llegó a donde los cuerpos de las bestias se retorcían y atacaban, dio unos golpes en la obscuridad. Los ojos nictálopes de *Pisew* le vieron a tiempo y el lince corrió prestamente a esconderse en la parte más recóndita de entre los troncos. *Centella* huyó con un terrible porrazo en una espaldilla. Gastón Rouget continuó buscando; pero el cadáver de *Firefly* no estaba allí. Estaba la perra con *Centella* en el otro extremo del Kwahoo.

El hombre volvió al refugio en donde su mujer y su hija estaban esperándole asustadas. *Pisew* volvió a salir de su escondrijo y se precipitó hambriento sobre la sangre que había caído al suelo. *Centella*, con sus flancos desgarrados por las afiladas uñas del lince, trató de evitar sus verdosas miradas. Un instinto superior a los apremios del hambre le impelía a defender a su hembra. *Fyrefly*, mientras tanto, lanzaba, arrinconada, lastimeros aullidos de dolor. *Centella* se le acercó y la acarició con el hocico. Una docena de veces volvió a ver los ojos relucientes de *Pisew*, antes de que amaneciera.

El día se anunció luminoso, y Gastón Rouget conoció que las lluvias habían cesado; pero comprendió también que el descenso de las aguas se haría esperar aún algunos días. Su decepción fue tremenda cuando vio que *Firefly* estaba viva al lado de *Centella*.

Ni siquiera la mujer podría acercarse ya a la perra, que no consentiría en separarse del lobo, único ser que la defendía.

En los grandes y oscuros ojos de la mujer estaba retratado el terror, y la niña lloraba cada vez con más frecuencia pidiendo de comer. Gastón abrazó a una y otra, y les dijo riendo algunas bromas para infundirles valor. Durante todo aquel día estuvo acechando un momento propicio para volver a herir a la perra. Al mediodía tuvo una idea magna. Pensó en formar un nudo corredizo con los cabellos de su mujer y colocar la trampa en alguno de los pasajes que el lince utilizaba para entrar en su escondrijo y salir de él. Cada hebra de aquellos lustrosos cabellos era preciosísima para él, y Rouget, al cortarlas, tuvo que hacer un esfuerzo para que no le salieran las lágrimas de los ojos. Trezando convenientemente los preciosos cabellos, formó con ellos un lazo que colocó en el punto que juzgó más estratégico.

Aguardó luego, después de entrada la noche, con la cachiporra al alcance de su mano. La mujer arrulló dulcemente a la criatura logrando dormirla, aunque no con sueño tranquilo. Aquella noche ella, en cambio, no pegó los ojos, no permitiéndose más descanso que el de apoyar su cabeza en el hombro de Gastón. Desvelada pasó hora tras hora rezando para que sucediera lo que Gastón le había prometido.

Pisew era un lince viejo, y en sus largos años de vida había escapado a una infinidad de peligros. Conocía el olor y las estratagemas de los hombres, y cuando en

la noche oscura llegó hasta el lugar en donde Rouget le había preparado el lazo, el perfume de los sedosos cabellos le hizo detenerse inmediatamente. Era un perfume que el hombre encontraba divino, más divino y exquisito que el de las flores silvestres, pero que a *Pisew* le pareció entrañar una amenaza de muerte. Retrocedió ante el peligro, yendo a buscar otro paso para llegar a su escondrijo entre la leña.

Aquella noche pudo colarse a través de pasajes más estrechos, porque estaba más delgado que la noche anterior. Su hambre no era ya hambre, era bulimia, era locura. Sus patas se movieron impacientes debajo de los troncos protectores, hasta que sopló una ráfaga de viento que llevó hasta su hocico el olor de *Firefly*. Durante media hora permaneció agazapado con el vientre tocando al suelo, y después, paso a paso y con todas las precauciones posibles, fue acercándose lentamente a sus enemigos. El hambre le infundió valor. No tenía miedo de *Centella*, ni lo hubiera tenido de media docena de lobos. Con sus largas y afiladas uñas había abierto en canal a multitud de renos. No tenía más que dos años de edad cuando mató por primera vez a un lobo. Era un verdadero gigante dentro de la especie y tenía un hambre loca.

Centella no percibió el olor de *Pisew* porque el viento soplaba en dirección contraria; pero al poco rato de haberse acercado a él el lince, percibió sus ojos verdosos y brillantes en la oscuridad. Si *Pisew* hubiera razonado un poco, habría cerrado los ojos, no abriéndolos hasta el momento mismo de dar el salto decisivo. Del hecho de que los ojos de *Centella* fueran brillantes, no infirió él que los suyos también tuviesen que resultar visibles en la oscuridad, y así no sospechó que le hubiesen descubierto. Para él no había mejor garantía de encubrimiento que el hecho de que la oscuridad fuera total y el viento soplara en un sentido que él consideraba favorable.

Centella no hizo ningún esfuerzo para evitar la proximidad de lo que él presentía había de ser terrible tragedia. Los aullidos de temor que exhaló *Firefly*, cuando también ella vio los ojos relucientes que se les aproximaban, añadieron valor a *Centella*, pues de nuevo volvió él a sentir el deseo de batirse en defensa de su compañera. Aguardó a *Pisew* sin moverse; *Firefly*, en cambio, retrocedió un poco. Desde su cobijo, Gastón y Juana sondearon con sus ojos la oscuridad y escucharon atentos, despiertos, vigilantes. También ellos habían visto el movimiento de los ojos brillantes, y en voz baja el hombre había explicado a la mujer lo que iba a ocurrir, y el beneficio que ellos iban a sacar de la lucha que se preparaba. Porque alguno de los animales había de quedar muerto y ellos se apoderarían del cadáver, alimentándose con él los días que tuvieran que permanecer en aquella isla de troncos.

La sangre les circuló más rápidamente por las venas cuando oyeron el ruido del primer encuentro. La mujer se ocupó en tapar los oídos a Juanita, a fin de evitar a la niña el susto consiguiente a un despertar provocado por aullidos y fragor de lucha. Ni siquiera los ojos de *Firefly* pudieron distinguir lo que sucedía durante el combate.

Centella, en vez de aguardar el ataque de *Pisew*, arremetió el primero contra el lince cuando éste estuvo a tres metros de distancia. Tan rápida fue la acometida, que *Pisew* tuvo apenas tiempo para ponerse patas arriba, en la posición favorita de los lince en el combate. La lucha se prolongó, truculenta, durante dos o tres minutos, al cabo de los cuales *Firefly* sintió en sus venas el impulso combativo de los perros escoceses. Comprendió que *Centella*, su compañero, estaba luchando por ella, y que ella no podía, no debía permanecer neutral en la contienda. Animada por estos sentimientos, se lanzó como un diablo en la refriega. Sus dientes cortaban todavía más que los de *Centella*, aun cuando no eran tan agudos. Del primer mordisco que dio, dejó desriñonado a *Pisew*. Sus dientes se clavaban con rabia en el felino, cortándole y rasgándole la piel y carne. Las tarascadas menudeaban, y en aquellos instantes supremos, del mismo modo que *Centella* había salvado a *Firefly* librándola de *Wapusk*. *Firefly* salvó a *Centella* librándole de *Pisew*. Porque *Centella* luchaba, en aquella ocasión, a oscuras, con un enemigo cuyas estratagemas y táctica de combate le eran completamente desconocidas. Con multitud de heridas, roto y desgarrado el cuerpo casi hasta las entrañas, la valiosa ayuda de *Firefly* permitió a *Centella* dar a *Pisew* la definitiva tarascada al cuello. Un par de minutos más y el temible lince yacía sin vida en el suelo.

Avanzó el hombre en la obscuridad, con la cachiporra en la mano, y *Centella* y *Firefly* abandonaron su presa para irse a retirar al otro lado de la almadía, donde durante mucho rato *Firefly* lamió delicadamente las heridas de su compañero.

Al amanecer, la mujer de la sedosa cabellera se aproximó algo, no demasiado, a las bestias, ofreciéndoles piltrafas de carne cruda que únicamente *Firefly* comió. Y el hombre, después de santiguarse devotamente, juró que por nada del mundo volvería a molestar a las dos bestias que quedaban, porque era evidente que ellas habían sido colocadas allí por Dios, para que él pudiera alimentar a su mujer y su hija con la carne que le habían proporcionado.

Al segundo día de muerto el lince, también *Centella* probó las piltrafas que las manos de la mujer le arrojaban, y durante tres días más la carne de *Pisew* se dividió equitativamente entre los humanos y las bestias. Al séptimo día, *Centella* y *Firefly* ganaron nadando la orilla, y el hombre y la mujer los vieron marchar mientras Gastón explicaba a su esperanzada esposa que al día siguiente también ellos podrían abandonar aquella prisión, porque las aguas habían descendido mucho y continuaban descendiendo muy de prisa.

Capítulo 8

Los afectos y pasiones de las bestias

Tesoro era un perro que no había conocido más amo que Gastón Rouget, y Gastón Rouget no había querido tener nunca más perro que *Tesoro*. Este perro, fiel a su amo, a su ama y a la niña Juanita, que adoraba, no pudo ocupar un sitio en la canoa cuando las personas tuvieron que ponerse a salvo a toda prisa. Después de la gran inundación que destruyó el rancho de Gastón, hubo en el nuevo rancho que se construyó un período de tristeza y otro de alegría; porque *Tesoro*, cuando ya sus amos lo consideraban definitivamente perdido, llegó al nuevo rancho, hambriento y flaco.

Tesoro era un gigante y la sangre que corría por sus venas era en su mayor parte sangre de mastín. Cinco años antes, Gastón y Juana tuvieron que abandonar el país en donde se hallaban para trasladarse a otro más rico en animales de piel aprovechable, y *Tesoro* les había arrastrado el trineo con todos sus útiles, enseres y herramientas. Con buen tiempo, o con mal tiempo, cuando el corazón estaba lleno de esperanzas o cuando el valor faltaba y el ánimo desfallecía, el magnífico cuerpo de *Tesoro* había tenido siempre el vigor necesario para tirar del trineo, y gracias a tan fornido perro habían podido llegar, Gastón y Juana, hasta las márgenes del río Rocher. Y allí fue donde nació Juanita.

Por no haber conocido más amos que a Gastón Rouget, a Juana y a la niña. *Tesoro* se diferenciaba notablemente de los demás perros. A pesar de haber vivido siempre en mitad de las selvas, no tenía instintos salvajes. Cuando mataba, no mataba por el mero placer de matar, sino por necesidad. Y nunca se iba a buscar la compañía de los lobos, ni salía durante la época del celo, en busca de una hembra, lo cual dejaba atónito a Gastón Rouget. Durante el celo, sin embargo, sentía él, más que nunca, la depresión y la tristeza de la soledad, porque su alma anhelaba la posesión de una compañera.

Gastón comprendía la causa de la tristeza de *Tesoro* y le acariciaba diciéndole:

—Tú, pobre amigo, necesitarías una compañera. ¿Por qué no sales por ahí y te buscas una loba? ¡Hay lobas muy bonitas por estos contornos!

Y Gastón se estremecía luego, pensando en lo que Juana diría si oyera tan monstruoso consejo.

Pero *Tesoro* no quería nada con las lobas, y vagaba solitariamente por las noches, a la luz de la luna, deteniéndose a escuchar los aullidos, pero sin contestarlos. Porque, para él, aquellos aullidos que llenaban la extensión de los bosques, por la noche, eran la expresión de una alianza imposible. Sabía perfectamente que él era un perro, y esperaba que el destino le pondría algún día a alguna hembra de su misma especie en su camino, y con esta esperanza vivía y se consolaba año tras año, porque el rancho más próximo distaba del de Rouget más de cincuenta kilómetros, y las perras que

había en aquel rancho eran feas, tan feas que más parecían lobas que perras, y no ejercían sobre *Tesoro* ningún atractivo.

—También tú eres caprichoso —le decía a veces Gastón—. No te gustan las lobas, no te gustan las perras feas: eres un romántico.

Y luego se volvía hacia Juana, para decirle:

—No hay otro perro como nuestro *Tesoro*. Mira si nos tiene ley, que ni siquiera en la época del celo nos deja en busca de pareja.

Y Juana cogía la cabeza de *Tesoro* entre sus brazos, y juntos soñaban, hombre, mujer y perro, en las regiones más meridionales pobladas de ranchos, personas, amigos... Porque, a pesar del afecto que ligaba a aquellos tres seres, había momentos en que los tres sentían en su alma el frío de la soledad.

Una noche, iluminada por las estrellas y la luna llena, *Tesoro* oyó una voz que no había oído nunca en aquellas selvas. No era el maullido de un lince, no era el ladrido de una zorra, no era el bramido de un alce, no era, tampoco, el aullido de un lobo: era la voz del ser que él tanto anhelaba encontrar, era el ladrido de una perra.

A más de un kilómetro de distancia, en la meseta formada por un cerro, *Firefly* ladraba a un alce que pasaba cerca de ella. Junto a *Firefly* estaba *Centella* su marido. Desde que la linda perra escocesa había abandonado el buque y su tripulación para emprender la vida errante a través de selvas y desiertos, en compañía de *Centella*, no dejó de ladrar, ni una sola vez, a cuantos seres vivientes pasaban cerca de ella, lo cual era muy del agrado de *Centella*, porque el ladrido era para él una música deliciosa que evocaba en su alma reminiscencias de *Scaquen*, el gran danés.

Desde la meseta, iluminada, casi, como durante el día, *Firefly* y *Centella* miraban hacia una llanura que se extendía delante de ellos como un mar. Los objetos aparecían ante sus ojos, a la luz de los astros, indistintos y como lejanos. Así fue como, cual si pasase envuelto en vaporosa neblina, habían visto *Centella* y *Firefly* el cuerpo voluminoso del alce. Y *Centella* escuchaba y miraba a *Firefly* con el alma henchida de alegría, porque para él no había en el mundo entero un ser más encantador que aquella hermosa y gentil compañera suya. *Centella* ya no era el lobo carnicero y sanguinario de antes, el jefe de la manada, el dominador; ya no corría con los vientos para medir su velocidad con la de Eolo, ni provocaba a las fieras a combate tan sólo por el placer de vencerlas. A muchas cosas había renunciado; pero había hallado la felicidad a cambio. En vez de dominar, como antes, era dominado, y en vez de mandar obedecía, exceptuando, sin embargo, los momentos en que se ventilaba algún negocio de vida o muerte. Del mismo modo que los hombres se dejan dominar, a veces, por las mujeres, *Centella* aceptó con gran satisfacción la dulce tiranía de *Firefly*. Y *Firefly*, con el instinto peculiar a su sexo, abusaba de su poder, imponiendo a *Centella* todos sus gustos, antojos y caprichos. Si *Firefly* deseaba vadear un arroyo y *Centella* no quería vadearlo, lo vadeaban. Si ella quería dormir y él deseaba

andorrear, dormían. Si a ella se le antojaba marchar hacia el Este, y él pretendía marchar hacia el Oeste, marchaban hacia el Este. Deliciosa esclavitud que *Centella* aceptaba gustoso y lleno de felicidad, porque sabía que su abdicación era sólo aparente, y que la superioridad real continuaba perteneciéndole como siempre. En la caza, cuando el hambre los apretaba, *Firefly* se colocaba a su lado, mirándole con atención para adivinar sus pensamientos. Y cuando los rayos, y los truenos, que ella tanto temía, conmovían el espacio, acudía también a él, en busca de protección, colocando la cabeza debajo de su cuello. Y cuando el sueño la acosaba, se tumbaba a su lado sabiendo que cerca de él estaba defendida y protegida. Pero cuando veía a *Centella* en peligro, como la noche de la terrible pelea con el lince, se olvidaba de su feminidad y luchaba denodadamente en defensa de su esposo. Ella fue la que, con sus dientes, ayudó a dar muerte a *Pisew*, y ella continuaba siendo la que, en un momento dado, sabía atacar y defenderse con el valor característico de la raza escocesa.

Aquella noche *Centella* contemplaba satisfecho a *Firefly*, en la meseta iluminada por la luz de la luna y las estrellas. Varias veces habían ido a aquella meseta, en donde les gustaba descansar, después de un día caluroso, disfrutando del fresco de la noche. Pero aquella noche ladró *Firefly*, por primera vez, desde la meseta, más allá de la cual nunca se habían atrevido a ir, ni ella ni *Centella*, en dirección del rancho de Gastón Rouget, y por lo tanto no sabían nada de lo que pasaba por allí. Nunca habían sentido aún el olor del humo que salía por la chimenea del rancho, no habían tropezado con ninguna pista humana, porque Gastón solía alejarse poco en aquellos días calurosos del verano. Ni necesitaban, tampoco. *Centella* y *Firefly*, ir a buscar lejos la felicidad, porque en aquellas selvas vivían como en un paraíso. En ellas el sol brillaba de día, y por encima de ellas las estrellas y la luna lucían su espléndida belleza por la noche. Y *Firefly*, a pesar de no tener en sus venas ni una sola gota de sangre de lobo, era feliz en aquel mundo. Gustábale cazar. Gustábale correr velozmente al lado de su esposo. Amaba las frescas selvas, los húmedos pantanos, los ocultos lagos y los retorcidos arroyos con sus misteriosos meandros, sus sorpresas y sus invitaciones a la caza y a las aventuras. Y aquella noche, aun después de haber desaparecido *Eyapas*, el gigantesco alce, *Firefly* continuó ladrando, sólo por el placer de ladrar, llenando con ello de felicidad el corazón de *Centella*.

Atraído por los ladridos, avanzó *Tesoro* algunos pasos. No estaba ya *Tesoro* en la época del celo; pero no importaba. Con los años que llevaba de anhelar la compañía de una hembra, hubiera contestado al ladrido de una perra lo mismo en invierno que en verano, y, a pesar de no estar ya en primavera. *Tesoro* se internó en los bosques deseoso de encontrar al ser que conmovía el aire con el eco de aquella voz tan melodiosa. Marchó en línea recta, sin detenerse en rodeos para salvar pasos difíciles. Si su amo o su ama le hubieran llamado en aquel momento. *Tesoro* no los hubiera oído, o, si los hubiera oído, no los hubiera obedecido. Y si en vez de uno o dos

kilómetros, hubiera habido entre él y *Firefly* setenta u ochenta kilómetros, estos ochenta kilómetros hubiera recorrido de una sola tirada, en el supuesto de que hubiese podido oír milagrosamente la voz de *Firefly* a pesar de la gran distancia. Llegó, al fin, al pie del cerro, deteniéndose allí, para escuchar y dar algunos aullidos, aunque en vano. *Firefly* ya no volvió a ladrar y *Tesoro* subió al cerro, husmeando el aire, en busca del ser cuya voz ya no podía oír. Subió por el sendero trazado por *Kak*, el puerco espín, que solía subir dos veces al día a la meseta que coronaba el cerro, para pacer su verde hierba y abrevarse en las aguas que salían de uno de sus extremos dando origen a un claro riachuelo.

Firefly fue la que primero notó la llegada de *Tesoro*. *Firefly* había ido a colocarse al borde de la meseta, junto a la trocha del puerco espín, dejando a *Centella* en el otro borde de la meseta, contemplando el llano, y fue ella quien primero husmeó la llegada de *Tesoro*. El viento era contrario, y *Centella*, distraído, nada olfateó; pero *Firefly*, tan pronto como percibió el nuevo olor, sintió la diferencia. El nuevo olor no era el olor de un lobo. No era tampoco el olor repugnante de los perros esquimales que había conocido a bordo del ballenero. Era el mismo olor de su padre, y de su madre, y de los hermanitos y hermanitas con quienes había jugado en su infancia. Aquel olor la hizo temblar de emoción. lo mismo que si hubiera vuelto a hallar el amo a quien había dejado enterrado debajo de un gran túmulo de piedras amontonadas. No avanzó para salir al encuentro del recién llegado, ni tampoco retrocedió. Se acostó sobre su vientre y esperó. Y *Centella*, mirando perezosamente al llano, desde el otro extremo de la meseta, no advirtió lo que sucedía a poca distancia de él. *Tesoro*, con todos sus músculos en tensión, llegó hasta unos tres metros de *Firefly*. La vio, y ni notó, ni husmeó nada que no fuese ella. Al mirarla le brillaban los ojos como dos ascuas, y *Firefly*, para mejor exhibir su belleza, se puso en pie, y aguardó. *Tesoro* avanzó despacio. Ni uno ni otra hicieron ruido, permaneciendo los dos mirándose un buen rato, y examinándose con interés.

Al cabo de un rato. *Tesoro* exhaló un ronquido de júbilo y *Centella* volvió la cabeza. Y vio a la enorme bestia que contemplaba a *Firefly*, y, con una impresión que pareció helarle la sangre, vio a *Firefly* contenta y satisfecha frente al intruso. Durante medio minuto permaneció más quieto que una estatua. Se levantó luego, con la cólera retratada en sus ardientes ojos, y de su garganta salió un ronquido de mortal amenaza. *Firefly* comprendió la significación de aquel ronquido, y *Tesoro* también la comprendió. De repente, *Firefly* corrió a situarse entre los dos rivales. Paso a paso, terrible y amenazador. *Centella* avanzó. Sus músculos estaban tan tensos como cuando luchó con *Baloo*, el jefe de la manada. Y a medida que *Centella* avanzaba, también avanzaba *Tesoro*, de tal modo, que al cabo de treinta segundos cualquiera de los dos rivales hubiera podido salvar de un solo salto la distancia que los separaba. *Firefly* temblaba aterrorizada. Pero pronto, con su habilidad de hembra, supo dominar

la situación. Meneó la cola alegremente y púsose a hacer monadas a la luz de la luna, de tal modo, que la atención de los dos rivales fue a fijarse únicamente en ella. En seguida corrió hacia *Centella*, mordiéndole varias veces en broma, y corriendo luego a situarse de nuevo entre los dos rivales. Para *Centella* todo aquella era sorprendente e inexplicable. Volvió nuestro lobo a mirar nuevamente a *Tesoro*; mas en los ojos de *Tesoro* no había provocación ni amenaza. El mastín era todavía más fornido y corpulento que *Centella*. Su pecho era más ancho, su cabeza era más maciza, sus mandíbulas eran casi tan fuertes como las de un león. Pero no era la provocación ni la amenaza lo que expresaba su mirada. Expresaba más bien la contrariedad y el desaliento. Con sus mandíbulas hubiera podido triturar las vértebras cervicales de un toro; pero no tenía sangre de luchador, porque era un perro domesticado, esclavo del hombre, siervo de la mujer y adorador de una niña.

Centella, dispuesto al combate, vio, a la luz de la luna, lo que nunca en su vida había visto. Tiempo atrás *Mistic* se le había acercado del mismo modo, sin querer luchar. Pero entre él y *Mistic*, entonces, no mediaba ninguna hembra, pues de haber mediado la hembra hubieran luchado hasta que uno de los dos hubiese caído muerto al suelo. La sangre le corría roja y cálida por las venas. De su garganta continuaban saliendo ronquidos amenazadores. Pero empezaba a hacerse cargo de la situación. El intruso no era un lobo. Tampoco era un perro como los perros que había conocido a orillas del océano Glacial. Porque el olor de aquel animal era idéntico al de *Firefly*, su compañera.

El odio se apagó en su corazón. La amenaza desapareció de sus ojos. Dentro de él el instinto realizó un milagro, y *Centella* no se fijó ya en *Firefly*, sino en *Tesoro* únicamente. Y de nuevo, volando a través de las varias generaciones de lobos que le separaban de sus más lejanos ascendientes, el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, volvió a introducirse en el cuerpo de *Centella*. Y con el espíritu del gran danés volvieron los antiguos anhelos, los deseos, los ensueños. Porque en el corazón de *Centella* había claras reminiscencias de los tiempos en que *Scaguen*, su tatarabuelo, vivía en contacto con el hombre blanco, y *Tesoro* era, en aquel momento, un representante, un emisario del hombre de raza blanca a cuyo servicio había estado *Scaguen*. Durante un rato, sobre la verde meseta que coronaba el cerro, *Centella* dejó de ser *Centella* para convertirse en el *Scaguen* de muchos años atrás; realizada la transformación, salió de su garganta un sonido muy distinto, y las dos bestias, un minuto antes rivales, avanzaron algo más, hasta tocarse con el hocico, de tal modo que la luna y las estrellas pudieron contemplar aquella noche el espectáculo sorprendente de una perra, un perro y un lobo unidos con lazos de verdadera amistad.

Aquella noche *Tesoro* permaneció poco rato en la meseta. Nacido y educado en casa del hombre de raza blanca, y acostumbrado a respetar la propiedad marcada por

los setos, las tapias y los mojones, comprendió que estaba invadiendo un terreno que no le pertenecía y no quiso permanecer allí demasiado tiempo. A la meseta habían llegado antes que él *Centella* y su coima, y a ellos pertenecía aquel terreno. Y lo que pensaba de la verde meseta, pensaba también de *Firefly*. *Firefly* era de *Centella*. Era la hembra, la compañera de *Centella*, y él no tenía el derecho de disputársela. El perro es polígamo. Pero los muchos años que *Tesoro* había vivido en contacto con la selva, habían infundido en él instintos selváticos, del mismo modo que a *Firefly* se los había infundido el corto tiempo que llevaba de vida nómada y errante al lado de *Centella*. Si *Tesoro* hubiera tenido una hembra, habría salido a pelear por ella. Habría peleado hasta morir. Pero no estaba dispuesto a pelear por una hembra que pertenecía a otro. Era la ley de la monogamia aceptada por él, no en virtud de instintos heredados, sino merced a razonamientos impuestos por las circunstancias. Cuando volvió aquella noche al rancho de su amo y de su ama, estaba descorazonado y alicaído a pesar de la alegría de su descubrimiento. *Centella* y *Firefly* le acompañaron un rato, cuando él abandonó la meseta; pero a cierta distancia *Centella* se detuvo, y *Firefly*, viendo que su compañero no quería ir más lejos, se detuvo también. Aquella noche no quiso imponer sus caprichos, y, haciéndose cargo de la situación, cuando vio a *Centella* decidido a no seguir andando, desistió también ella de continuar junto a *Tesoro*.

En el cerebro de *Centella* proseguía el debate entre dos seres distintos: el lobo y el perro, representado por el espíritu de *Scaguen*, el gran danés. Y, por segunda vez en su vida, comprendió *Centella* que la lucha no era su ideal, y que *Tesoro*, al marcharse, había dejado en su alma un vacío análogo al que le dejó *Mistic* al abandonarle. Al mismo tiempo sentía una inquietud extraña, una sensación de intranquilidad y de alarma, parecida a la angustia que sintió cuando el buque y los hombres que componían la tripulación le desposeyeron durante unos días de su querida *Firefly*. No era miedo a la rivalidad de *Tesoro*. Con *Tesoro* hubiera podido luchar lo mismo que luchó con *Baloo* y con los perros del buque. Pero existían rivales a quienes no podía combatir con los colmillos. Había sentido el olor de esos rivales en la piel de *Tesoro*. Porque *Tesoro* llevaba impregnada la piel del olor del rancho, del olor de las manos del hombre, de las manos de la mujer, de las manos de la niña.

Durante el resto de aquella noche se esforzó en llevar a *Firefly* lejos de la meseta del cerro y de las huellas de *Tesoro*, no consiguiendo más que a medias su propósito, pues *Firefly* se dio tal maña en hacerle dar falsos rodeos que, después de mucho andar, no se habían alejado ni un kilómetro de los lugares frecuentados por *Tesoro*. *Centella* comprendió perfectamente el cambio que se había operado en su compañera. Era evidente que *Firefly* deseaba retroceder. Parábase a veces, y permanecía quieta durante algunos minutos, con los ojos fijos en las huellas que dejaba tras de sí. En cualquiera otra ocasión, después de una noche de andorrear ella hubiera sido la

primera en hallar un lugar en donde tumbarse a dormir antes de que saliera el sol. Era ésta una costumbre que *Firefly* había tomado fácilmente de los hábitos de los lobos. Aquella noche fue *Centella* el que dio la señal de acostarse, y *Firefly* se acostó pronto, preparándose a dormir hecha un ovillo. Pero no pudo pegar los ojos. Su cerebro estaba demasiado excitado. Pero aunque no durmió, permaneció tan quieta que *Centella* la creyó dormida. Y dando un suspiro de satisfacción, se acomodó lo mejor que pudo y se durmió en el instante en que el sol comenzaba a secarle, con sus rayos, el rocío de que estaba cubierto.

Cuando se despertó, el sol ya estaba algo por encima del horizonte. Volvió rápidamente la cabeza hacia donde pensaba hallar a *Firefly*; pero *Firefly* ya no estaba allí. Miró un rato alrededor suyo, esperando verla u oírla. Fue luego al lugar en donde la había dejado y olfateó; levantó en seguida la cabeza, y en sus ojos se retrataron las inquietudes y el recelo. El lecho de *Firefly* estaba frío y apenas olía, señales claras de que *Firefly* había partido mucho rato antes.

Centella aulló e hizo rechinar los dientes de un modo extraño. Encontró la pista y comenzó a seguirla. Esta vez la pista no era tortuosa, sino recta, y se dirigía a la meseta que coronaba el cerro.

Centella llegó a la meseta con el temor en el corazón. Temor y esperanza: temor de no encontrar allí a su hembra, y esperanza de encontrarla. Pero en el prado que cubría la meseta no había más ser viviente que *Kak*, el puerco espín. Y *Centella*, merced a su fino olfato, descubrió que *Tesoro* había estado allí pocos minutos antes. El olor de sus huellas estaba todavía caliente, lo mismo que el de las huellas de *Firefly*, y de nuevo todos los músculos de *Centella* pusiéronse tensos como el acero, y de nuevo, también, un ronquido amenazador salió de las terribles fauces. Nuestro lobo siguió las pistas lentamente, paso a paso, vigilante y alerta; nuevamente preparado a la lucha y a la venganza. *Tesoro* y *Firefly* habían marchado sin detenerse hasta llegar a cierto punto más allá del cual *Firefly* se había negado a continuar. Las huellas acreditaban la obstinación de la una en no seguir adelante, y la del otro en querer proseguir la marcha. *Firefly*, por fin, había cedido; pero desde aquel punto las vacilaciones se multiplicaban cada vez con más frecuencia. Pero siempre *Tesoro* lograba hacerse seguir.

Para *Centella* no había ya duda posible: *Tesoro* le robaba su hembra. En su sangre ardía el deseo de venganza, con el mismo ímpetu que se dejó sentir este afán cuando luchó con *Baloo* a causa de la joven loba. Siguió el rastro de los fugitivos, lentamente y con cuidado. En su alma de animal no sentía ninguna amargura contra *Firefly*. No le parecía a él que ella fuera la responsable de la felonía. El criminal era *Tesoro*, y a *Tesoro* quería él castigar, matándolo, a ser posible.

Pero no tardó en encontrarse con algo que echó todos sus planes de venganza por tierra. Como el viento no le era favorable, llegó hasta un calvero sin husmear antes lo

que había de ver en el instante mismo en que los troncos y la espesura no le obstruyeran la vista. En el extremo opuesto de la pradera desprovista de árboles, vio *Centella* el nuevo rancho de Gastón Rouget, a unos trescientos o cuatrocientos metros de distancia. A medio camino entre él y el rancho estaba *Firefly*, y un poco más allá *Tesoro*. Y, fuera de la cabaña, contemplando el drama que se avecinaba, estaban Gastón Rouget, Juana y Juanita, la hija de ambos. El deseo de venganza tuvo que ceder lugar, en el corazón de *Centella*, al abatimiento y la desesperación. En sus ojos se retrató una angustiosa expresión de inteligencia, de temor y de desamparo. En el sitio en donde se alzaba la cabaña, creyó ver *Centella* una vez más el buque anclado entre los hielos, el túmulo de piedras, y todo cuanto había sido capaz de seducir a *Firefly* cuando ésta le abandonó durante unos días. Y como *Tesoro* era una de las cosas que seducían a *Firefly*, *Centella* volvió a odiar al mastín con toda la fuerza de su corazón salvaje. Pronto oyó la voz de la mujer, y su sonido le hizo estremecer. Era la misma voz de la mujer de larga cabellera que les había lanzado, a él y a *Firefly*, piltrafas de carne de *Pisew*, el lince.

Su corazón dejó de latir. *Firefly* avanzaba hacia la mujer. La mujer adelantaba también hacia *Firefly*, llamándola con tal suavidad y dulzura que su voz apenas llegaba hasta los oídos de *Centella*. *Firefly* dio algunos pasos más y se detuvo de nuevo; *Tesoro* insistió una vez más para que siguiera adelante. Sucedió, entonces, una cosa extraña. La niña despegó su mano de la del hombre, y pasando por delante de su madre, sin que ésta pudiera detenerla, se dirigió corriendo hacia *Firefly*. Ésta no retrocedió, antes bien permaneció mirando a la niña, mientras Juanita se detenía para acariciar a *Tesoro*. En aquel momento el hombre empezó a andar, detrás de la mujer, adelantando también las manos y llamando con suaves inflexiones de voz. El temor de *Centella* creció de punto. Porque *Centella* no había olvidado cómo había intentado matar Gastón Rouget a *Firefly*, en la almadía, durante los días de hambre. Tampoco *Firefly* había olvidado la cuchillada. La cicatriz aparecía aún ancha y profunda encima de la espaldilla. *Centella* levantó la cabeza y lanzó al aire un aullido de atención y alarma. Este aullido tuvo la virtud de volver a *Firefly* a la realidad, y como si la voz de su marido la hubiese sacado de un profundo sueño, volvió rápidamente la cabeza y como una exhalación voló hacia él, mientras Gastón, señalando a los dos animales, decía a la mujer:

—El lobo; mira, el lobo que Dios nos envió para que matara al lince y no tuviéramos que morirnos de hambre en el Kwahoo.

Y mientras el hombre y la mujer observaban al lobo, *Tesoro* empezó a trotar despacio siguiendo a *Centella* y *Firefly*, que volvieron a buscar refugio en la espesura.

Y una vez allí, todo el temor y la zozobra de *Centella* se trocaron nuevamente en gozo, porque *Firefly* comenzó a hacerle zalemas, como si comprendiera que le había

jugado una mala partida y que le debía un desagravio. *Centella* la perdonó pronto, y luego, con profunda sorpresa por su parte, levantó la cabeza y vio a *Tesoro*, de pie, a poca distancia.

En la actitud del mastín no había el menor signo de amenaza. Parecía haber ido allí más bien para presentar sus excusas y disculparse que para batirse. Movía, incluso, amablemente, el rabo, cosa que un mastín no hace sino en muy contadas ocasiones. Y *Centella*, al mirarle cara a cara, y sostener su mirada, pareció sentir algo muy parecido a la antigua amistad y camaradería que le había unido a *Mistic*, el gran lobo gris. Y se acercó a *Tesoro* y le olió la cabeza y cuerpo, sin que *Tesoro* mostrara temor ni recelo alguno, y, por segunda vez, las dos temibles bestias contemplaron lado a lado, y en santa paz, a *Firefly*.

A pesar de su amistad hacia *Tesoro*, amistad que le era imposible dejar de sentir. *Centella* se halló más y más bajo la influencia de una gran depresión, a medida que los días fueron transcurriendo. No podía lograr nunca que *Firefly* le siguiera a demasiada distancia del rancho de Rouget, y apenas se pasaba día, o noche, sin que el gran mastín les hiciera una visita y permaneciera un buen rato con ellos. *Centella*, en su cerebro de animal, comprendía perfectamente que *Firefly* aguardaba siempre con impaciencia la llegada de *Tesoro*. En la vida de las bestias los celos se convierten en una pasión terrible; pero en el alma de *Centella* esta pasión permanecía en estado latente. Porque una voz interior le decía que algo más fuerte que los colmillos y los dientes, y contra lo cual no le sería posible luchar, acabaría por arrebatárle definitivamente a *Firefly*. Ese algo no era *Tesoro*; ese algo era el rancho construido en una extremidad del calvero, con toda la gente que lo habitaba. Si *Tesoro* hubiera sido un lobo, el asunto se hubiera decidido en cruel combate. Pero *Tesoro* no era un lobo; era una parte integrante del rancho. Y era un animal de la misma especie de *Firefly*, un verdadero perro. *Centella*, a ratos, se sentía demasiado exótico con respecto a *Firefly*. Porque, al fin, llegó el día en que *Firefly* se dejó tocar por Juana y la niña, y *Centella* sintió el olor de las manos humanas en el pelo de la perra. Y este olor fue para él un mal presagio.

Para *Firefly*, Juana, la niña, *Tesoro* y el rancho, eran cosas que le recordaban el mundo en que había nacido. No había gran diferencia, al fin y al cabo, entre la mujer de la voz dulce y pelo negro y la hermosa mujer rubia que *Firefly* había adorado en una ciudad del Sur. Y tampoco había gran diferencia entre Juanita y las otras niñas con quienes había jugado antes de embarcarse en el buque ballenero, ni entre *Tesoro*, el mastín, y los demás perros que había conocido. Pero *Firefly* no podía explicar, ni dar a entender todo esto a *Centella*. Ella había aceptado contenta la vida errante y selvática, para seguir al lobo; pero le era imposible lograr que él, en justa correspondencia, llegase, por seguirla a ella, hasta las puertas de la civilización.

Centella no podía comprender la índole de amistad que *Firefly* sentía por *Tesoro*, y era lástima que no la comprendiera, porque hubiera sufrido menos. Dondequiera que *Tesoro* les acompañara, la actitud de *Firefly* le mantenía a prudente distancia. Nunca *Firefly* jugaba con él como jugaba con *Centella*, ni le mordía zalamera como mordía a este último. Cuando los tres se echaban a descansar, *Firefly* iba siempre a hacerse un ovillo bien pegada al cuerpo de *Centella*, y *Tesoro* tenía que ir a echarse más lejos. Dos veces, *Firefly* le había dado a entender claramente lo que él podía esperar de ella. Las dos veces que *Tesoro* se le había acercado más de lo conveniente, ella le había hundido fieramente los colmillos en su carne, y el gran mastín había tenido que comprender melancólicamente que jamás poseería a la perra que pertenecía a *Centella*.

Una semana después de la primera visita de *Firefly* al rancho. *Centella* se clavó una espina en una pata. Durante dos o tres días anduvo cojeando. Encontró luego un lugar fresco y sombreado, cerca de un manantial, y allí se dejó caer muellemente, vencido por el dolor. La pata se hinchó y la fiebre le retuvo en aquel sitio durante varios días. El primero de su enfermedad, *Firefly* permaneció junto a él, lamiéndole la pata y mirándole con sus brillantes ojos. *Tesoro* fue también a visitarle, permaneciendo un rato con ellos. Cuando *Tesoro* se marchó, *Firefly* no mostró ningún deseo de acompañarle. El segundo día, al llegar la hora de la vuelta de *Tesoro* al rancho, *Firefly* le acompañó un rato; pero a la media hora ya había regresado al lado de *Centella*. Pero aquella noche, mientras cazaba a la luz de la luna, no llevaba por compañero a *Centella*, sino al gran mastín.

El cuarto día de su enfermedad, *Centella*, al despertarse, se encontró con que *Firefly* no estaba a su lado. Púsose penosamente en pie, llamándola con repetidos aullidos, y marchó luego cojeando hasta el manantial. Bebió hasta apagar la sed, y se detuvo después un rato a escuchar. Se echó de nuevo y volvió a expresar la tristeza de su soledad por medio de unos aullidos llenos de melancolía. Mas ni siquiera entonces sintió deseos de vengarse de *Tesoro*. Pasó una hora y oyó pasos de repente. A los pocos minutos *Tesoro* estaba en presencia de él.

En las miradas de ambas bestias había la misma pregunta. ¿Dónde estaba *Firefly*? *Centella* miró detrás de *Tesoro*. *Tesoro* olfateó el aire y miró y escuchó alrededor de él. Quizá no pasó más de un minuto sin que uno y otro animal se hicieran cargo de la situación. *Firefly* no había estado con *Tesoro*. Y tampoco estaba al lado de *Centella*. Al aullido interrogante de *Centella*, respondió *Tesoro* con otro aullido de interrogación. Comenzó a olfatear, y a buscar, en seguida, por los lugares más próximos; pero había tantos rastros de *Firefly*, cruzándose en todas direcciones, que las pesquisas resultaron completamente infructuosas. Volvió *Tesoro* a reunirse con *Centella* y durante media hora aguardaron ambos animales sin apenas moverse.

En vista de que *Firefly* no volvía, *Tesoro* regresó de nuevo al rancho de Gastón

Rouget.

Pero a un par de kilómetros más lejos, junto a un recodo del río Rocher, *Firefly* estaba echada debajo de unos matorrales, con los ojos brillándole de entusiasmo. A unos quince o veinte metros de ella ardía el fuego que un indio había encendido delante de su cabaña. Hacía media hora que Meea, el indio, había encendido aquel fuego, de vuelta de la pesca, para cocer un pescado, y porque *Waps*, la perra, único ser viviente con quien Meea vivía, había intentado robarle el pescado, el indio había pegado a la infeliz bestia casi hasta dejarla sin vida. *Firefly* oyó los quejidos de la pobre *Waps*, y se fue a esconder debajo de las matas, desde donde la contempló largo rato con infinita simpatía. *Waps* era una perra preciosa, que había pertenecido a una familia de raza blanca antes de caer en poder de Meea, el indio, que se había adueñado de ella, tiempo atrás, robándola. Meea la maltrataba enormemente, habiéndole pegado aquel día más de lo ordinario, para castigarla del delito de haber querido comer, acuciada por el hambre, sin pedir permiso.

Hasta pasado un buen rato después de que Meea, el indio, se echó a dormir la siesta, *Firefly* no se movió del sitio en donde estaba oculta. Mientras tanto, pensaba y cavilaba en su rústico cerebro, sin dejar de contemplar con un interés extraordinario a *Waps*. *Waps* era una perra algo más pequeña que ella, pero de una belleza indiscutible. La pobre bestia vio, de repente, a *Firefly*, que había salido de su escondite y que la invitaba a seguirla moviendo el rabo y haciendo zalemas que ningún perro del mundo hubiera dejado de entender. Dos minutos más tarde ambas perras se olían amigablemente, y *Waps* daba saltos de alegría y movía el rabo frenéticamente. No le fue difícil a *Firefly* expresarse. «He de enseñarte algo que te gustará —parecía decir a *Waps* con todas sus zalemas—, sígueme». Y *Waps*, dolorida por la gran paliza que acababa de recibir, se dejó convencer fácilmente y siguió de buen grado a *Firefly*.

Y una hora después, Juana, desde la puerta de su rancho, vio algo que hizo que llamara en seguida a su marido. Gastón acudió al lado de Juana, y el asombro de ambos fue extraordinario cuando observaron que junto a *Tesoro* estaba *Firefly* con otra perra, y que *Centella* no estaba allí.

Tesoro oliscaba a *Waps* y cada pelo de ésta parecía llenarle a él de felicidad. Saltaba el mastín, triscaba y hacía mil locuras para demostrar su gozo, porque, al fin, después de muchos años de espera, había hallado una hembra, libre, bonita y de su misma especie, como *Firefly*, la compañera de *Centella*.

Y *Firefly*, comprendiendo que su misión allí había concluido, volvió grupas a Gastón y Juana, y se puso a trotar en dirección del bosque. *Waps* no intentó seguirla y *Tesoro* ni siquiera notó su marcha. Orondo y satisfecho, condujo a *Waps* hasta la puerta del rancho, en donde Juana y Gastón Rouget contemplaban atónitos el milagro que la vida había realizado ante sus ojos: *Tesoro*, al fin, había encontrado su pareja.

Capítulo 9

Centella se civiliza

La gloriosa primavera de las tierras nórdicas, con su exuberancia de vida y dulces armonías, había terminado. El verano estaba ya en sus postrimerías. El otoño se aproximaba.

Aquel año, primavera y verano habían revestido especial majestad en las yermas regiones que se extienden, a muchos miles de kilómetros de toda civilización, entre el Great Slave y el río Rocher. Después de las abundantes nieves del invierno había llegado una primavera más espléndida y feraz que cuantas recordaban las escasas personas que se habían aventurado a vivir en aquellas regiones apartadas. Y el verano había sido tan óptimo y ubérrimo como pudo haberse esperado tras de tan magnífica primavera. Durante tres meses la tierra parecía fluir en abundancia con que nutrir pródigamente a sus criaturas. Los árboles y los arbustos brindaban sus sabrosos frutos a todo ser viviente. Entre la hierba, junto a los estanques, en todas partes, el hombre podía hallar, sin más trabajo que el de recogerlos, sanos y substanciosos frutos. En el suelo había tantas fresas que, cuando Gastón y Juana salían en busca de ellas, regresaban con el calzado rojo de las muchas que habían aplastado al andar. Las grosellas, las frambuesas y los madroños alegraban con sus vistosos colores el paisaje, y no había árbol que no doblegara sus ramas bajo el peso de la fruta de que estaba cargado. Parecía que aquel año la Naturaleza se había excedido, dando de una sola vez lo que hubiera tenido que ofrecer en varias décadas.

Y los bosques, las selvas y los eriales sonreían embriagados en su propia felicidad. Los escasos habitantes de aquellas regiones trabajaban febrilmente almacenando y recogiendo víveres para el invierno. Los animales silvestres engordaban comiendo hasta saciarse del abundante alimento que por todas partes hallaban. Aquel año los pequeños osos negros estaban tan gordos que parecían verdaderas bolas. Todas las bestias, lo mismo las de pezuña hendida, que las que tienen garras, que las que están cubiertas de pluma, medraban y se multiplicaban prodigiosamente.

Pero el otoño, con sus primeros fríos, se acercaba más que de prisa, y con su llegada todos los seres de la creación comenzaban a perder sus ardores y exuberancia de vida. Era la estación otoñal como un tónico que llegara a tiempo de templar los excesos pletóricos de seres sobrados de bienes y sobrealimentados. Y los bosques agradecían la llegada del mes de septiembre, porque añadía a su eterna belleza los tonos delicados de las hojas que empezaban a palidecer y a secarse. Era una poesía distinta de la de la primavera, pero no menos penetrante y más delicada, la que flotaba en el ambiente durante las primeras semanas del otoño, y una noche, Gastón Rouget, sentado con su mujer y su hija a la puerta de su rancho, cogió el violín y

cantó dulces y suaves canciones bajo la luz de las estrellas.

Y como una respuesta a sus gratas canciones, llegó hasta sus oídos un aullido de soledad y melancolía exhalado por algún lobo errante desde algún rincón lejano del bosque. Gastón buscó la mano de Juana, y, apretándola, le dijo verdaderamente emocionado:

—Es el lobo del Kwahoo, Juana. Los primeros fríos se aproximan, y muy pronto abandonará estos parajes definitivamente. Tan pronto como los demás lobos comiencen a reunirse en manadas, él se unirá a ellos y desaparecerá. Casi estoy por decirte que lo siento.

Era, en efecto, *Centella* el lobo que había proferido el aullido desde unos dos o tres kilómetros de distancia. Dio solamente un aullido, y se sentó después sobre sus ancas, escuchando presa de un sentimiento que iba apoderándose de él cada vez con más fuerza, a medida que la estación adelantaba y los fríos se acercaban. Porque aquel verano, los bosques no habían sido para él el paraíso que habían sido para las demás bestias. El alimento no le había faltado. Los días felices y las noches venturosas, tampoco. Pero, dentro de él, un cáncer le corroía sin cesar, robándole la paz y la felicidad del alma.

No era que suspirara por las regiones árticas de las manadas de lobos blancos, en donde él había nacido, y donde él había disfrutado los honores de la jefatura. No era que él suspirara por las inmensas llanuras blancas en donde, muchos años atrás, *Scaguen*, el gran danés, había ido a dar vida a él y a sus progenitores, entre los lobos, pues los meses de plenitud en mitad de los bosques le habían hecho olvidar muchas cosas. Ya no se acordaba de las truculentas cacerías realizadas bajo el fantástico resplandor de la aurora, ni de la sangre que caía, caliente y roja, sobre la nieve, coloreándola, ni de los grandes duelos que había sostenido y los grandes combates que había ganado durante aquella oscura época de su vida. Ya no se acordaba de *Baloo*, el gran jefe de la manada, a quien él había vencido en terrible y enconada lucha. Habíase olvidado ya de los renos de *Olee John*, degollados en unas cuantas horas al impulso feroz de un hambre loca. La memoria no le presentaba ya a su imaginación los días, y las semanas, y los meses de inanición y de famélica y terrible lucha por la vida. Porque la Naturaleza no borra de un modo total y definitivo, de la memoria de las bestias, el recuerdo de lo pasado; pero lo mantiene apagado y dormido, de suerte que solamente vuelve a resurgir, en toda su viveza y frescura, cuando algún suceso, quizá años después, provoca la reminiscencia. *Centella*, por ejemplo, no se acordaba ya del olor de los odiosos perros esquimales; no obstante, si aquel olor hubiera vuelto a ofender su olfato, hubiera vuelto a recordar en seguida a las detestadas bestias, y en él hubiera renacido también inmediatamente su inveterada enemistad. De *Wapusk* no se acordaba ya ni por asomo; pero si, milagrosamente, *Wapusk* hubiera surgido un día delante de él. *Centella* hubiera recordado en seguida

las terribles luchas que había tenido que sostener con el enorme oso blanco.

Era *Firefly*, su compañera, la causa de sus tristezas, sus temores y su intranquilidad. Porque una cosa se mantenía siempre viva en su memoria sobrenadando por encima de todo el tropel de recuerdos sumidos en la obscuridad: esta cosa era su experiencia de las relaciones con el hombre. Todo lo que le había pasado en sus relaciones con el hombre, mantenía tan vivo en su memoria como todo lo que se refería a la época pasada en compañía de *Firefly*. Quizá esto obedeciera, en cierto modo, a la influencia que el espíritu de *Scaguen* ejercía en él, a través de las varias generaciones de lobos que le separaban del gran danés. Porque *Centella* continuaba siendo siempre un tornaatrás. Con el espíritu del perro dentro de él y el noventa por ciento de sangre de lobo corriendo por sus venas, anhelaba muchas veces las caricias del hombre, de la mujer y de la niña; pero tenía a estos seres como los más temibles, más implacables, más crueles enemigos suyos.

Firefly, su compañera, no era capaz de darle a entender lo contrario. Y la Naturaleza no era capaz de hacerle razonar. Porque si hubiera podido razonar, muchas cosas hubieran dejado de ser un misterio para él. Hubiera comprendido, por ejemplo, que *Firefly* era una perra domesticada, una perra sociable, una perra dada por una mujer a un hombre para que éste tuviera a su lado un ser fiel durante el tiempo que hubiera de estar a bordo del ballenero que después había encallado entre los hielos. Que el amo murió y que los tripulantes del barco le enterraron a cierta distancia del mar, colocando encima de su tumba el gran número de piedras que le servía de túmulo; y hubiera comprendido, en fin, por qué *Firefly* había pasado tantas horas junto a aquellas piedras. Pero *Centella* no podía comprender nada de esto, porque carecía de razón; pero si no comprendía estas cosas las recordaba, en cambio, perfectamente bien, como recordaba todo cuanto se refería a *Firefly*: su primer encuentro con ella, el comienzo de su amistad, su adhesión, su valor, el viaje que con ella había hecho desde las eternas nieves árticas a los bosques del Sur en donde se hallaban, y todo cuanto con ella le había sucedido.

En aquellos bosques habían sido felices, muy felices los dos; mas pronto había llegado para él aquello que le roía como un cáncer las entrañas. Porque *Firefly*, la perra civilizada, la perra sociable, la perra que ya había tenido un amo y un ama, y que conocía las dulzuras de la sociedad humana, descubrió el rancho habitado por Gastón Rouget, por Juana Rouget y por Juanita, la hermosa niña de cabellos sedosos. Y en aquel rancho habitaba, además de los tres seres humanos, *Tesoro*, el gran mastín, y con *Tesoro* vivía también en el rancho, *Waps*, la hermosa perra, y en aquella vivienda había risas, y cantos y felicidad. Y todo esto gustaba a *Firefly*. Porque *Firefly* sabía lo agradable que era sentir la mano de una mujer en los lomos, o en la cabeza, y poder jugar con los niños oyendo sus risas y compartiendo su felicidad.

Pero por mucho que gustara todo esto a *Firefly*, *Firefly* continuaba siendo siempre

la fiel compañera de *Centella*. Le visitaba a menudo. Iba a buscarle en la profundidad de los bosques. En aquellos días en que el verano iba alejándose rápidamente y en que *Centella* sentía acercarse para él la última y gran tragedia, *Firefly* guardaba para su compañero una fidelidad no superada ni en la especie humana.

Mas *Centella*, con la sangre de lobo que corría por sus venas y los instintos de lobo que pugnaban por retenerle en la vida selvática, no comprendía el mérito de la fidelidad de *Firefly*.

El hombre, ése era el enemigo, el destructor, el mal, el peligro. Porque la Naturaleza, en virtud de su mezcla de sangre de perro con sangre de lobo, tenía constantemente balanceado entre dos extremos. *Centella* no había olvidado nada de lo ocurrido entre él y el hombre. Y mientras su sangre lobuna le hacía temer al hombre, el espíritu de *Scaguen*, el gran danés, le hacía desear la sociedad humana. Era el espíritu de *Scaguen* el que le había impelido a colocarse frente a la cabaña desde la que O'Connor, el hombre de raza blanca, le había disparado un tiro. Era ese mismo espíritu el que le había impelido a acercarse varias veces al hombre, habiéndole dado con ello ocasión a comprobar cómo el hombre le recibía siempre igual que a un enemigo. El hombre le había enviado una bala que le rozó la piel; el hombre le había clavado un arpón en el cuerpo; el hombre había soltado contra él la jauría de perros con quienes había tenido que luchar cerca del buque; el hombre, la mujer y la niña, en fin, le desposeían de su *Firefly* en aquellos últimos días del verano y primeros del otoño.

Y todo ello había ocurrido porque no habían podido adivinar aquellos seres humanos que uno de los progenitores de *Centella* fue un perro conocedor de lo que era dormir en perrera y comer y vivir en compañía del hombre, aun cuando, a decir verdad, Gastón Rouget conjeturaba algo.

Pero lo que los hombres no podían adivinar, presentíalo, quizá, gracias a alguna inexplicable y misteriosa revelación de la Naturaleza, *Firefly*, la fiel compañera de *Centella*, porque durante todo aquel verano *Firefly* se había esforzado en llevar a *Centella* al rancho de Gastón Rouget. Pero nunca había conseguido acercarle más de unos quinientos o seiscientos metros. Muchas veces, el hombre y la mujer habían aguardado, anhelantes, que *Centella* se decidiese y se les acercase, como se les acercaba *Firefly*, porque a causa de la fidelidad de esta perra habían concluido por sentir gran simpatía por el lobo que se había emparejado con ella. ¡Ah, sí *Centella* hubiese podido presumir tal simpatía!

Firefly no lograba dársela a entender. Día tras día, y noche tras noche, iba a visitarle con *Tesoro* y *Waps*, y los cuatro juntos iban a hacer alguna correría por los bosques; pero, al fin, siempre volvían los tres al rancho de Rouget, dejando solo a *Centella*, que se negaba a seguirlos. Durante muchos días y muchas noches, *Centella*

permaneció solo, y en aquellas horas de soledad, a medida que el otoño se echaba encima, el cáncer que le corroía la paz y la felicidad del alma trabajaba más intensamente en su espíritu. La sangre del lobo se insurreccionaba, deseosa de dominar, y *Centella* escuchaba el aullido de los demás lobos como no los había escuchado nunca hasta entonces. Y a medida que las noches refrescaban, y los días se acortaban, y las bestias se volvían más hurañas y desconfiadas, y los lobos comenzaban a reunirse en manadas, sentía más y más *Centella* el vivo deseo de sacudir por completo sus propensiones a la civilización, entregándose de nuevo en cuerpo y alma a la vida selvática y feroz de los lobos.

Presas de tales sentimientos, aulló aquella noche como un lobo que no tuviera en sus venas el menor cruce de sangre de perro. *Firefly* oyó aquel aullido en su camino hacia la meseta, adonde se dirigía para visitar a su compañero, y la nota de ferocidad que llegó hasta sus oídos le infundió un nuevo temor y un nuevo recelo.

Firefly aquella noche fue a visitar a *Centella* completamente sola. Para que *Tesoro* y *Waps* no pudieran seguirla, se escabulló en un momento en que nadie se fijaba en ella, y *Centella*, cuando se aseguró de que no tenía más que a *Firefly* delante de él, le lamió el cuello y aulló varias veces para demostrar su alegría. Pero pronto, al pasarle el hocico por el cuerpo, descubrió nuevamente en el sedoso pelo de *Firefly* la causa de todos sus males, porque aquel día la mujer, y el hombre, y la niña, la habían acariciado, y el pelo sedoso y rubio de la bonita perra escocesa olía a tabaco y a manos humanas, olores que ofendían el olfato de *Centella* como un veneno, porque en ellos veía nuestro lobo el anuncio y la amenaza de lo que él tanto temía: la pérdida de *Firefly*, arrebatada, engañada, seducida por aquellos seres humanos. Era su maldición. Porque él no era perro ni lobo perfecto, y sentía terriblemente a la vez las atracciones y las repulsiones propias y privativas de cada uno de esos dos animales.

Cuantas veces había sucumbido a la tentación de acercarse al hombre, el hombre le había recibido como a un enemigo, y en aquella ocasión los seres humanos concluirían por desposeerle de su querida hembra.

Centella expresó su enojo por medio de un ronquido. No era contra *Firefly* contra quien estaba enojado, sino contra la gente de la cabaña. *Firefly* lo sabía. Era el olor pegado a su pelo lo que le había producido aquel descontento. Y *Firefly*, comprendiéndolo así, se echó sobre su vientre, y esperó, mirando con fijeza a *Centella*. Porque así como *Centella* sabía que el rancho, con todos los seres que lo habitaban, había producido un gran cambio en *Firefly*, ésta comprendía los encontrados estímulos de que era objeto *Centella*. Pasaron muchas semanas sin que *Centella* se alejara nunca más de lo deseable del rancho. *Firefly* podía hallarle cerca cuantas veces deseara. *Centella* había procurado sofocar sus instintos de lobo, para poder permanecer junto a ella. Pero en aquellos primeros días otoñales, los ojos le brillaban de un modo extraño. El fenómeno tenía muy impresionada a *Firefly*. Porque

Firefly no sabía que era la rivalidad del hombre, la mujer y la niña lo que empujaba a *Centella* a la vida salvaje reclamada por sus nueve décimas partes de sangre de lobo. Pero el hecho de que *Centella* se le escapaba, de que ella perdía poco a poco el macho que había luchado y triunfado por ella, y que le había consagrado hasta entonces su vida entera, producía en su espíritu una gran tristeza.

Aquella noche, sin embargo, todo parecía haber cambiado. Hacía una semana que *Firefly* no jugaba ni triscaba en torno de *Centella*. No obstante, todas las noches había ido a visitarle procurando conducirle luego al rancho; pero él nunca había querido seguirla hasta allí. Aquella noche, mientras ella le miraba, penosa de verle tan propenso a sumirse de nuevo en la vida salvaje, llegó hasta ellos el eco de un aullido. *Firefly* vio cómo los ojos de *Centella* se animaban, y exhaló un ladrido en son de queja. La rivalidad de aquel aullido lejano se le metió en el alma, y se acercó a *Centella*, haciéndole mil zalamerías, hasta que *Centella*, seducido, la tocó con el hocico y la acarició prescindiendo de aquel olor a manos humanas.

Él fue, y no *Firefly*, quien guió los pasos de ambos aquella noche. Y, naturalmente, los guió en dirección contraria al rancho. Nunca había consentido *Firefly* en alejarse tanto como llegaron a alejarse en aquel paseo. Con gran satisfacción veía *Centella* el cambio operado en *Firefly*. Había en ella algo misterioso, algo que los obligaba a marchar despacio y a detenerse con frecuencia. Pero *Firefly* le seguía a pesar de que él procuraba alejarla cada vez más del rancho, y esto bastaba para su felicidad. Los aullidos que llegaban hasta él no merecían por su parte contestación alguna, ni le causaban la menor impresión. Anduvieron, contentos y felices, dos horas, al cabo de las cuales *Firefly* se echó al abrigo de unas matas, sin que *Centella* hiciese ningún esfuerzo para hacerla salir de allí.

Firefly no volvió a moverse durante el resto de la noche, y al día siguiente apenas quiso andar. Dio un corto paseo y volvió a echarse debajo de las mismas matas junto a las cuales había pasado la noche. *Centella* estaba sorprendido. No comprendía lo que le pasaba a *Firefly*. El gran misterio que envolvía todas aquellas anomalías tenía a *Centella* atónito; pero la gloria de los antiguos días había vuelto a llenar su corazón de júbilo.

Volvía a poseer a *Firefly*, sin rivales que se la disputaran, y esto bastaba para su felicidad. La segunda noche, *Firefly* ni siquiera manifestó deseos de volver al rancho. Solo cazó *Centella* durante toda la noche, y a la mañana siguiente, cuando el alba comenzaba a disipar las sombras de la noche, colocó dos liebres ante *Firefly*.

Al tercer día volvió también con el alba al lugar en donde había quedado *Firefly* al abrigo de las matas. Allí le aguardaba una gran sorpresa. Los ojos de *Firefly* brillaban con expresión de felicidad infinita y en su voz había notas de emoción y cariño. Y el misterio quedó aclarado para *Centella*, porque *Firefly* había dado vida a unos cuantos cachorritos, fruto del amor de ambos.

Cuando se realiza el gran misterio de la vida, el suave murmullo de la brisa en las copas de los árboles canta la maternidad en las selvas, el murmullo de las corrientes aguas la exalta, y los mil armoniosos sonos de la Naturaleza la glorifican. Aquella mañana, el Universo entero parecía haberse enterado del nacimiento de los hijos de *Centella*. En un árbol próximo un pardillo cantaba con tanto ímpetu que le faltaba poco para reventar; en otro árbol una ardilla pasaba y repasaba ágilmente por delante de *Firefly* irguiendo sus empenachadas orejitas y su hirsuta y magnífica cola como para darle la enhorabuena, y hasta por el Este el sol parecía alzarse con más esplendor y más gloria que nunca.

A *Firefly* le latía el corazón con más fuerza y más prisa que nunca. Era la primera vez que conocía las delicias de la maternidad. Todas las fibras de su cuerpo vibraban de placer, y *Centella* también vibraba de satisfacción y gozo. Una y otra vez se acercaba a su hembra, para alejarse en seguida y volverse a acercar. Cinco veces en una hora se aproximó a *Firefly*, y aplicó el hocico a sus costillas para oler el calorcito de los diminutos seres que respiraban debajo de ella y cada vez se alejaba boyante, coruscante, con la cabeza levantada, porque al fin había logrado sentir dentro de su pecho todas las emociones de la paternidad. Y la paternidad significaba para él mucho más de lo que hubiera significado para un perro, porque por ley natural los lobos son monógamos, y para *Centella*, monógamo, no podía haber duda de que las criaturas que respiraban debajo de *Firefly* eran carne de su carne y sangre de su sangre. Y por ellas estaba dispuesto *Centella* a luchar, si necesario era, hasta perder la vida, del mismo modo que estaba dispuesto a luchar y morir por la madre que les había dado el ser. Por ese lado *Centella*, el lobo, era moralmente superior al perro.

Y de las ganas de defender a su hembra y sus hijos pasó pronto *Centella* al deseo de defender el lugar en donde su hembra y sus hijos estaban. Y con este impulso y deseo, rodeó varias veces las matas que servían de cobijo a *Firefly*, como buscando enemigo a quien combatir. Aquel terreno era suyo, había pasado a ser propiedad de él, y no lo cedería a nadie, costara lo que costara sostenerse allí. En el calor del entusiasmo, casi deseaba que se le presentara algún enemigo a disputarle sus derechos; pero, por más que buscó, no encontró a nadie con quien luchar, pues el único ser viviente que logró descubrir por aquellos contornos, aparte del pardillo, fue la ardilla, y con ésta no había manera de entrar en conflicto por lo menuda e inquieta. No pudiendo desfogar sus entusiasmos en la pelea, desfogó sus energías en la caza y antes de que se pusiera el sol ya había podido obsequiar a *Firefly* con tres conejos. *Firefly* no los comió; pero demostró su agradecimiento sacando la lengua y lamiéndolos. Aunque era Una perra, no por eso dejaba de comprender y apreciar las caballerosidades lobunas, y cada vez que *Centella* se le acercaba, le recibía bien, sin gruñir ni roncar en son de amenaza, como suelen hacer las perras que amamantan,

cada vez que un perro cualquiera se les acerca.

Centella procuraba descubrir, con insistencia, lo que había debajo de *Firefly*.

Ya sabía que eran lobeznos, porque había oído sus débiles gemidos y había percibido su olor, pero no los había visto; en su impaciente curiosidad se atrevía con frecuencia a hurgar con el hocico para descubrirlos, y cada vez que tocaba a uno de ellos daba un brinco como si hubiese tocado un hierro candente. Y, en seguida, en otro desborde de entusiasmo, salía precipitadamente a cazar, y volvía al cabo de un rato con otro conejo en la boca.

Aquella tarde, *Firefly* salió por primera vez de debajo de las matas adonde había ido a parir. Pero no hizo más que llegarse hasta el manantial más próximo y beber. Inmediatamente después volvió a dar calor con su cuerpo a sus cachorritos. Por la noche, *Centella* volvió junto a *Firefly* y ya no se movió de allí hasta que rayó el alba. Se levantó, entonces, para reanudar la caza. Abundaban de tal modo los conejos, que resultaba facilísimo atraparlos, y pronto volvió *Centella* con dos nuevas piezas que añadir a las tres que había amontonado junto a la yacija de su hembra. Aquel día, sin embargo, *Firefly* se comió uno de los dos conejos que *Centella* le trajo. Quedaban cuatro; pero *Centella* no los contó. Débil en matemáticas y fuerte en entusiasmo no pudiendo jugar y correr al lado de *Firefly*, continuó desfogando sus energías en la caza. Los conejos fueron amontonándose delante de *Firefly* hasta formar una verdadera barricada. Y sucedió lo inevitable. Los cuerpos comenzaron a descomponerse y un olor insoportable empezó a herir el olfato de *Firefly*. Tanto llegó a molestar a *Firefly* el mal olor que, al quinto día, *Centella*, al volver de la caza con otro conejo entre los dientes, se encontró a su hembra ocupada en limpiar de cadáveres la yacija. Uno a uno, trasladó *Firefly* a gran distancia los cuerpos en descomposición, y los enterró con tierras y hojas secas. Y después de concluida la tarea, se tendió junto a *Centella*, para devorar con él el nuevo conejo que él le había traído, y por primera vez después del parto dejó un buen rato a sus hijos destapados.

Pocos días después, *Firefly* dio otra gran sorpresa a *Centella*, porque cuando éste volvió de sus cacerías vio a su hembra junto a un manantial, rodeada de toda la prole, y el corazón de padre estuvo a punto de reventar de alegría; porque la Naturaleza había querido halagarle, y dos lobeznos habían salido grises y plateados, como él, y otros dos, rubios y dorados, como *Firefly*.

En los días y noches siguientes, *Firefly* no tuvo muchas ocasiones de acordarse de Gastón Rouget, su familia y su rancho, porque sus cachorritos vivarachos y exigentes reclamaban toda su atención. El momento más encantador para ella fue el de los primeros pasos y primeros saltitos de sus cachorros; pero para *Centella* no había emoción comparable a la de ver a su pequeña prole atacando como caníbales a los conejos muertos que él les llevaba. Aún no comían carne; pero ensayaban el mordisco y se divertían arrancando con sus tiernas fauces grandes burujones de pelo.

Mas, en aquellos mismos días, los seres que habitaban el rancho de Gastón Rouget daban por definitivamente perdidos a *Firefly* y *Centella*. Y sin el incentivo de las visitas que antes les hacían, *Tesoro* y *Waps* preferían quedarse todo el día en las cercanías del rancho, en vez de alejarse por los bosques, como solían, y, con la inacción, *Waps* engordaba.

Pero, a pesar de su felicidad, pasados los primeros días de olvido y distracción, volvió a recordar *Firefly* el rancho y sus habitantes. Y en su alma creció el deseo de llevar allí toda su prole. Porque las noches empezaban a ser frías y los días amanecían con todo el suelo cubierto de escarcha, y el instinto la impulsaba a buscar para sus cachorritos un cobijo más abrigado.

Pero los hilos misteriosos que mueven y precipitan el destino de los hombres y de las bestias desencadenaron el último dramático episodio de la vida novelesca de *Centella*, dando entrada en escena al gran viento infernal. El viento infernal no sopla con frecuencia: una vez cada cinco o seis años. Pero cuando sopla, los indios creen que todos los demonios del infierno corren furiosos por la tierra, deseosos de tronchar y asolar todas las cosas. Para el hombre blanco, este viento nada tiene que ver, sin embargo, con el infierno ni con los malos espíritus. Es, simplemente, el viento huracanado del Noroeste. Tiene su origen en las últimas estribaciones de las Montañas Rocosas y recorre con ímpetu arrollador los grandes bosques del Norte, tronchando árboles y causando mil estragos.

Aquel año el huracán se anunció con abundancia de rayos y truenos. Los primeros rumores de tempestad se dejaron oír poco después de la puesta de sol. La temperatura cambió rápidamente. Hacía antes un calor sofocante, y de pronto súbitas ráfagas de viento frío refrescaron el ambiente. Media hora después la tempestad estallaba con toda su fuerza. Durante un cuarto de hora los rayos surcaban el cielo sin darse punto de reposo. *Firefly* permanecía quieta en su cobijo de espesas matas, y sus cachorritos se apretujaban debajo de ella buscando, asustados, el calor y la protección de su cuerpo. *Centella* rodeaba el cobijo de su hembra y sus hijos, como si quisiera defenderlo valientemente incluso contra la tempestad. Durante un cuarto de hora la lluvia arreció, como en aquellos días famosos del gran aguacero; mas luego, viajando siempre de prisa, truenos, rayos y lluvia alejaronse hacia el Este, y al cabo de poco rato apenas llegaba su rumor hasta los finos oídos de *Centella*. A la tempestad de rayos, truenos y lluvia siguió un gran silencio, terrible y tenebroso. En medio de este silencio, *Centella* pudo oír el rumor de los regueros de agua que se habían formado, y el gotear del agua desde las hojas de los árboles. Y después de un rato oyó a una gran distancia de allí una especie de quejido.

El quejido se prolongó y fue en aumento, hasta convertirse en bramido y concluir en estrepitoso ruido semejante al estruendo de una catarata. Y, en seguida, avanzó el ruido hasta llegar adonde estaba *Centella*. Éste oyó sonidos más pavorosos que todos

los que había oído en las más terribles tempestades del Polo. El huracán no cubría a su paso sino una faja de terreno de poco más de un kilómetro de ancho; pero a siete u ocho kilómetros de distancia, Gastón Rouget y su mujer oían perfectamente el eco de los estragos que causaba. Al paso del huracán los árboles crujían y se tronchaban. Los abetos y los cedros más robustos se quebraban como cañas y el suelo se llenaba de troncos y ramas desgajadas. El ruido del gran cataclismo era tan ensordecedor, que no hubiera sido posible oír un disparo a un metro de distancia. Aquello parecía verdaderamente el fin del mundo.

Uno de los árboles próximos a las matas que cobijaban a *Firefly* se quebró por su tronco, junto a las raíces, y en medio de un gran estrépito de ramas desgajadas cayó al suelo, cogiendo debajo de él a *Centella*.

Como había pasado la tempestad de rayos, truenos y lluvia, pasó el huracán, y *Firefly*, en el silencio que siguió, oyó los quejidos de dolor y de agonía de *Centella*. Se levantó presurosa la perra, y corrió a prestarle ayuda, encontrando al pobre animal prisionero debajo del árbol caído, con una pata rota y el cuerpo medio aplastado.

Firefly, con su cerebro de perra escocesa, parecido, a veces, al mismo cerebro humano, se propuso salvar a su marido, y trabajó durante cuatro horas socavando la tierra con las uñas y los dientes, para sacarle de debajo del árbol. Presentía la proximidad de la muerte y ponía en el empeño todas sus energías. Después de la tempestad, las estrellas y la luna volvieron a lucir con su claridad acostumbrada. Los cachorritos llamaban a su madre con débiles aullidos, pero *Firefly* continuaba trabajando para poner en libertad a su marido. Socavó la tierra hasta caer extenuada con las encías y las patas cubiertas de sangre. Pero no pudo sacar a *Centella* de la prisión que le tenía medio aplastado. Y, mientras tanto, el pobre lobo, con una pata rota y el cuerpo magullado, perdía a marchas forzadas la vida.

Rayaba el alba cuando *Firefly*, extenuada y convencida de que no podría nunca, ella sola, sacar a *Centella* de debajo de la inmensa mole, desistió de continuar su tarea. Pero en último extremo surge siempre, en una mente perruna, la idea del hombre, y sacando fuerzas de flaqueza *Firefly* cubrió al galope los siete u ocho kilómetros; que le separaban del rancho de Gastón Rouget, y cuando llegó allí púsose a ladrar y a arañar la puerta. Saltó Gastón de la cama para averiguar la causa de todo aquel tumulto, y a la luz de los primeros rayos del sol naciente vio a *Firefly* con la boca y las patas ensangrentadas. La perra jadeaba, miraba con ojos angustiosos, y estaba tan fatigada que casi no podía tenerse en pie. Mas, a pesar de su cansancio, en cuanto vio al hombre hizo ademán de volverse a ir, acercándose de nuevo y repitiendo el intento de marcha dos o tres veces, hasta que el hombre, intrigado por tan extrañas muestras de inquietud, acabó de vestirse, cogió el fusil y siguió al inteligente animal.

El sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte, y *Centella* apenas respiraba ya,

cuando delante de él aparecieron el hombre y *Firefly*. Perdió inmediatamente la visión y el oído; pero Gastón Rouget trabajó con voluntad de un gigante y, valiéndose de una gruesa rama como palanca, consiguió levantar un poco el enorme tronco que aprisionaba a *Centella*, libertando al pobre animal. Y dos horas después volvía al rancho, cargado con el inválido lobo en los hombros.

En la vivienda de Gastón Rouget, *Centella* recuperó el sentido. Abrió los ojos y vio el milagro. Pero no podía moverse. Gastón le había entablillado la pata y Juana se la estaba vendando. Ambos le hablaban, y la mujer, una vez concluida la operación, le acarició la cabeza. Juanita, la niña, le miraba con sus grandes y hermosos ojos, y *Tesoro* y *Waps* también estaban allí, mirándole. Colocáronle luego en una blanda y caliente yacija, y el hombre salió seguido de *Tesoro* y *Waps*. Permaneció un buen rato en su yacija, sin ver junto a él más que a la mujer y a la niña. La mujer se acercaba a él con frecuencia y le tocaba confiada, y le ponía agua y trozos de carne al alcance de su hocico. Varias horas después el hombre volvió al rancho, llevando en la mano una cesta, alrededor de la cual *Firefly*, a pesar de su cansancio, saltaba y brincaba contentísima. De la cesta sacó Gastón los cuatro lobeznos y los colocó junto a *Centella* en la yacija, mientras la mujer y la niña reían y prorrumpían en exclamaciones de júbilo, y *Firefly*, extenuada, se tumbaba gozosa también muy cerca de él. Y *Centella*, vencido por el encanto de aquel milagro, cerró los ojos y suspiró, porque a través de las varias generaciones de lobos que le separaban de *Scaguen*, el espíritu del gran danés se había infiltrado definitivamente en él, y se sentía feliz pensando que ya, desde entonces, no tendría que volver a temer nunca más nada del hombre de raza blanca.

Y Gastón, volviéndose hacia Juana, y sonriendo dulcemente, le dijo:

—Sí, querida mía, este lobo vivirá. Quizá pasen muchas semanas aún antes de que pueda moverse, y luego, cuando se mueva, cojeará ya durante toda su vida; pero vivirá y nunca más se alejará de nosotros. No, no se alejará más. He advertido que hay algo de perro en su mirada, y estoy seguro de que concluirá por quererte. No pondrá sus afectos en un hombre moreno y rudo, como yo; los pondrá en ti, Juana, y te querrá, no lo dudes, lo mismo que el más fiel de los perros. Mira, en este instante tiene sus ojos fijos en ti. ¿No es verdad que parecen los de un perro? Cualquiera diría que es un perro que ha vuelto a su primitivo hogar, después de haber andado mucho tiempo perdido por los bosques. ¡No, no hay miedo de que regrese a las selvas!

FIN



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a la Yukon y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazan, perro

lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921), El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Recuérdese que los norteamericanos suelen contar, como los ingleses, por grados Fahrenheit (N. del T.) <<